

3 N^o *reuben*
1973

• chequeo a la vanguardia • el VIII congreso del P.C.E. • el XII congreso del P.S.O.E. • C.N.S. y C.C.O.O. • Polonia • la cuestión campesina

15

acción
comunista



80 P 5423



CHEQUEO A LA VANGUARDIA

La observación atenta del acontecer político permite a cualquier militante de la izquierda comunista española detectar la lenta, pero progresiva, maduración de ésta. Es conveniente subrayar el hecho no para dejarse llevar de entusiasmos prematuros, sino porque tal maduración incipiente abre perspectivas concretas a ciertos planteamientos hasta ahora sólo contrapuestos y debatidos en el campo de las ideas o en el de los ejercicios de historia posible, pues encontraban un sinnúmero de obstáculos para su verificación y traducción práctica.

Los síntomas de dicha maduración política son diversos. Hay, por un lado, la agonía por consunción (esperemos que pronto lleve el RIP definitivo...) del voluntarismo a ultranza, del triunfalismo sin límites, del « profesionalismo revolucionario » entendido en sentido carismático, del mimetismo irreflexivo. Todo ello responde más que nada a causas semejantes a las del acné, y en consecuencia va desapareciendo con el crecimiento. Se constata, por otro lado, — y ello es mucho más importante — un progresivo acercamiento de los planteamientos, de las consignas y las perspectivas en sectores cada vez más amplios y nada desdeñables ya del movimiento obrero y revolucionario organizado. No es que todos los gatos vayan haciéndose pardos, sino más bien que junto a concordancias sensibles, las inevitables y abundantes discrepancias van logrando un bagaje de seriedad y raciocinio de que anteriormente carecían con excesiva frecuencia. Las posiciones infantilizadas, que distorsionaban los debates, han ido sucumbiendo y van quedando en presencia sólo posiciones mínimamente solventes que responden o bien a diferentes intereses de clase, o bien a apreciaciones discordantes de la marcha y perspectivas de la lucha proletaria.

Entendámonos. No preconizamos echar las campanas al vuelo, que por ahí se mueve aún no poco infantilismo. Nos limitamos a poner de relieve estas nuevas condiciones en que nos vamos y nos iremos encontrando, con el fin de impulsar en la medida de nuestras posibilidades esta maduración e ir erradicando el peso específico de comportamientos más o menos paranoicos. Nuestro propósito declarado en Acción Comunista sigue siendo en primer término sentar las bases de una nueva corriente política que, liberada de la camisa de fuerza que el burocratismo y su espécimen el estalinismo ha significado durante tantos años para el movimiento obrero y revolucionario, permita — junto al análisis científico de las nuevas condiciones sociales y económicas — el resurgimiento activo y coherente de una nueva van-

guardia política que sea centro y motor de la lucha por el socialismo en este último tercio del siglo XX. Decir « nueva » es, desde luego, un término relativo, tal corriente no surge de la nada, no ha de reinventar preciosas experiencias ya vividas en el movimiento obrero internacional, ni reniega de aportación positiva alguna — venga de donde viniere — incorporada al bagaje común; al contrario, expresa y explícitamente nos reclamamos de ellas.

Pero una cosa es aceptar una herencia — evidentemente con beneficio de inventario — y otra muy distinta mitificar ese pasado y pretender sacar de él héroes y santones de una nueva etapa misionera. Una cosa es utilizar las andaderas del pasado para acercarnos a intervenir en el presente y otra, pretender sacar de allí el recetario « eterno y universal » que aporta soluciones definitivas en cualquier momento y circunstancia. Una cosa es reconocer y referirse a unos hombres y a unas ideas y otra intentar resolver los problemas de la revolución española y de la revolución mundial en el último tercio del siglo XX con las teorías y tesis elaborados en el primero.

Porque el hecho es que, aparte de la validez que puedan tener como análisis general los de Marx, Lenin, Trotsky, Luxemburg, etc., el capitalismo ha sufrido profundas transformaciones respecto a la época en que ellos vivieron y pensaron y que, como consecuencia de la losa que al movimiento obrero le cayó encima con el estalinismo, el marxismo teórico ha desarrollado de modo muy insuficiente el análisis del capitalismo contemporáneo. Y el escarceo y profundización de este análisis, esencial para todo intento revolucionario, es una tarea ineludible que nadie va a resolvernos desde fuera.

Pero aunque esto sea una tarea no resuelta y acuciante es preciso insistir en que en los últimos años se ha recorrido un camino en el que son elementos fundamentales tanto la realidad de la lucha de clases y su agudización como la implantación mínima de esta izquierda comunista en el campo obrero. En períodos de calma social, cuando las luchas escasean o hay pocos militantes en el tajo o en la fábrica, cualquiera puede mantener sin mayor problema posiciones maximalistas o fantásticas. Pero cuando la clase obrera se mueve, cuando hay que aportar respuestas precisas a problemas concretos, aquello se derrumba y los clisés pierden su encanto⁽¹⁾. En su lugar se van bosquejando y afirmando unas concepciones tácticas, fruto tanto de la experiencia práctica como de la reflexión teórica sobre la lucha cotidiana y sus formas, que empiezan a servir de punto de

(1) Por eso nuestra apreciación positiva de la evolución política de los núcleos subjetivamente revolucionarios resulta especialmente palpable en zonas con recientes y ricas experiencias de luchas — sobre todo, en Barcelona y Euzkadi —, mientras que podría ser tachada razonablemente de triunfalista por los que se encuentran situados en zonas sumidas en una lucha de clases apática y defensiva. De todos modos, subrayamos la tendencia por estimar que no se avecina un período de sopor sino de auge del movimiento obrero.

referencia en las nuevas iniciativas y que van marcando el nuevo sendero por donde caminan con paso lento los esfuerzos de cada vez más numerosos sectores proletarios. A nadie se le ocultan sus limitaciones, que se han puesto de manifiesto de manera bien visible con ocasión de la serie de huelgas generales que han conmovido diversas localidades del país y la conciencia de amplias masas obreras. La no suficiente generalización de las luchas, el deficiente desarrollo de la solidaridad y apoyo tanto a esos focos como a otros menos resplandecientes ponen sobre el tapete una serie de necesidades que han de estimularnos a todos los que luchamos por la emancipación obrera. Justamente, una de las condiciones básicas para subsanar tales deficiencias será alcanzar un nivel mínimo de organización tanto política como de masas que pudiera ser su vehículo y motor práctico así como su esclarecedor político. A ello nos referiremos más adelante.

Criterios para la clasificación

El « boom » grupuscular de los años 1965-70 (que posiblemente aún no ha alcanzado su mínimo) respondía no sólo a ímpetus voluntaristas o histéricos sino que intentaba ser también respuesta a una caracterizada dinámica de la sociedad española, a las sacudidas que agitaban a las clases dominantes y a los oprimidos, a los cambios que se operaban en la estructura de clases en España, a las tensiones acumuladas de antiguo y, junto a ello, a la crisis radical del estalinismo, su entrada patente en vía muerta de la mano de coexistencias pacíficas y otras zarandajas y la consiguiente preponderancia de los intereses de clase del proletariado mundial y la subsiguiente aparición del llamado policentrismo en el sedicente movimiento comunista internacional.

Ensayar una tipología de los grupúsculos — ante tantas causas concomitantes — no resulta fácil, si se rehuye la simplificación esquemática, porque no se pueden clasificar en función de un criterio único. Para situarlos debidamente hay que hacer intervenir un conjunto de factores tales como la herencia histórica, las posiciones de clase defendidas, la alternativa que propugnan, los patrocinios de que se reclaman o mendigan, el grado de coherencia y su situación en el conjunto de las fuerzas políticas y sociales en presencia.

La **inercia histórica**, que siempre fue uno de los aglutinantes poderosos desde el punto de vista organizativo, sufrió con la guerra civil y la represión subsiguiente a la victoria fascista una tremenda sacudida que trastocó los datos de la cuestión. Más aún, los profundos cambios en las relaciones de producción capitalistas de los años 50 y 60 segaron de manera notoria las bases materiales sobre las que se asentaban las divisiones precedentes.

En los años 30, el movimiento obrero se hallaba orientado y encuadrado por cuatro tendencias: anarcosindicalismo, socialismo, comunismo estalinista e izquierda comunista. El anarcosindicalismo tradicional C.N.T.-F.A.I.: la organización numérica-

mente más importante del proletariado español ha desaparecido y su resurgimiento aparece como muy improbable, sobre todo porque su simplismo teórico encaja mal dentro de una economía capitalista avanzada, a la que no ha sabido dar respuestas ni alternativas coherentes. Su bandera ha sido transmitida, por un lado, a las corrientes sindicalistas de origen cristiano que la han desteñido de los aspectos más positivos que había mostrado la C.N.T. (su extraordinaria capacidad organizativa, su combatividad excepcional, su defensa de la autonomía obrera y su oposición radical al sistema burgués) y han reforzado sus clásicas debilidades, especialmente el apoliticismo y el anticomunismo ciego; por su propia dinámica en tanto que corrientes políticas es poco probable que lleguen a ser algo distinto a escuela de cuadros de un sindicato como única forma de organización obrera⁽²⁾.

La corriente anarcosindicalista — anarquista a secas, más exactamente — ha sido, por otro lado, reivindicada por algunas tendencias que podríamos denominar «neonanarquistas», de corte individualista (más próximas a Stirner que a Bakunin), que reflejan la descomposición y falta de perspectivas políticas de algunos sectores de la intelectualidad. Típicamente, su legítima repulsa de la manipulación burocrática en el seno de los grupos políticos y de las organizaciones de clase, así como su oposición a todos los estragos históricos del estalinismo, desemboca en la deserción y en una autojustificación poco convincente.

La corriente socialista transformada en socialdemocracia, acuartelados sus líderes en la emigración, mendigando la ayuda a la socialdemocracia europea, superándose en su anticomunismo a fin de pactar con todo quisque y camelar al imperialismo, abandonando las «oscuras» tareas de organizar a los obreros y luchar por sus intereses, encerrados en una perspectiva de democracia burguesa, ha ido periclitando y sólo resulta atractiva para la intelectualidad reformista. Representativo de este declinar es la ruptura consumada entre la clase política del P.S.O.E. — que se ha unido a cuadros políticos del interior con el fin de constituir un partido socialista «moderno», es decir, un equipo de gobernantes de recambio para apuntalar el dominio burgués en caso de crisis — y otros sectores más combativos que intentan aprovechar el «nombre comercial de la empresa», con pocos escrúpulos sobre las servidumbres que ello entraña. Su resurgir efectivo requiere una situación de legalidad y de flexibilidad reformista por parte del capitalismo español, completamente ausente en la actualidad. Su más ardiente deseo no puede ser

(2) Podría ser muy aleccionador un estudio sociológico de este fenómeno, aparentemente derivado de las mutaciones sociales ocurridas en España y de la luz verde dada por el Concilio Vaticano II a la iglesia de los países oficialmente católicos. En ellos, la alianza tradicional de la iglesia con las clases opresoras ha entrado en quiebra por la necesidad de tomar pie — jugando como siempre a dos barajas — en el otro lado de la barricada. También es de señalar la curiosa benevolencia de la censura española ante las publicaciones de esta corriente (fenómeno ZYX).

otro que el que se organice la derecha civilizada, la democracia cristiana, etc. y poder jugar un papel en una democracia burguesa.

El comunismo estalinista, el P.C.E., es la única organización que ha sabido aprovechar su inercia histórica, convirtiéndose así en la organización más implantada en la clase obrera. Ahora bien, sus cada vez más acusadas posiciones ultrarreformistas y derechistas — de nueva socialdemocracia — han ido provocando un incremento en sus filas de elementos no obreros. Es singular su esmero en mantener su historia en la penumbra y sus falsificaciones intactas. Como singular es el mangoneo descarado que llega al grado de celebrar congresos de los que la base ni se enteró hasta que llegaron las resoluciones. Sometido a tensiones de muy diverso tipo y calibre, ha experimentado escisiones y expulsiones continuas, algunas de las cuales se consideran las genuinas herederas de la vieja tradición. La crítica de la línea estratégica de «reconciliación nacional» provocó la expulsión del grupo encabezado por Claudín-Sánchez; la polémica chino-soviética, la escisión de varios grupos prochinos; la insistencia en la vía socialdemócrata y pactista, la escisión de grupos menores o de corta vida, pero que representan una sangría constante especialmente de elementos jóvenes; la invasión de Checoslovaquia y el subsiguiente distanciamiento del P.C.U.S. la escisión de Líster, etc. Debe señalarse que, salvo en lo que se refiere al grupo Claudín-Sánchez, las escisiones han sido provocadas generalmente por motivaciones alejadas de los problemas concretos y teóricos del movimiento obrero español. La mayoría de las escisiones han tenido lugar al calor de debates abstractos para el nivel de conciencia del militante obrero aquí y ahora, aunque hayan sido numerosos los casos individuales de ruptura en relación con la táctica adoptada frente a las luchas obreras. En definitiva, por lo tanto, no es de extrañar que la agitada existencia organizativa de estos últimos años no haya desembocado en crisis especialmente graves para el aparato y la audiencia del P.C.E. (el mayor de los grupúsculos), aunque hayan roído bastante su prestigio y su anterior hegemonía.

La corriente de la izquierda comunista, cuyo máximo exponente ha sido el P.O.U.M., fue diezmada por la represión estalinista primero y franquista simultáneamente y después. Quedó luego prácticamente relegada al exilio, constituida casi como asociación de excombatientes, incapaz de señalar vías nuevas, depositaria de una fecunda historia política y a la espera de poderla transmitir a las nuevas generaciones de la postguerra. La senilidad y el aislamiento parecen ser las razones de su reciente afiliación a la Asamblea de Cataluña, opción que desdice de sus principales tradiciones; significa, en todo caso, que ya no tiene ni la fuerza suficiente para mantener esa pequeña llama revolucionaria que era lo único que aún podía razonablemente esperarse del P.O.U.M. De todos modos, por su limpia historia y por la clarividencia política de sus mejores líderes (Nin, Maurín, Andrade) ha sido el punto de referencia indispensable para todos los grupos que han intentado reanudar con las mejores tradiciones del proletariado español a partir de unas

posiciones antiestalinistas y revolucionarias.

Toda la izquierda española — el término es muy impreciso, pero nos sirve para entendernos en una primera aproximación — se proclama socialista o comunista. Todos afirman **defender los intereses** generales de la clase obrera en particular y, en algunos casos, del « pueblo ». Pero cuando se analizan sus publicaciones o programas, resulta que no se pueden tomar al pie de la letra aquellas proclamas de « socialismo » o « comunismo », que se han convertido en etiquetas indispensables pero huecas de contenido específico. Así, es posible descubrir « socialismos » de liberación nacional, o burocráticos, o antimonopolistas o antiimperialistas. En un mundo en que hasta Burguiba y Tierno Galván se dicen socialistas, mucho gato encerrado debe contener la palabreja. Por añadidura, la ausencia de una vitalidad comprobada o de unos ecos alcanzados, dan a pensar a menudo que más que representantes de clases, fracciones de clase o grupos sociales, son en realidad síntomas de un determinado momento social, indicadores de problemas reales deformados por ideologías.

En cuanto a las **opciones estratégicas**, se ofrecen dos básicas o fundamentales : la alternativa socialista y la alternativa democrático burguesa. La primera es compartida, aparentemente, por la mayoría de las organizaciones. La segunda es propugnada por el P.C.E. y linda con las corrientes de « oposición respetuosa » al franquismo. Entre ambas posiciones se encuentran opciones intermedias de escasa solvencia teórica y política como es la « revolución popular, de carácter democrático-nacional, con un contenido antiimperialista, antimonopolista y antilatifundista » del P.C.E. (m-1), que con ligeras variantes defienden todos los grupos autotitulados « marxistas leninistas ».

Entre los que defienden la alternativa socialista se dan dos corrientes : (a) la revolución socialista es inminente, no hay peldaños intermedios entre el estadio actual y la toma del poder por el proletariado (antigua posición del P.C.I., L.C.R.); (b) los que afirmamos que para plantear e imponer dicha alternativa es imprescindible, dentro del régimen de dominación del capitalismo monopolista, realizar una serie de conquistas parciales que faciliten la movilización de las masas trabajadoras, que permitan la consolidación y el fortalecimiento de las fuerzas socialistas. En este orden de ideas, el principal problema pendiente es señalar qué pasos políticos, qué correlación de fuerzas, qué estímulos esenciales permitirán la constitución de un bloque histórico capaz de enfrentarse a la dominación capitalista y levantarse ante la sociedad actual como su sepulturero. Volveremos en el futuro sobre este tema. Baste aquí dejar constancia de la enorme importancia que esto tiene para la revolución española.

No consideramos que haya de atribuirse mucha importancia a las **herencias reclamadas** con las que se pretende señalar una continuidad en relación con las viejas divisiones o tendencias del movimiento comunista o del movimiento obrero : maoísmo, trotskismo, luxemburguismo y aun leninismo son a menudo casacas con que se adornan los grupos, más que opciones conscientes

justificadas por una práctica real. Reflejan más bien índices de tendencia, emperifollos de localización, que fidelidad a una línea precisa y coherente. Son semáforos y poco más. Quizá las ya mencionadas insuficiencias teóricas de análisis del capitalismo contemporáneo no permiten aún un marxismo « laico », desprovisto de santos padres y de referencias respetuosas o apologéticas a unos hombres y unas ideas que respondían a situaciones notablemente distintas a las nuestras. Repetimos: la pretensión de encontrar la solución a problemas concretos de hoy en los textos clásicos no es más que un esfuerzo vergonzante por recurrir la propia miseria teórica y política con un recetario necio, inadecuado para afrontarlos. Las mutaciones del capitalismo, el esperpento de socialismo que se lleva por esos mundos orientales, la apatía política de las masas trabajadoras en los países avanzados, la aparición y extraordinario desarrollo de las nuevas capas medias asalariadas, la definición del proyecto socialista y el bloque histórico (ideológico y político) capaz de adoptarlo y conducirlo a buen puerto no pueden esclarecerse, dígase lo que se diga, atribuyendo a los grandes pensadores y dirigentes del movimiento obrero del pasado dotes de profetas.

Como, por más que se desee, no hay profetas, la mayoría de los grupúsculos son incapaces de una mínima **coherencia** reflejada en unos puntos programáticos; algunos son más avisados e intentan suplirlo por el sistema de « fusilar » de aquí o de allá lo que mejor les suena. Ante la falta de unos principios programáticos, la coherencia de los grupos ha de venir del « prestigio » de sus líderes. No es preciso recalcar lo peligroso de tal situación, ni la profunda inestabilidad de ella derivada. En el mismo sentido juega la falta de una línea estratégica mínimamente rigurosa: sólo Bandera Roja, el grupo camaleón, puede ser considerado como relativamente estable a corto plazo⁽³⁾.

El panorama resulta a menudo bien poco reconfortante. Cada grupúsculo airea complacido sus recetas en torno a la clase obrera. A veces, para demostrar su falta de sentido del ridículo, hasta se proclaman ostentosamente « Partido ». El principio del « bluff » y del « mecachis, qué guapo soy » les sirve por algún tiempo para camelar y enrollar a jóvenes lanzados e inexpertos que se apuntan al grupo, mientras alejan a la vanguardia real

(3) El ápice de la estrategia de B.R. es la « República », expresión política de supuestas movilizaciones de las masas revolucionarias obreras y populares. B.R. parte del supuesto — fundamentalmente erróneo — de que la burguesía española plantea como cuestión fundamental para sus intereses la instauración de la monarquía juancarlista. Grave error, porque el eje central de la estrategia de la burguesía española no es la forma superestructural política de su dominación de la clase obrera, que le permita ritmos de desarrollo que le acerquen o a partir de los que no le asuste la competencia interimperialista. Al meterse en ese callejón sin salida de tomar lo secundario por principal, B.R. navega en la ambigüedad y escamotea la cuestión esencial de saber en manos de qué clase social estarían los medios de producción en esa « República ». En otra ocasión volveremos sobre este grupo.

de las empresas y sirven de pitorreo a militantes sueltos, cada vez más numerosos e inclinados al cinismo o al escepticismo ante una actividad tan desencaminada⁽⁴⁾. O sirven de preciosos y convincentes ejemplos a las tendencias «apolíticas», que meten de contrabando su mercancia política de oposición a la organización política. De todas formas, no debemos cometer la equivocación de ver sólo la cara negra de los grupúsculos: la combatividad de sus militantes, su indudable intención de dar alternativas revolucionarias a la situación actual, su haber en concienciación y propaganda, el radicalismo de sus métodos son aspectos muy positivos y nada despreciables, aunque tampoco estén exentos de lastimosas deformaciones.

El origen de los grupúsculos

La proliferación grupuscular es un problema muy complejo en lo que se refiere a sus causas, y afecta de manera grave las posibilidades de enfocar con algunas garantías el futuro político y la acción pertinente. Sin las instancias organizativas que ofrezcan un esclarecimiento y sean capaces de transmisión de experiencias, los avances y las conquistas localizadas sólo difícilmente pueden servir de ilustración general.

El marasmo grupuscular es un fenómeno internacional, especialmente agudo en los países capitalistas avanzados. Responde a dos series de consideraciones: las mutaciones experimentadas por el capitalismo moderno y la crisis del estalinismo. En nuestro caso particular, además, la ruptura en la continuidad del movimiento obrero que supuso la guerra civil y la despiadada represión fascista subsiguiente no ha permitido que las nuevas tendencias políticas pudieran madurar y ser debatidas públicamente; es decir, no ha sido posible que la praxis de la clase obrera haga la criba y mande al basurero de la historia de forma rápida y definitiva buena parte de las que obedecen sobre todo a mimetismos extraños a la realidad concreta e histórica de la clase obrera española.

Por «crisis del estalinismo» queremos significar la importancia que ha ido tomando lenta pero inexorablemente la pérdida de fe en el proyecto estalinista, ante la comprobación del cada vez menos discutible ascenso de la burocracia y de la traición a las revoluciones. La revisión de la práctica de la III Internacional permite constatar su sometimiento a los intereses del Estado ruso, pone de manifiesto el terrible engaño que todo ello representó para las vanguardias obreras de los países capitalistas y hace comprender la tendencia a la apatía política por parte de las masas proletarias de estos países.

Ante el derrumbe de los tópicos del «norte y guía de la revolución mundial» y el reconocimiento de la enorme estafa que

(4) Pero, ¡ ojo !, también sirve de autojustificación de muchos abandonos y deserciones, que buscarían cualquier otra excusa si no dispusieran de ésta.

ha representado el estalinismo, la vanguardia política ha estado en tendencias que buscan una nueva meca, o vuelven la mirada al pasado para reanudar con las corrientes « más puras » o que tantean con duda metódica los signos de los tiempos para superar planteamientos periclitados por los cambios en la situación. Mientras, las masas obreras, frustradas ante tantos sacrificios sin resultados satisfactorios, desconcertadas ante la traición de sus direcciones reformistas o estalinistas, desorientadas ante los pronósticos de derrumbe del capitalismo y la comprobación práctica de su elasticidad reformista, se tapa los oídos ante proyectos políticos de envergadura y se limita a combatir por lo que conoce y por unas metas cuyo resultado pueda palpar: mejoras salariales y de condiciones de trabajo. Esporádicamente, ante nuevos fenómenos o ante atentados a viejas conquistas, se moviliza ampliamente y confía de nuevo en las viejas direcciones burocratizadas; pero falta de perspectivas diferentes, de recambios organizativos, de una previa labor de agitación y organización, se limita a defender el equilibrio de fuerzas precedente.

Paralelamente, la estabilidad del capitalismo y las mutaciones de mayor o menor importancia que ha experimentado cogieron desprevenidos a los teóricos del movimiento obrero. La fe en la agudización y repetición de las crisis — auguradas por Marx a partir del análisis del capitalismo del siglo pasado — vendió los ojos de los expertos que no acertaron a calibrar adecuadamente la importancia y efectividad de la intervención creciente del Estado en la vida económica. El estudio retrospectivo de los análisis y vaticinios de las organizaciones obreras a partir de la II Guerra Mundial sería extraordinariamente elocuente para comprender algunas de las razones de la deserción política de amplias masas ante la manifiesta incapacidad de las pretendidas vanguardias o direcciones políticas para enjuiciar correctamente las notas características y posibilidades del adversario. Con mayor motivo, los tiros andaban bien errados a la hora de plantear una línea estratégica y táctica.

Junto a estas razones, coadyuvan al florecimiento grupuscular — y lo refuerzan — la crisis de aquellas capas sociales que se van transformando en asalariadas con ciertos privilegios. Sus retoños, excitados ante la perspectiva que se les avecina, se apuntan al proyecto revolucionario al que aportan — amén de algunas virtudes — una buena dosis de voluntarismo e inestabilidad, que se traduce con frecuencia en una inclinación hacia horizontes tecno-burocráticos a fin de acelerar la revolución. No parece que sea desencaminado interpretar este fenómeno como una reacción de tener prisa para no devenir asalariados. Un claro argumento en esta dirección radica en que una buena colocación, el matrimonio y un mayor realismo a la hora de apreciar la inminencia de la revolución causan inmensos estragos en las filas de los ex-estudiantes « progres ».

Necesidad de la organización

La exposición anterior adquiere un claro sentido cuando la relacionamos con el problema de fondo: la necesidad de la

organización política del proletariado.

Toda clase social ha buscado organizarse — de uno u otro modo — para defender sus intereses, bien de forma esporádica, bien de forma permanente. Mientras la historia es sufrida y no se vislumbran cambios, la necesidad de la organización no es sentida de manera acuciante. Por eso, a lo largo de la historia universal, las clases oprimidas se han pasado sin organizaciones durante largos períodos. Las circunstancias en que se desenvuelve la clase obrera son, sin embargo, bien distintas. En primer lugar, vive dentro de un sistema que revoluciona constantemente las normas sociales, dentro de un modo de producción orientado a la producción de plusvalía y, por lo tanto, insaciable; su pasividad la conduciría a un empeoramiento progresivo de sus condiciones de existencia. Por otro lado, la clase obrera, a diferencia de otras clases oprimidas que la han precedido históricamente, ha alcanzado las posibilidades objetivas de la subversión de su condición y la puesta en pie de una organización social basada en la cooperación humana, el pleno desarrollo de los individuos y la eliminación radical de la explotación. Pero estas metas no las puede lograr cruzándose de brazos, sino mediante la **acción** consciente y mayoritaria. Y esta acción consciente y eficaz requiere ineludiblemente organización y comprensión de las leyes que rigen la historia.

En definitiva, pues, la necesidad de la organización surge de unas condiciones objetivas en las que se mueve la clase obrera. Que no toda la clase obrera esté organizada — ni siquiera en los momentos culminantes de la lucha de clases — responde a los diferentes niveles de conciencia de sus diversos estratos. El que sólo una fracción — reducida en condiciones de paz social, mayoritaria en una revolución social — se planteen la destrucción del sistema capitalista indica el peso de la ideología burguesa y un cierto fatalismo histórico, porque las clases sociales sólo se plantean aquellos problemas para los que ya tienen vías de solución.

De entre las diversas formas organizativas que la clase obrera ha suscitado, nos interesa destacar aquí la organización revolucionaria, el partido obrero. La falta de este instrumento de sondeo, coordinación, elaboración y orientación política⁽⁵⁾ se hace sentir demasiado vivamente para que sea necesario extenderse ahora en las razones de su importancia. En realidad, éste

(5) Preferimos este término a la expresión « dirección revolucionaria », la cual puede recubrir — y de hecho recubre a menudo — una visión considerablemente burocrática de la lucha de clases. (Véase en A.C. 14 la Respuesta de Acción Comunista a la carta del S.U. de la Cuarta Internacional). Profundizar en el tema obligaría a tratar de manera concreta el ser del proletariado, su conciencia « posible », sus razones revolucionarias, las tensiones y contradicciones que recorren su unidad, pues ni el ser del proletariado es un ser abstracto y atemporal, ni su proyecto es revolucionario y socialista « por la gracia de Dios », sino gracias a unas condiciones de existencia y a una actividad que van modificándose — y modificándole — en mayor o menor grado con el despliegue y evoluciones del capitalismo.

es uno de los problemas centrales que tenemos planteados: conseguir una organización de la vanguardia capaz de realizar aquellas tareas.

Voluntarismo y triunfalismo ya han sido ensayados, pues recoger cuatro fórmulas, ir a la caza y captura de « militantes », establecer un comité dirigente y publicar un periódico, está al alcance de cualquier grupito de estudiantes dinámicos. Naturalmente, con resultados bien poco atrayentes, porque todo eso hace avanzar en muy escasa medida la lucha obrera. Absolutamente indispensable — aunque mucho más difícil — es alcanzar una visión clara del movimiento global y de sus resultados generales, ser capaces de ofrecer unas orientaciones tácticas adecuadas para el momento actual y unas líneas estratégicas acordes con la realidad y las tendencias del capitalismo español.

Implantación y teoría podrían ser los títulos sintéticos de las necesidades fundamentales para cualquier grupo que aspire a jugar un papel en la maduración de las condiciones subjetivas y en perfilar la alternativa socialista. Aunque conviene recordarlo a menudo, no es preciso que nos detengamos en el aspecto **implantación**. En cambio, son deseables algunas puntualizaciones con respecto a la **teoría**, tanto por el antiintelectualismo de que a veces hacen gala ciertos sectores obreros, como por la frecuente degeneración de la teoría marxista en una escolástica que usa como argumentos las citas de « autoridades ».

Nada más ajeno al marxismo que plantear los problemas políticos en abstracto u ofrecer recetas en función de soluciones históricas separadas del marco en que se habían planteado. Y, sin embargo, tal actitud es sorprendentemente usual entre los grupos de izquierda, incapaces de redactar un escrito sin llamar en su auxilio los textos sagrados. Una cosa es recomendar la lectura de obras marxistas y no marxistas como instrumentos formativos y estimulantes y otra, completamente distinta, jugar con párrafos seleccionados y a veces hasta manipulados. **No hay verdades eternas de ninguna especie.**

Estos enfoques escolásticos son especialmente lamentables porque, para el proletariado, el recurso a la teoría es fundamental. La ignorancia de las leyes del desarrollo histórico obligaría a sucesivas aproximaciones experimentales sobre la base de criterios de prueba y error, de tanteos cuyo coste puede ser tremendamente elevado. Conocer las leyes tendenciales del desarrollo histórico y aprovechar este conocimiento no nos aseguran plenos resultados favorables, pero garantizan buenas probabilidades para que los dolores del parto sean más leves y soportables.

El fetichismo del partido

La organización de la vanguardia ha adoptado formas históricas determinadas, con principios específicos según el tiempo y lugar. El triunfo de la Revolución de Octubre y la modificación del leninismo más simplista llevaron a fetichizar el « partido del proletariado », transfigurando de este modo tal instrumento decisivo en un ente en sí.

El proceso puede ser bien ilustrado siguiendo la evolución de las posiciones de Trotsky al respecto. En un libro de juventud (**Nuestras tareas políticas**, 1904) criticará las posiciones centralistas de Lenin y llegará a escribir proféticamente: « La organización del partido sustituye al partido, el comité central sustituye a la organización del partido y, finalmente, un dictador sustituye al comité central ». Más tarde, al calor de la Revolución de Octubre y ante la comprobada eficacia para la toma del poder del partido bolchevique, concederá un papel de primer orden a la organización política, incluso por encima de las auténticas organizaciones de clase: « La dominación revolucionaria del proletariado supone dentro del proletariado mismo la dominación de un partido dotado de un programa definido de acción y de una disciplina interna indiscutible »; « Gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido ha asegurado a los Soviets la posibilidad de transformarse, de informes parlamentos obreros que eran, en un instrumento de dominio del trabajo. En esta sustitución del poder de la clase obrera por el poder del partido, no ha habido nada casual, e incluso, en el fondo, no existe en ello ninguna sustitución » (**Terrorismo y comunismo**, 1920). Posteriormente, ante la evolución del régimen soviético, aminorará sus alabanzas y ya no se atreverá a esgrimir razonamientos que atenten contra toda lógica (« En esta sustitución... no existe ninguna sustitución »). Continuará siendo, con todo, un propagandista permanente de la organización a lo largo de muchos años, con planteamientos bastante simplistas e incluso criptoburocráticos: « La crisis de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria » (**Programa de Transición**, 1938). Por último, hacia el final de su vida, poco antes de caer asesinado por un agente de la Guepeú, en su inacabado **Stalin** (1940), cuando escribía el balance provisional de la revolución rusa, con una perspectiva histórica más amplia y probablemente desconcertado por la evolución y futuro de la burocracia, apuntó: « El partido político no es ni una entidad homogénea ni un factor histórico omnipotente, sino un instrumento histórico provisional, uno de los muy numerosos instrumentos de la historia y también una de sus escuelas ».

Puesto que el **¿ Qué hacer ?** de Lenin suele servir de receta para la adopción de los « principios leninistas de organización », convendría también recordar su significativo subtítulo: « Problemas **actuales** de nuestro movimiento » (el subrayado es nuestro), así como las posteriores advertencias del propio autor, la interpretación estrictamente auténtica: « **¿ Qué hacer ?** es un resumen de la táctica de **Iskra** y de su política de organización durante los años 1901-1902. Exactamente un **resumen**, nada más y nada menos... » (Prefacio a **Doce años**, 1907).

La actualidad de esta discusión es más propia de marxólogos que de revolucionarios. Si entramos en ella, aunque sea escuetamente, es debido a la utilización frecuente y abusiva de ciertos textos aislados de su circunstancia histórica y a las tendencias idealistas y ahistóricas que sobre el tema cultivan muchas minivanguardias, deformando y confundiendo los problemas reales que nos acosan. De lo que se trata, en efecto, no es

de ser fieles a unas citas, sino de hallar respuestas razonadas a las siguientes preguntas: qué características concretas son las apropiadas para la organización de los revolucionarios a fin de que esta organización vivifique y potencie el movimiento obrero, qué dialéctica fecunda debe darse entre organización de revolucionarios y organizaciones autónomas de la clase obrera, qué peligros acechan a la eficacia revolucionaria, cómo se pueden combatir efectivamente las tendencias burocráticas — a partir de ahora ya — y evitar que el indispensable instrumento político no pueda desembocar fácilmente en un tinglado burocrático y sustituita.

No es lícito efectuar un corte entre **organización y principios**. Los esquemas y tareas organizativas están estrechamente vinculados no sólo a la táctica política, sino también a los principios socialistas que defendemos: una visión tecnocrática de las cuestiones organizativas que relegue aquellos principios en pos de la eficacia tiende necesariamente a formas de sustituitismo, ante las cuales la clase obrera está bastante escaldada por haber comprobado sus nefastas consecuencias.

Tanto por reacción pendular como por simplismo político, han aparecido corrientes espontaneistas — tildadas frecuentemente de «obreristas» o «sindicalistas» — que agudamente sensibilizadas por estos peligros rehuyen el problema arrancándolo de cuajo: pretenden eliminar los peligros reales de manipulación y burocracia, negando la organización política. El remedio resulta tan malo como la enfermedad. El nivel político no puede ser negado y superado desde fuera: abandonarlo es dejar las manos libres a las clases dominantes para que puedan estructurarlo a su antojo; rehuir su análisis y el esclarecimiento de su importancia es desarmar políticamente a la clase obrera y preparar su derrota. Mucho menos eco tienen las posiciones que propugnan la deserción pura y simple. Por la sencilla razón de que el problema y la necesidad de la organización se han hecho — se están haciendo — sentir demasiado vivamente. Porque cuando la burguesía no es manca o imbécil, ni está agonizando, la falta de ideas políticas, de concepciones tácticas, de instrumentos organizativos, castra toda perspectiva de extensión, profundización y planteamiento de horizontes más lejanos a las luchas.

El metabolismo político

La cuestión del partido obrero tampoco puede desligarse de la existencia de organizaciones de masa que encuadran de diversas formas numerosos sectores de las clases trabajadoras. Por decisivo que pueda ser el papel de la organización de la vanguardia en el proceso revolucionario, es para nosotros un axioma que la liberación de la clase obrera sólo puede ser obra de la propia clase obrera a través de órganos creados y controlados por ella misma. Tales organismos socialistas — soviets, consejos o lo que sea — sólo aparecerán realmente en períodos de aguda crisis social, pero ya desde ahora es indispensable

suscitar aquellas formas organizativas que despierten la creatividad de las masas en todos los órdenes y sugieran vías de avance posteriores (Asamblea obrera y elección democrática de comisiones de empresa para asuntos precisos). Al margen de ésto, en situaciones de hegemonía burguesa, existen otros tipos de organizaciones (ideológicas, sindicales, de autodefensa, de cooperación, recreativas) que agrupan a numerosos sectores de trabajadores con variados niveles de conciencia. Es precisamente en el seno de estos organismos donde la vanguardia puede comprobar su calidad de tal y recibir el influjo de las ideas, pasiones, creencias de las masas trabajadoras. La presencia y participación en estos puntos de convivencia y acción es lo que da realidad a la vanguardia, porque es precisamente a través de esta permanente interacción como se forja y selecciona la vanguardia y las ideas de esta vanguardia.

La capacidad de una organización de vanguardia radica en su base de alimentación y en su aptitud para efectuar este metabolismo político. Poco se puede conseguir si se olvida que lo que le da vigor es precisamente esta amplitud y solidez en las bases que tan malparadas andan hoy en día. Imaginar que la superación de las dificultades actuales puede forzarse con voluntarismo es desenfocar los auténticos problemas. Las limitaciones tácticas y estratégicas que nos aquejan a todos no se solucionan con una dirección enérgica, sino con la implantación y la discusión generalizada de las experiencias.

La debilidad organizativa y la pobreza teórica y estratégica de los grupos de vanguardia en España van a la par con la debilidad de las organizaciones de clase de uno u otro tipo, y contrastan violentamente con el vigor de los combates que espontáneamente se producen en el país, con la combatividad que muestra la clase obrera en momentos determinados. La clase obrera siente una y otra vez la necesidad de la organización, pero ni las plataformas que se le han ofrecido han logrado ser adoptadas por ella, ni organización política alguna ha conseguido la confianza de sectores numerosos de la clase sobre las consignas o perspectivas que proponía. El ejemplo más prometededor en el primer sentido fue la experiencia de Comisiones Obreras, intento malogrado por razones tácticas y organizativas, amén de las tendencias manipuladoras que se enseñorearon en ellas⁽⁶⁾. Por otro lado, hoy por hoy, la clase obrera no está controlada por nadie y ninguna organización ha conseguido ganarse su confianza. Aun cuando exista una corriente de simpatía con todos los «comunistas», a menudo está mediatizada por un considerable distanciamiento que responde tanto al miedo a la represión como al desengaño ante los fenómenos burocráticos de los países llamados socialistas; más aún, la identificación de amplias franjas de la clase obrera con los «comunistas» será

(6) El tema da mucho de sí. En este mismo número hay un artículo sobre la cuestión que nos dispensa de extendernos ahora sobre ella. De todos modos habrá que volver sobre este asunto más de una vez.

escasa mientras las consignas que se les transmitan sean sentidas como algo tremendamente lejano y ajeno, mientras no respondan a sus planteamientos espontáneos y aparezcan como perspectivas fiables y estrechamente ligadas a sus intereses reales.

Sin la participación de los núcleos revolucionarios en las organizaciones de clase, sin el impulso a estas organizaciones y la defensa intransigente de autonomía, cualquier candidato a vanguardia efectiva carecerá de la savia vivificadora sin la que su existencia no tiene justificación alguna, pues una organización sólo tiene sentido si es capaz de intervenir en la lucha de clases. La audiencia de la clase obrera no se gana ni se ganará con grandes proclamas, sino mediante una labor necesariamente lenta de inserción, de participación en sus organismos, de capacidad de orientación y esclarecimiento, cualidades éstas que no aparecen por ensalmo, ni por la referencia a una tendencia histórica del movimiento obrero ni suspirando por las revoluciones exóticas. Se gana en la práctica, en el complejo juego de enseñar y de aprender del movimiento, proponiendo ideas y asimilando otras, organizando y agitando.

La unificación de los marxistas revolucionarios

Aunque la construcción de un partido revolucionario está a la orden del día, no hay que ocultarse ni las dificultades inherentes a tal tarea, ni la lentitud con que se alcanzarán resultados cualitativamente superiores; pero estas consideraciones no pueden servir de estímulo a la pasividad, sino que deben impulsarnos a buscar y proponer fórmulas concretas que permitan avanzar por esta vía.

Recapitemos lo que venimos exponiendo. La atomización grupuscular hincó sus raíces en problemas de muy diversa especie. Factores tales como la represión y la falta de libertades democráticas empujan hacia un localismo que pronto muestra sus límites e inconvenientes. El bien arraigado vicio de la manipulación predispone también a hacer rancho aparte, al grupo « familiar » donde todos se conocen y se controlan. Más grave — aunque emparentado con lo anterior — es la falta de una visión táctica y estratégica similar, en buena medida como consecuencia de la falta de perspectivas precisas y de inserción en el movimiento obrero real. Los grupúsculos surgen también ante la necesidad de dar respuesta a los aspectos nuevos que la lucha de clases plantea y la ineficacia revolucionaria de las organizaciones y esquemas tradicionales. Este es uno de sus aspectos más positivos: la búsqueda, el tanteo, la experimentación. Pero, al mismo tiempo, su debilidad y la ridícula inserción que tienen les incapacita para efectuar la recogida y la digestión de un material político, de unos « documentos base », de que no disponen o disponen en muy pequeña escala. Dicha situación provoca un círculo vicioso del que es necesario alertar a los militantes, porque si no se rompe empiezan a entrar en liza todos los vicios connaturales a los grupos débiles o insuficientemente maduros,

que terminan por reducirlos a una secta de fundadores y por frustrar a los militantes recién incorporados. Recalcamos estos muy reales peligros porque valoramos en alto grado la dosis de entrega y de combatividad de que hacen gala gran número de militantes y porque consideramos nefasto que se pudran y maleen dentro de la inoperancia grupuscular. Por añadidura, en la medida en que no se salga de este círculo vicioso serán las organizaciones reformistas — por su mayor tamaño y recursos — quienes aumentarán su atractivo.

Como todo ésto es difusamente sentido, las tendencias unitaristas son fuertes y se irán reforzando todavía más en el futuro, especialmente entre los militantes de base. Ya se han producido en estos últimos tiempos movimientos de unificación (MCE-UC, AC-UHP, LCR-ETA VI « trotskista ») entre las corrientes más afines que confirman lo expuesto. Las razones que cuentan para ello son, por lo común, de dos tipos. Razones pragmáticas, por un lado, pues la atomización favorece a los grupos más crecidos, especialmente al PCE, y además porque una organización minúscula no puede ofrecer perspectivas atractivas a los militantes obreros, cuya afiliación está bastante condicionada por razones prácticas de poder intervenir más eficazmente, para recibir y ofrecer un apoyo que represente efectivamente la multiplicación de su eficacia y de su horizonte político. Por otro lado, por una razón de « lucha por la vida », porque a plazo medio ninguna organización se justifica si su incidencia e intervención en la lucha de clases es prácticamente despreciable ; y esta incidencia requiere un nivel numérico mínimo.

A este respecto queremos subrayar un hecho sorprendente, y es la debilidad y el esquematismo de las bases políticas sobre las que se establecen los acuerdos(?). Raramente aparecen discusiones sobre principios (qué se entiende por socialismo y por dictadura del proletariado), opciones estratégicas (alternativa, programa de transición, bloque histórico revolucionario), orientaciones tácticas (cuestión sindical, análisis de consignas), ni siquiera sobre principios organizativos (concreción del centralismo democrático que de palabra todos propugnan). Y todas estas cuestiones son fundamentales para el futuro de la revolución socialista.

Naturalmente, los procesos de convergencia y de unificación que deberían de simplificar el panorama organizativo de la izquierda española tenderán a desarrollarse principalmente de forma bilateral y a partir de los grupos con más semejanzas. Este tipo de contactos nos parece esencial y previo a intentos

(7) En el primer punto del « Protocolo de acuerdo ETA-LCR » (Combate, n. 16) leemos : « La LCR afirma, ya desde ahora, que caso de realizarse la fusión deberá darse ineludiblemente en el marco de la Cuarta y condiciona aquélla a que esa posible organización unificada demandará su reconocimiento como su Sección en el Estado español ». ¿ No es absolutamente ridículo que se subordine la fusión « entre dos organizaciones de la envergadura de las abajo firmantes » — según se dice en el mismo Protocolo — a un aspecto organizativo-sectario alejado que ni se sabe de la problemática real del movimiento obrero ?

más osados. Dentro de esta óptica es necesario proponer alternativas graduales a fin de ponderar en qué medida los propósitos unitaristas se limitan a declaraciones formales. Se trata, en concreto, de ir planteando una serie de pasos elementales que obliguen a la clarificación política y refuercen la fraternidad revolucionaria: unos obvios, como el intercambio sistemático de información y publicaciones o la colaboración para luchas precisas; otros más avanzados como la crítica política mutua de documentos programáticos y tácticos por escrito o mediante reuniones periódicas. A este respecto hay que estar prevenidos frente a la degeneración rutinaria de las reuniones y la deformación de los resultados de los debates cuando circulan de segunda mano hacia los militantes de base. Para que la información política básica pueda llegar a todos sin distorsiones involuntarias el único remedio es plasmar por escrito las líneas generales de las discusiones.

Más atrevido, pero con resultados mucho más significativos, podría ser el inicio de un proceso en bloque. Existen, en efecto, unas posibilidades y tendencias unitarias de toda una serie de grupos entre los que, en principio, no parecen existir divergencias decisivas. Tendencias estas de considerable importancia en tanto que la organización que pudiera nacer de darse esta unificación sí podría ser considerada como un embrión real de un partido revolucionario con una cierta implantación y una visión política más global y completa.

Esta perspectiva resulta, desde luego, mucho más problemática, pues irían apareciendo sin lugar a dudas problemas políticos y organizativos de solución más compleja que los que surgen entre dos partes. De todos modos entendemos que tal proceso podría significar un notable avance siempre que su consumación fuera contemplada como no inmediata y se desarrollaran ya desde ahora aquellas formas de discusión política y colaboración práctica que permitan valorar las divergencias, además de un enriquecimiento teórico, una mayor confianza y una mayor efectividad práctica.

Desde la aparición de la revista ha sido una de nuestras constantes plantear la necesidad de la unificación de los militantes de la izquierda marxista, unificación que nunca hemos contemplado como una simple suma de siglas o como una fusión estrictamente organizativa. Para nosotros, una organización ha de ser sobre todo unas opciones programáticas y estratégicas sobre las que se sustenta el contrato organizativo de los militantes. Nunca hemos considerado a AC más que como una organización provisional hacia la creación de un partido. Nuestras publicaciones están abiertas a la colaboración de otros grupos y sectores afines. Por fraternidad revolucionaria y porque no ocultamos que nuestra implantación es insuficiente. Solos no elaboraremos la táctica y la estrategia que necesita el movimiento obrero español. Ni nosotros, ni nadie, al menos de momento. Luego es preciso desperdiciar a aquellos sectores de militantes más allegados para desarrollar debates y colaboraciones, para crear un clima apropiado para que circulen y se discutan las aportaciones originales de unos y otros.

Por eso creemos necesario hacer una serie de propuestas a todas aquellas organizaciones y grupos que se plantean tales problemas con espíritu similar al nuestro. Como medidas preliminares entendemos indispensables las discusiones a nivel teórico y la mutua crítica política escrita de los documentos básicos, crítica que **ineludiblemente** debería ser dada a conocer a todos los militantes de ambas partes, tanto por su utilidad en la profundización política como por la necesaria democracia organizativa. Estas discusiones y estas críticas deberían centrarse en los puntos fundamentales de orden principal, estratégico y organizativo. Efectivamente, si no se llega a unos acuerdos sobre la definición de socialismo, sobre la importancia crucial de la democracia obrera y el radical distanciamiento y oposición al estalinismo, los cimientos de cualquier aproximación no pueden ser sólidos y estables. Por otra parte, la apreciación del capitalismo español, del bloque histórico revolucionario y del programa de transición son cuestiones decisivas para que la práctica pueda ser unificada; de todos modos caben aquí — de darse unos presupuestos generales comunes — diferencias sobre puntos específicos que una organización establecida sobre unos principios bien cimentados podría tolerar y digerir sin estallar en diversos pedazos. De ahí deriva la necesidad de rechazar el « monolitismo » organizativo en los aspectos políticos, la comprensión del centralismo democrático como libertad de crítica y unidad de acción, el derecho de constituir tendencias y fracciones; como argumento suplementario — y quizás de mayor trascendencia — hay que hacer notar que no cuadra en absoluto propugnar y fomentar la democracia obrera y establecer el autoritarismo como una regla organizativa.

Junto con ello habría que fomentar las reuniones de grupos de base en torno a problemas tácticos y políticos y encaminadas a determinar las formas concretas de colaboración práctica. Pues sin esta convergencia de prácticas los acuerdos establecidos a partir de discusiones políticas quedan limitados a términos verbales.

Toda esta extensa problemática ha de ser contemplada con una doble óptica: — es necesario ponderar los acuerdos sobre puntos esenciales y la importancia de avanzar hacia una organización más extensa y arraigada, y — es necesario no ocultarse las divergencias. Si solamente se quiere utilizar la primera óptica la unidad que podría establecerse sería rota ante cualquier crisis política u organizativa porque no dejan de existir las diversas corrientes aunque no quieran verse. Si sólo se insiste en la segunda, si cualquier divergencia es profundizada específicamente al margen del conjunto, se mantiene y ahonda una división cuya relevancia para la lucha de clases actual puede resultar invisible. Una buena dosis de sentido común y de flexibilidad son indispensables para que estas propuestas pudieran convertirse en realidad prometedora ya que, aun cuando la discusión y profundización elimina un buen número de puntos de fricción, otros sólo seran eliminados por la práctica y la historia.

Si los primeros resultados fueran positivos habría que plantear la confección de un boletín intergrupuscular que sirviera de

preparación para una reunión nacional de grupos y en cuyas páginas se desarrollara una discusión general sobre un temario constituido por los puntos de principio, estratégicos y tácticos que se hubiesen desvelado como más conflictivos. Finalmente cabría la edición de un periódico conjunto a nivel táctico.

Afinar más no parece ahora ni necesario ni oportuno. La insuficiente inserción de todos, la inmadurez política de la vanguardia organizada, las peculiaridades locales o genéticas de cada grupo, hacen que esta propuesta global no pueda ir acompañada de un calendario preciso. Y debemos advertir, finalmente, que en el mejor de los casos estos planes no pueden cubrir más que un aspecto de la cuestión, a saber, la puesta en marcha de una estructura organizativa más capaz y capacitada. Pero no pueden suplir ni postergar la permanente necesidad de inserción y de maduración de la clase obrera, sin la cual los instrumentos organizativos patinan o descarrilan. La organización política es un elemento decisivo para la destrucción del sistema capitalista, pero para que el drama no se convierta en un sainete ha de ser la propia clase obrera la que tome en sus manos la tarea de su liberación.

Y de eso, en definitiva, es de lo que se trata.

A. C.

Chile : El fin de la «Unidad Popular»

El conjunto de la experiencia chilena y en especial su trágico fin merece y requiere un análisis profundo que por razones de tiempo y espacio no podemos ofrecer en este número como hubiera sido nuestro deseo. Los hechos consumados han cerrado ya la primera fase y se impone una valoración de los errores fundamentales de la U.P. y, sobre todo, sacar las enseñanzas políticas y estratégicas que de tal experiencia se pueden destilar.

El « caso chileno » que ilusamente en ciertos ambientes se proponía como ejemplo y modelo de « vía pacífica al socialismo » ha desembocado en una carnicería y en la eliminación de considerables conquistas obreras por obra de los militares gorilas. La aurora que para algunos presagiaba días rutilantes ha terminado — momentáneamente, por lo menos — en una noche oscura. Los debates y discusiones en torno a todo éso ocuparán un lugar destacado en el seno de las diversas corrientes políticas y sus ecos se prolongarán durante bastante tiempo. Nuestras primeras conclusiones han sido ya recogidas en un número especial de Voz Obrera (Especial 23, octubre de 1973). En la próxima revista presentaremos una panorámica más extensa con algunos artículos y documentos de primera mano a fin de ofrecer un amplio material básico para una seria discusión en el ámbito de las organizaciones marxistas revolucionarias.

C. R.

Comunicado

Hace ya dos años que se iniciaron las relaciones entre A.C. y U.H.P. La afinidad política apreciada de inmediato por ambas partes y la sentida necesidad de ir superando la dispersión de los marxistas revolucionarios, nos condujeron a entablar discusiones sistemáticas en torno a los documentos programáticos de A.C. por encontrarse en un estadio más elevado de elaboración teórica y política, y a acordar una serie de colaboraciones de mutuo interés.

Los positivos resultados alcanzados en esta primera fase nos impulsaron a estrechar lazos políticos y organizativos de cara a una eventual fusión. La participación en los debates internos, la profundización del mutuo conocimiento y la colaboración en los periódicos centrales han permitido ultimar el proceso efectuándose la integración de común acuerdo.

Es un paso más en la unidad de los marxistas revolucionarios en el camino hacia la revolución socialista.

Octubre 1973.

El VIII congreso del P.C.E.

La carta abierta al centrismo

El Partido Comunista de España no es una excepción entre los partidos comunistas europeos. El VIII Congreso confirma el camino que emprendió hacia la socialdemocratización⁽¹⁾. Decididamente, la burocracia del P.C.E. quiere conquistar a toda costa un hueco legal en el postfranquismo. Abandonadas hace ya mucho tiempo las veleidades revolucionarias, el P.C.E. quiere ahora dejar también a un lado las formas tradicionales y ambiguas de decir, que no de hacer, claro.

Por ello en el VIII Congreso se ha hablado claramente, sin tapujos, de defender el « interés nacional » : se ha preconizado la entrada de « España » en el Mercado Común Europeo, defendiendo de forma consciente los intereses de la burguesía española ; se ha tendido una mano a los burgueses « centristas » para que avancen hacia concepciones democrático-burguesas tipo Italia o Francia ; se ha llegado a criticar al actual régimen porque no entrena suficientemente y con medios modernos al Ejército. Santiago Carrillo ha tenido en esta ocasión la necesidad de hablar un lenguaje fácilmente comprensible para la burguesía, dándole a ésta suficientes garantías para que se crea (¡ de una vez !) que el Partido Comunista quiere jugar honradamente bajo las reglas democrático-parlamentarias. Se preconizan en el VIII Congreso las Mesas, Coordinadoras, Asambleas, ..., con no importa que grupos burgueses, con no importa que militares, con no importa que « hombres de Iglesia » con tal de instaurar las « libertades políticas ». Más llanamente expresado : con tal de legalizar al Partido Comunista y a unos sindicatos controlados por él.

Desgraciadamente para Carrillo, hoy por hoy, los políticos burgueses que están preparando el postfranquismo con un poco más de vista que Carrero Blanco no cuentan para nada con el P.C.E. Porque, por una parte, no quieren llegar tan lejos sin antes ver como se acomoda la sociedad española al morir Franco y porque, por otra, tampoco tiene suficientes garantías de que el compromiso aceptado por el P.C.E. sea respetado por la clase

(1) Persiste, sin embargo, una diferencia importante. El hecho de que el PCE se acerque en sus metas y métodos a la socialdemocrática reformista no elimina el que por su tradición y fines estalinistas esté interesado en la toma del poder y en la eliminación del capitalismo para sustituirlo por un sistema burocrático estatal de corte semejante al de las « democracias populares ». Este aspecto le hace menos acomodaticio al régimen burgués que la socialdemocracia clásica y más peligroso para la clase obrera por la palabrería « socialista » con que ocultan su afán de dominio.

obrera. Lo burguesía española (y su casta política), después de treinta años con unos sindicatos de corte fascista, con la dictadura política más completa del área copitalista no subdesarrollada, no se atreven a hacer cambios más que poco a poco. Pero, además, la lucha de clases tampoco hoy por hoy, les presiona lo suficiente, y menos aún las « campañas nacionales » del P.C.E.

En el informe presentado por Carrillo al Congreso concreta muchas concesiones que, aunque apuntadas en anteriores escritos suyos, nunca habían sido expuestas con tanta nitidez. Se dirige al Ejército y le promete que tendrá un buen presupuesto y armas modernas si apoya el Pacto para la libertad; se dirige a la clase política y les aconseja que hagan como los reaccionarios Alcalá Zamora y Maura, que supieron « comprender que debían lanzarse a hacer una revolución política para librar al país de la autocracia e incluso para preservar sus intereses sociales. Y se lanzaron sin dejar por ello de ser conservadores ». Y esto cuando, siendo los prohombres de la monarquía, supieron comprender que lo único que podía contener a la revolución era la inestable República del 31. Carrillo se dirige a los burgueses para informarles de que el P.C.E. se opuso, cuando en 1962 el gobierno hizo la demanda de ingreso en el Mercado Común, porque la integración inmediata hubiese sido « catastrófica para la economía nacional », y de que había denunciado el acuerdo preferencial, cuando se firmó, porque « perjudicaba los intereses españoles ». En cambio, ahora, con la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, la cuestión del ingreso se impone para que no resulte « seriamente perjudicado » el comercio exterior. Como el actual régimen no tiene « autoridad, ni fuerza, ni voluntad para llevar una negociación de cualquier tipo frente al Mercado Común con garantías para los intereses nacionales », el P.C.E., eliminada la dictadura franquista apoyaría un « acuerdo de asociación con el M.C.E. que permitiera ir progresando en la cooperación con los países europeos a medida que las estructuras económicas del nuestro se renueven y alcancen la competitividad necesaria ». En suma, Carrillo quiere dejar claro ante la burguesía que defenderá los « intereses nacionales » frente a la burguesía europea mejor que el franquismo y los centristas.

« Los comunistas — según Carrillo — no podemos tener reparo alguno a ajustarnos a esas reglas [de las democracias burguesas parlamentarias]. No seremos nosotros los que el día de mañana en un régimen de democracia las violemos. Al contrario, las defenderemos con todas nuestras fuerzas en caso de que la reacción trate de abolirlas ». Para los que conocen un poco de la historia del P.C.E. ya saben que en 1936-37 la « reacción » tomó la forma de anarquismo y poumismo; y el « con todas nuestras fuerzas » también tiene sustanciosos precedentes, que conocieron cientos de militantes anarquistas y poumistas y muchos miembros de colectividades disueltas por Lister a punta de fusil. Como si quisiera confirmarnos este punto Dolores Ibárruri, en su discurso de clausura, dijo: « Esta es nuestra postura [la defensa de la futura democracia burguesa] de hoy, y ésta era también nuestra posición cuando defendíamos, en otras condiciones naturalmente, la política del Frente Popular no sólo frente al conglomerado de fuerzas reaccionarias, sino también frente al aventuramiento revolucionario de los unos, frente al deseo de saltar etapas de los otros ».

En esta ocasión Carrillo, con tal de llegar a un acuerdo, juega hasta la carta del golpe de Estado: « esa revolución política [que ha de acabar con el franquismo] que los militares no deben identificar primariamente al desorden, que puede hacerse en días, en horas, como hemos dicho, con menos

desorden que el ahora existente en un año de gobierno dictatorial, debe ser obra del entendimiento del pueblo y el Ejército». Esto ha de ser así porque — según nos cuenta Carrillo — las Fuerzas Armadas están engañadas por las « minorías oligárquicas » que les echaron la responsabilidad de la sublevación y porque hay toda una demagogia que identifica los privilegios de la oligarquía con el interés nacional y con las Fuerzas Armadas. « Por ese camino — se lamenta Carrillo — nunca tendrá España un verdadero ejército nacional, sostenido por todo el pueblo, dotado modernamente. »

El movimiento obrero le interesa a la burocracia del P.C.E. como medio de presión, en estos momentos, para ser admitido en el continuismo. Así se expresa Carrillo con respecto a Comisiones Obreras: « La cuestión consiste en que sin inhibirse, las CC.OO. no necesitan y no deben situarse en primera línea en la lucha política. Ese es el papel de los partidos y no el suyo. Que el ámbito de su diálogo es distinto, e incluso más amplio, que el de los partidos. Mientras entre éstos y el Poder no cabe diálogo alguno, la Comisión de los obreros de la Construcción de Madrid hizo bien en ir, en plena huelga, el verano pasado, a discutir con el Gobierno en San Sebastián. Esa situación puede repetirse, sobre todo si las corrientes actuales conducen a Gobiernos que, aun sin romper con el cuadro político existente, muestran alguna veleidad aperturista. No es tampoco la primera vez que CC.OO. discuten con gobernadores civiles u otras autoridades provinciales. Y además CC.OO., a unos u otros niveles, tienen que discutir con los empresarios y conquistar la posición de único interlocutor válido representativo de los trabajadores ». En realidad quien busca ser el único interlocutor válido ante la burguesía es Carrillo que debe impulsar ciertas luchas para ganar puntos para los arreglos en la cumbre. La burocracia del P.C.E. tiene que dar una doble impresión: por un lado, lanzar campañas nacionales más o menos espectaculares (especialmente en propaganda) para hacerse oír y, por otro, demostrar que es capaz de controlar el movimiento. Esto le sitúa en un campo de contradicciones muy parecido al de las burocracias sindicales europeas.

Conociendo las costumbres de la burocracia del P.C.E., no es de extrañar que desde la fundación de éste — hace más de cincuenta años — sólo se hayan celebrado ocho congresos. Cuando algún militante ingenuo, más o menos sinceramente, ha solicitado un congreso para debatir cuestiones políticas, la respuesta negativa iba justificada sistemáticamente por las condiciones de seguridad del partido. ¿ A qué se debe entonces que Carrillo y el comité ejecutivo hayan decidido dar paso a un Congreso? Aunque en el interior del P.C.E. había y hay un cierto malestar en algunos sectores, especialmente por el complejo de « derechistas » que están sufriendo muchos militantes semi-honrados ante la creciente influencia de los llamados « izquierdistas », la burocracia del P.C.E., conoce miles de argucias para salir del paso sin necesidad de hacer tantas concesiones a la « base ». Además, la prueba de que a Carrillo la opinión de la « base » le importa un comino está en la forma de preparar y llevar a cabo el Congreso: se trataba más de una reunión del Comité Central ampliado que de un Congreso democrático. Entonces, ¿ para qué el montaje? Sencillamente para dar a conocer la nueva táctica de apoyo a la entrada en el Mercado Común Europeo e intentar contrarrestar la maniobra centrista de llegar al aperturismo sin el P.C.E. La muerte más o menos próxima del « sapo iscarote » acelera los conciliábulos políticos burgueses y en los distintos agrupamientos se excluye al P.C.E.

Frente a ésto Carrillo hace muchas más concesiones y les grita: ¡ Centristas, que sin el apoyo de la clase obrera (que controlamos nosotros) no vais a poder hacer nada sólido! Pero podéis contar conmigo, pues estoy

bien dispuesto a entrar en el juego.

Muchos pensarán que con una declaración del Comité Ejecutivo publicada en la prensa del P.C.E. con grandes titulares hubiera sido suficiente. Sin embargo, para Carrillo, la ocasión bien merecía el trampolín de un Congreso.

¿Para qué fechas el IX Congreso? Nos atrevemos a pronosticar que los centristas tienen la palabra.

C. R.

La puesta al día de nuestra socialdemocracia

(EL XII CONGRESO DEL P.S.O.E.)

A lo largo de los últimos dos años asistimos a la parcial resurrección de una de las organizaciones históricas del proletariado español: el P.S.O.E. De ser unas siglas de manual de historia, uno de los tantos grupos liquidados tras la instauración de la dictadura franquista (C.N.T., F.A.I., P.O.U.M., etc) con influencia limitada a algunos viejos de determinadas regiones, se ha convertido, reanimado por la incorporación de nuevos y jóvenes militantes, en uno de los muchos grupos de la izquierda española con aspiraciones de volver a ser «... lo que siempre fue, la expresión mayoritaria del proletariado español» (*El Socialista*, enero 1973).

Hoy ha entrado en un período de revitalización, de actividad renovadora que le permite volver a desempeñar de nuevo un papel en el desarrollo de las luchas obreras, profesionales y estudiantiles, de las que desde hace tiempo se encontraba marginado.

Su doceavo Congreso, celebrado hace unos meses, refleja la necesidad de los nuevos militantes jóvenes, sobre todo del interior, más conscientes de la dificultad que entraña el atraerse a las nuevas generaciones obreras y estudiantiles, dadas fácilmente al «izquierdismo», de dotarse de una apariencia más actual y con más garra.

Para ello no han tenido más remedio que desembarazarse de parte (no de todo, ni mucho menos, de lo contrario dejarían de ser el P.S.O.E.) del lastre histórico heredado del pasado. Ha habido que hacer una criba de los cuadros más caducos. El hasta ahora secretario, Rodolfo Llopis al que los jóvenes socialistas acusan de masón y no sé cuantas cosas más, Pascual Tomás y otros destacados militantes del exterior han sido expulsados. Estos a su vez parece que se han unido con las huestes de Tierno Galván con la idea de construir una organización socialdemócrata más a la europea. Sin embargo, y cosa curiosa, el reciente Congreso de la II Internacional reafirmó su apoyo a la fracción «revolucionaria» del interior.

A la vez que todo esto, se comienza a elaborar una nueva línea política

más de acuerdo con las nuevas orientaciones de la organización. En definitiva, y como ellos mismos dicen, el XII Congreso « ha representado la culminación de un proceso de recuperación de la tradición socialista revolucionaria de la organización ».

A LA IZQUIERDA DEL P.C.E...

En todos los documentos del Congreso hay una alusión continua, pero velada ya que no se le menciona nunca directamente, al P.C.E. Hay un intento claro de situarse a su « izquierda », o por lo menos de hacer análisis más « reales » de la situación española. Así, por ejemplo, cuando dicen :

« Se ha especulado durante mucho tiempo con la descomposición del sistema y el crecimiento de la oposición. A veces la especulación resulta excesivamente triunfalista, excesivamente voluntarista y poco ajustada a la realidad » (*Situación política y social de España*). Alusión clara al triunfalismo del P.C.E. O más adelante :

« La situación política del régimen está marcada, es cierto, por unas contradicciones dentro del propio régimen, dentro de los grupos que componen el sistema político, pero que no son en manera alguna contradicciones tan graves que puedan hacer pensar en una lucha fratricida entre estos grupos... ». Alusión clara a los enfrentamientos entre « ultras » y « tecnócratas » de los que siempre habla Carrillo. Y cuando se refieren al Ejército en los siguientes términos :

« El ejército sigue siendo una unidad monolítica y sigue estando, pese a lo que se especule al respecto, al margen de estos grupos en pugna dentro del poder político ». Alusión a la política del P.C.E. frente al Ejército.

...PERO DE UNA FORMA REALISTA

A lo largo de todos los documentos del Congreso, de todos los editoriales de los últimos números de *El Socialista*, las llamadas al realismo son continuas : « Nuestro Congreso, ante todo, ha sido un Congreso realista ». Y es este realismo el que le lleva a mantenerse muchas veces en posiciones a la izquierda del P.C.E. Por ejemplo, contraponiendo análisis « realistas » de la situación española a los delirios triunfalistas de Santiago Carrillo, lo que le lleva a no seguir a éste en los aspectos más anacrónicos de su política « Pacto para la libertad ». La posición actual del P.S.O.E. frente a la revolución burguesa (que contradice las que ha mantenido durante casi un siglo) son sin duda más « lógicas » :

« El hecho de que la Dictadura no represente los intereses económicos y políticos de la pequeña y mediana burguesía, no puede interpretarse, en el sentido de que la misma no ha consumado su proceso histórico de desarrollo. Sostener, por tanto, que en España aún queda pendiente por hacer la revolución política burguesa es desconocer el auténtico significado de la misma. Esta posición conduce a sus defensores a la afirmación de que sólo cuando ésta se haya realizado el proletariado podrá plantearse la alternativa de la revolución. Con un planteamiento como éste, netamente mecanicista, se trata de encubrir un claro oportunismo de derechas » (*El Socialista*, diciembre 1972).

Sí, aunque parezca mentira, con este desparpajo el P.S.O.E. critica la concepción de la « revolución política » del P.C.E., tan aireada tras su octavo

Congreso. Con este desparpajo nos dice que en España la única revolución pendiente es la socialista. Pero sigamos.

Para el P.S.O.E. el Opus es el que gobierna España. Sus veleidades democráticas y aperturistas desaparecieron tras los primeros embates del movimiento obrero y estudiantil e incluso se « ha visto obligado a imprimir a las instituciones represivas un carácter más duro ». Descartada la Falange, el único sector dentro del régimen interesado en proponer cierto tipo de cambio son los propagandistas católicos representados por Silva Muñoz y la Editorial Católica. Pero éstos se mueven « ... en la pugna con los que componen el sistema, pero aceptando los límites en los que se desenvuelve el propio sistema... ». Son los que el P.C.E. denuncia en su Congreso como « centristas ».

El P.S.O.E. no se inventa, como por el contrario hace el P.C.E., a ninguna burguesía progresista o antimonopolista, a ningún sector de la oligarquía que se vaya a aliar con el proletariado. Al hablar de las capas medias sólo se refiere a los universitarios y a los Colegios Profesionales y tan sólo hace alguna mención que otra de los pequeños propietarios del campo « a los que el régimen abandonó cuando ya no le hacían falta ».

En cuanto a la situación económica su postura es anticatastrófica : « El régimen tiene bastante salud económica », aunque los factores estabilizadores sean tan poco controlables como la emigración, el turismo y la inversión extranjera. En ningún momento se dejan llevar por delirios tercermundistas : la economía española va hacia la integración en Europa y la superestructura política dictatorial — y he aquí lo gordo — ya está dejando de ser un impedimento : « no queremos que se caiga en el error... cometido con la incorporación del régimen a la ONU, a la OIT, al resto de las organizaciones internacionales con la creencia, aparentemente cierta, pero en la práctica completamente falsa, de que la incorporación a estas instancias internacionales o supranacionales, va a provocar una democratización de la estructura del régimen. La realidad de 25 años demuestra que la incorporación a estas instituciones ha servido para escamotear al pueblo la democratización con el consentimiento tácito, pero culpable, de muchos de los que apoyaron el ingreso en esas instituciones ». ¡ Asombrosa claridad de juicio en un grupo como el P.S.O.E. cuyos « compañeros de viaje » socialdemócratas están instalados en los gobiernos de muchos de estos países tan « democráticos » como culpables !

UNA ALTERNATIVA QUE CONTRADICE TODOS LOS ANALISIS

Hasta aquí el P.S.O.E. ha sentado toda una serie de premisas. Dadas éstas, ¿ cuál es la alternativa que propone a la situación española ? A la hora de contestar a esta pregunta empiezan a aflorar las contradicciones. Si la burguesía ya ha culminado su revolución... Si los principales sectores burgueses se encuentran representados dentro de los límites del actual régimen político... Si la estructura económica es similar en lo fundamental (con todos los matices que se quiera) a la de los países europeos... Si la clase obrera es la única, junto a universitarios, profesionales, y pequeños propietarios del campo, interesada en realizar cambios...

Si todo eso es así cabría inferir que la única alternativa tanto al desarrollo de las fuerzas productivas en España, como al régimen político que éstas sustentan, es el socialismo. Pues no. La consecuencia que el P.S.O.E. saca de todas las premisas anteriores es : « ...implantar en España un régimen democrático limpio de toda hipoteca nacional e internacional,

emanación de la soberanía popular libremente expresada » (*Posición política*). Y cuando habla de « democrático », entiende, claro está, democrático-burgués.

¿ Y qué argumentos avalan dicha posición ? Solamente uno que contradice además todo lo dicho anteriormente : « La conquista de la democracia, aún en el marco de una sociedad burguesa, permite a las organizaciones mejorar las posibilidades de lucha por la consecución de la meta final, y teniendo en cuenta que la realidad política, económica y social del país (?) exigen un cambio democrático, el P.S.O.E. luchará por su consecución por todos los medios a su alcance ». Refiriéndose en otro momento a la lucha por el socialismo como de algo futuro.

El esquema estratégico es más o menos éste : La revolución burguesa ya ha culminado, la única revolución pendiente es la socialista. Pero sin embargo la alternativa inmediata no es socialista, sino un régimen democrático-burgués que asegure las libertades políticas. Sin libertades políticas es imposible que el proletariado pueda hacer la revolución socialista. He aquí el supremo argumento que manejan todos aquellos grupos que de una forma u otra defienden alternativas democráticas.

¿ QUE ENMASCARA EL REALISMO ?

Las inconsecuencias de esta postura saltan a la vista de cualquiera que analice el desarrollo de la sociedad desde el punto de vista del materialismo histórico y no desde el realismo. Porque ahora empezamos a comprender el porqué de tantas llamadas al realismo, y por realismo parece entender el P.S.O.E. algo conocido popularmente por nadar y guardar la ropa.

En ningún momento aclara qué clase social, qué capa o capas de la sociedad constituirían la base social de ese régimen democrático-burgués. Porque un régimen político existe en cuanto que defiende los intereses objetivos de una clase social que se convierte en su mantenedora. ¿ O es que el P.S.O.E. afirma lo contrario ? ¿ Sería la pequeña burguesía industrial y comercial en decadencia ? Esto nos acercaría a los argumentos del P.C.E. sobre la oposición entre burguesía monopolista y burguesía antimonopolista que el P.S.O.E. parece rechazar. ¿ Sería la burguesía industrial, financiera y monopolista o cualquiera de sus sectores (Opus, Falange, propagandistas católicos...) ? Desde luego que no. El P.S.O.E. afirma claramente que ésta se halla encuadrada dentro de los límites del actual régimen. ¿ Sería la clase obrera ? Está claro que la clase obrera está en contra del sistema pero también está claro que cuando la clase obrera esté en condiciones de derribar el sistema no lo sustituirá por otro régimen burgués. ¿ O es que la clase obrera puede ocupar una posición hegemónica en un Estado burgués ?

La posición del P.S.O.E. parece ir en el sentido de que las capas directamente interesadas en este régimen democrático son los universitarios, los profesionales y los pequeños propietarios del campo apoyados, eso sí, por la clase obrera. No en vano afirman al hablar de la Universidad y de los Colegios Profesionales que « podemos afirmar sin casi temor a equivocarnos, que para el régimen estos dos campos de desarrollo de actividad política de los españoles quizás sean los más preocupantes de los últimos años ». Y no en vano, tampoco, dedican mucho más espacio a hablar de estos sectores que del movimiento obrero.

De todas formas, ¿ no resulta algo escasa esta base social para un régimen que va a contar con la oposición decidida de la burguesía y del

proletariado? Sería desde luego el primer régimen de la historia apoyado exclusivamente en sectores de la sociedad no ligados directamente a la producción.

Porque las libertades políticas han formado parte históricamente de la revolución burguesa, pero sólo mientras éstas les servían para oponerse al absolutismo. Desde hace mucho tiempo la burguesía opta por el tipo de régimen que mejor defiende sus intereses, sea fascismo o parlamentarismo. Y en España la burguesía ha optado claramente por la Dictadura. La única clase directamente interesada en luchar contra la burguesía es la clase obrera, apoyada, eso sí, por sectores estudiantiles, técnicos y profesionales (y no al revés). El único régimen político que puede sustituir a la Dictadura es un régimen no burgués, es decir, un Estado Obrero.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que la tarea inmediata del proletariado, que el objetivo que está en el orden del día, sea el imponer hoy, ahora, ese Estado Obrero, es decir, hacer la revolución. Está claro que el grado de organización y conciencia de la clase obrera, el grado de madurez de sus organizaciones de vanguardia aún no lo permite. Pero todo esto se puede desarrollar a lo largo de la lucha, en un estado de clandestinidad (Miles de ejemplos históricos lo demuestran, la Revolución de Octubre el primero). La clandestinidad es un impedimento relativo, nunca absoluto al desarrollo de la organización obrera. La represión puede retardarla, pero nunca impedir la completamente. Incluso un Estado represivo es indicativo de la existencia de unas agudas contradicciones de clase y nunca da el margen a la integración que posibilita una democracia burguesa.

En España, en efecto, es necesaria una democracia, sí, pero no una democracia burguesa, sino una democracia obrera.

EL MISMO PERRO CON DISTINTO BOZAL

Los militantes más conscientes del P.S.O.E., los que aún creen que el P.S.O.E. se está convirtiendo en un partido revolucionario deberían echar una ojeada crítica a la historia de su propio partido. Verían que la coexistencia de posiciones derechistas e izquierdistas ha existido siempre, y no como producto de amplia libertad de crítica, sino enmascarando una actitud conservadora de la « izquierda » que nunca o casi nunca ha sabido romper el cordón umbilical que le unía al pasado. Y cuando lo han hecho no han tenido más remedio que ir a la escisión o... ¿Cómo explicar lo ocurrido con Largo Caballero, « el Lenin español », el guía de los jóvenes militantes socialistas, en los últimos meses de la guerra civil? Lo mismo que ha sucedido no hace mucho con todos aquellos sectores de la J.S. que pretendieron orientarse hacia una práctica más consecuente.

O si no, ¿cómo explicaría la « izquierda » del P.S.O.E. al proletariado español el honor que sus delegados han tenido de alternar e intercambiar amistosas opiniones con Golda Meir, Wilson, Olof Palme, y un largo etcétera de presidentes y ministros de países capitalistas, imperialistas e incluso racistas como Israel en el reciente Congreso de la Internacional Socialista celebrado en París?

¿Cómo explicarían la ayuda continua que reciben del gobierno de Willy Brandt? ¿O es que el dinero del capitalista Brandt es mejor que el del capitalista Nixon? ¿O es que no provienen ambos de la explotación de la clase obrera de sus respectivos países?

¿Cómo explicaría la afiliación de la U.G.T. a la C.I.O.S.L., organiza-

ción donde están encuadrados gran parte de los sindicatos más conservadores del mundo (los grandes sindicatos americanos, AFL-CIO, que en las pasadas elecciones americanas recomendaron votar por Nixon, fueron su cabeza visible hasta el año 1969) ?

Desgraciadamente para el P.S.O.E. sus sueños de un régimen democrático, donde todo el apoyo de los países con gobierno socialdemócrata y de los potentes partidos socialistas europeos se vuelque libremente hacia su organización, ayudándole así a convertirse en lo que siempre fue, un interlocutor válido ante la burguesía, respetuoso de su legalidad, siempre y cuando esta legalidad sea « democrática », desgraciadamente decimos, ésto no pasa de ser una quimera elaborada sobre análisis que la contradicen continuamente, haciendo piruetas para eludir los auténticos problemas de fondo y recurriendo a un lenguaje político confuso cuando es necesario ocultar lagunas.

Su actual puesta al día tan sólo logrará convertirlo en un competidor del P.S.E., competidor muy rezagado en lo que se refiere a presencia y posibilidades en el movimiento obrero y sólo con futuro en sectores profesionales, más reticentes al monolitismo burocrático del P.C.E. La reciente euforia y pinitos a la izquierda no hacen más que enmascarar su posición conservadora dentro del movimiento obrero.

Emiliano Rodríguez

NOTA DEL COMITE DE REDACCION

La anterior colaboración no refleja, ni mucho menos, la opinión de A.C. y sobre ciertas cuestiones adopta posiciones opuestas. La publicamos porque a pesar de todo aporta algunas apreciaciones e informaciones de interés para el militante obrero y porque no es costumbre nuestra silenciar autoritariamente las notas discordantes. Sin embargo, unánimemente hemos creído necesario añadir estas puntualizaciones escuetas para evitar malos entendidos.

En primer lugar consideramos que la socialdemocracia con más perspectivas es precisamente la constituida al margen del P.S.O.E. Esta socialdemocracia desde hace tiempo ha dejado de ser representante político de la clase obrera o de ciertos sectores de ella. Ahora son sementeras a las que acuden para medrar políticamente los aspirantes a cargos públicos, la clase política de recambio. El actual P.S.O.E. es, en nuestra opinión, un grupúsculo más y si ciertos militantes han acudido a él para aprovecharse de un nombre con tradición no por ello van a alterar su aspecto cadavérico. La historia de todo el socialismo europeo tradicional muestra que poco puede evolucionar hacia la izquierda sin romper amarras con un legado histórico con más servidumbres que grandezas.

Consideramos una simplificación excesiva y errónea la afirmación « El único régimen político que puede sustituir a la Dictadura es un régimen no burgués, es decir, un Estado Obrero ». Evidentemente si en lugar de « régimen político » se hablara de Estado capitalista o de Dictadura burguesa a secas, la afirmación sería válida en términos generales aunque carecería de toda relevancia histórica. Planteada como en el texto se hace, sólo se consigue oscurecer el problema, pues no se puede soslayar que las formas políticas adoptadas por la dominación burguesa no son únicas ni inflexibles. Serán más o menos democráticas, más o menos dictatoriales, según la historia y la actividad de las clases sociales interesadas en modificar esta superestructura política. Como negamos la viabilidad de una democracia burguesa en sentido tradicional — puesto que sus bases objetivas se han disipado con

la transformación del capitalismo en capitalismo monopolista —, entonces el grado de « democracia » vendrá determinado por la relación de fuerzas entre las dos clases antagónicas con posibilidades de hegemonía : la oligarquía y el proletariado. La oligarquía no tiene veleidades democráticas, pero no tendrá más remedio que ir cediendo terreno — ¡ y recuperándolo a poco que nos descuidemos ! — en función de la presión del proletariado y de los sectores sociales que éste sea capaz de atraerse. Al proletariado le interesan en sumo grado las libertades democráticas, porque las formas opresivas actuales dificultan su organización, su combatividad, su expresión ; porque el socialismo no es sólo socialización de los medios de producción, es sobre todo el pleno desarrollo de la democracia obrera y esta democracia obrera no brota de golpe ni en las catacumbas : necesita un proceso de entrenamiento y aprendizaje que no pueden realizarse satisfactoriamente bajo un clima de terror y clandestinidad.

Consideramos, por lo tanto, totalmente estrafalaria la afirmación de que todas las tareas para imponer el Estado obrero puedan desarrollarse en un estado de clandestinidad. En efecto, la clandestinidad es consecuencia de una legislación, pero aunque tal legislación no refleja exactamente la relación de fuerzas en un momento dado, sí hay una correlación — elástica y diacrónica — entre ambas. A lo largo de su lucha el proletariado ha de imponer una legislación más favorable para elevar su nivel de conciencia, de organización, de combatividad. Primero, tomándose las libertades contra las leyes, después logrando la tolerancia hacia sus conquistas, finalmente obligando a legalizarlas para robustecer la retaguardia.

C. R.

Alternativas organizativas del proletariado

Reflexiones sobre la C.N.S. y las Comisiones Obreras

Uno de los problemas más peliagudos que se plantean al militante obrero revolucionario es el relativo a las «organizaciones de clase» que el proletariado necesita para su auto-defensa, primero, para avanzar en el difícil camino de la marcha ascendente, después, y para conseguir finalmente la unidad organizativa de base y la generalización de la lucha de clases en algo más que la solidaridad circunstancial con una u otra fábrica «piloto».

La proliferación de posturas muy variadas sobre la C.N.S., las Comisiones Obreras de diversos tipos, el sindicato obrero, los consejos y sus gérmenes actuales, hacen necesaria la contrastación de pareceres sobre la marcha y las formas organizativas de que debe dotarse la clase trabajadora en la fluida realidad del país. La polémica es indispensable, porque lo que está en juego es ni más ni menos que las perspectivas organizativas que pueden ayudar a la clase obrera en su lucha contra el capital y por el socialismo o las perspectivas que pueden desembocar en vías muertas o integradoras.

Hay que empezar por el principio, como está mandado. Y el principio es contemplar y analizar los acontecimientos políticos más destacados de la sociedad española en el contexto de la lucha de clases. Las luchas de la clase obrera, sus avances organizativos, sus perspectivas políticas son el punto de partida para esbozar por donde marchan los acontecimientos que marcan de forma decisiva la historia REAL. Naturalmente, los hechos en estado bruto no significan nada y para entender sus conexiones y las leyes a que responden es indispensable disponer de esquemas cuya validez es siempre relativa y que carecen de existencia autónoma: son instrumentos y no recetas mágicas, primeras aproximaciones que ayudan a comprender, aunque nunca puedan suplir el análisis concreto.

Y en este sentido, debemos constatar — lamentar — que en nuestro país se echa en falta una resuelta tendencia a sacar lecciones de la lucha cotidiana. Por esta razón hay poco material fiable de estudio sobre las dichas y desdichas de los cargos sindicales en las fábricas, de las tendencias patronales y de su plasmación a la hora de las luchas efectivas. Por ejemplo, carecemos de información extensa sobre el apoyo empresarial y sus modalidades con relación a los cargos sindicales, o sobre la represión contra ellos; carecemos igualmente de noticias suficientes para calibrar la predisposición a un reconocimiento patronal táctico o declarado — de las comisiones elegidas por la

asamblea obrera. Sin estos datos, es obvio que no puede existir suficiente profundización en el análisis ni las consiguientes directrices prácticas adecuadas.

A pesar de todo, espero que estas reflexiones sirvan de acicate a los militantes para que con sus experiencias concretas aporten luz a una táctica general y a unas orientaciones precisas que allanen el camino y hagan más fructífero el trabajo revolucionario de cada día.

Repaso histórico

Las tareas que tenemos enfrente son inmensas. No podemos decir que la experiencia histórica anterior no nos sirva de nada, pero no vamos a resolver los problemas futuros con la añoranza de tiempos gloriosos en los que el proletariado español fue el ejemplo del mundo entero, sino con la reflexión más cruda sobre la hora presente. Desde los años sesenta el proletariado ha volcado torrentes de nueva energía, energía de la que había sido desprovisto por la derrota de la Guerra Civil. Mas el problema no estriba sólo en luchar, sino en saber para qué se lucha, qué objetivos precisos se persiguen con las movilizaciones y cómo se vincularán con posteriores movilizaciones. Ahí está uno de los problemas más acuciantes. Es verdad que las luchas — casi sin excepción al principio de los años sesenta — quedaron sin dirección política una vez en marcha: unas veces se estrellaban por un maximalismo inofensivo y desmovilizador; las más, desembocaban en luchas reivindicativas estrictamente económicas que afectaban bien poco la relación de fuerzas existente, como podría haber ocurrido en caso contrario.

Pero la clase obrera demostró — dentro del bajo nivel político y reivindicativo — un olfato de lo más fino. Sabía lo que quería y por lo que luchaba e iba dotándose de los instrumentos organizativos apropiados para preparar sus futuras luchas y que éstas tuvieran más éxito que las precedentes. La gran lección de las huelgas del 62-63 fue precisamente la forma como los trabajadores se enfrentaron con su situación política y se dotaron de las armas necesarias para combatirla. Como nunca habían confiado en el «sindicato vertical» ni en sus apéndices básicos, los enlaces y jurados, esto permitió que en el momento oportuno, cuando los obreros empezaron a tomar los problemas en sus propias manos, no encontraron obstáculos serios para saltar por encima de lo que la burguesía les había impuesto y elegir unas comisiones que presentaran sus reivindicaciones a la patronal.

Todo ésto puede parecer muy elemental, pero representa un paso decisivo de enorme significación. La clase obrera no creía ni tenía confianza alguna en las formas organizativas que le había impuesto el Estado, así que EMPEZO CREANDO SUS PROPIAS FORMAS ORGANIZATIVAS, rechazó los enlaces y jurados y eligió COMISIONES NEGOCIADORAS, instrumentos simples, pero INDEPENDIENTES DE LA PATRONAL Y DE SU ESTADO, que aparecían y desaparecían según los problemas que las habían hecho surgir.

Al principio, la patronal era reacia a abandonar sus cauces establecidos, pero al no doblegarse los trabajadores, no tuvieron más remedio que reconocer — con muy diversos grados de tolerancia — estas COMISIONES ELEGIDAS. Entonces estas formas organizativas de la clase obrera conocieron un auge que asustó al Estado burgués y cogió de sorpresa a todas las organizaciones políticas y sindicales, que no fueron capaces de darles el impulso necesario y sacar las enseñanzas que el movimiento huelguístico y sus formas organizativas habían puesto de relieve.

De todo esto lo que nos parece más importante para subrayar es el hecho de que cuando la clase obrera empezó a darse cuenta de que tenía la suficiente fuerza para plantearle la lucha en el terreno de las reivindicaciones concretas al Capital, negó con su iniciativa ORGANIZATIVA aquello en lo que no había creído jamás: el «sindicato vertical» y sus enlaces y jurados. Puso en marcha la forma organizativa con la que iba a sustituir aquel instrumento del Capital y comprendió, en el aspecto político, que si quería hacer prevalecer sus intereses sobre los intereses de sus explotadores tenía que hacerlo al margen de sus cauces-represión, de sus intrigas, de sus mecanismos de integración-represión en el ámbito organizativo. En definitiva, el nacimiento de las COMISIONES NEGOCIADORAS REPRESENTO EL RECHAZO POLITICO DEL «SINDICATO VERTICAL». La clase obrera reencontró el camino de la autonomía organizativa: éste fue el éxito más relevante de las huelgas de los años 62 y 63.

De ahí al siguiente peldaño, a la organización CONSCIENTE Y PERMANENTE DE LOS OBREROS MAS COMBATIVOS en comisiones obreras clandestinas sólo mediaba la reflexión sobre la praxis anterior.

La C.N.S. y su negación

Todos sabemos lo que el «sindicato vertical» ha representado y representa en las relaciones sociales de producción. Para refrescar la memoria no estará de más recordar lo que reza el Fuero del Trabajo, corregido y enmendado por la Ley Orgánica del Estado, a saber: «El sindicato vertical es el instrumento al servicio del Estado para realizar la política económica». Más clara aún es la definición de su naturaleza: «El sindicato vertical es un organismo de integración de todos los elementos del proceso económico».

Desde su creación hasta hoy el Estado ha cuidado sistemáticamente de que estas características fundamentales fueran mantenidas. Las formas organizativas del «sindicato vertical», la organización única de empresarios, técnicos y trabajadores, las comisiones técnicas y económicas, los enlaces y jurados, en fin, todas las formas clásicas de unas corporaciones de corte fascista no son sino derivaciones implícitas del cometido social para el que fue creado, es decir, como instrumento al servicio del Estado, que es tanto como afirmar al servicio de los intereses del capital monopolista y de toda la burguesía en general.

Desde un principio la burguesía sabía que ésto era una

camisa de fuerza sobre la clase obrera, que los trabajadores por su propia experiencia histórica no creían en este tinglado, pero esto en aquellos momentos les importaba un rábano. Ellos eran los vencedores de la guerra e imponían las reglas del juego; la clase obrera, derrotada, con sus organizaciones desmanteladas y recluidas a una clandestinidad de catacumbas y con sus cuadros más capaces aniquilados físicamente, no podía resistir a la agresión del Estado franquista, al cual de buenas a primeras le bastaba con la regla del « palo y tente tieso » para dominar la situación.

Con el tiempo el eslabón que iba a mostrarse como el más débil eran los enlaces y jurados. Estos estamentos eran reclutados al principio entre la gente más adicta al régimen, pues de alguna manera había que agradecer los servicios prestados de una u otra forma. Los falangistas, tanto por sus servicios como porque ideológicamente eran los más adictos a las formas políticas del régimen, fueron los que coparon generalmente todas las estructuras de la C.N.S.

Hasta el año 1966 las « elecciones » a enlaces y jurados transcurrían con pena y sin gloria, hasta tal punto que muchas veces los trabajadores ni se enteraban de que la semana anterior habían sido realizadas unas elecciones y que fulanito era el nuevo jurado. Todo se realizaba entre bastidores. La dirección de la empresa y la burocracia sindical amañaban tranquilamente los candidatos. La clase obrera lo sabía y despreciaba tanto al sindicato vertical como a aquellos trabajadores que en la fábrica se decían representantes suyos. El desprecio, la desconfianza hacia el « instrumento de integración de todos los elementos del proceso económico », la propaganda fascista de la Falange durante años en las empresas a través de los enlaces y jurados proclamando que en España no había lucha de clases y que los intereses de las clases en presencia eran « intereses armónicos », hicieron que con ocasión de un auge huelguístico la clase obrera creara la negación de la C.N.S. y que su lucha desbordara los cauces establecidos con tanto cuidado, durante tantos años, por la burguesía y su Estado.

El que la clase obrera no se interesase en general por quién iba a ser « su » representante en los cargos oficiales de la C.N.S. ha sido interpretado por muchos de los que han escrito sobre el tema como una muestra de la despolitización existente y como que cuando los trabajadores empiezan a « tomarse en serio » la cuestión de elegir « representantes », de ello hay que concluir que la conciencia de clase ha cambiado, para terminar señalando que ésto es muy positivo y educador para el futuro. La cuestión no se puede zanjar sin matices ni miramientos, porque la clase obrera no avanza en bloque. Hay que otorgar, desde luego, que en el último decenio ha sido positiva la participación y utilización de los cargos elegidos de la C.N.S. en muchas empresas; más aún, hay que reconocer que en bastantes sitios será todavía necesario seguir utilizando las posibilidades de tipo legal que permita tanto la estructura sindical como otros organismos legales.

Lo que sí se ha de desmontar es la táctica político-organi-

zativa de diversas corrientes en el seno del movimiento obrero que han proclamado sistemáticamente una línea simplista de actuación UNICA y de RETAGUARDIA para toda la clase obrera, independientemente de su experiencia histórica, combatividad, grado de conciencia y organización. En este aspecto hay que subrayar que no era adecuado proponer la misma táctica en empresas donde ya SE HABIA DADO UNA EXPERIENCIA DE LUCHA Y SE HABIAN ELEGIDO COMISIONES NEGOCIADORAS NEGANDO POLITICAMENTE AL SINDICATO VERTICAL, en aquellas empresas donde NO SE HABIA VIVIDO ESTA EXPERIENCIA PERO EXISTIA ORGANIZACION CLANDESTINA (clandestina para la represión, pero más o menos conocida por los trabajadores y respetada políticamente) y EMPRESAS SIN NINGUNA DE LAS DOS COSAS.

Siguiendo los avatares políticos de la época hay que señalar que las orientaciones tácticas y políticas no fueron fruto de la experiencia sacada de la lucha de clases del proletariado, sino de la política introducida hábilmente por el P.C.E. con la « reconciliación nacional », primero, « el pacto para la libertad », después, y el todo dentro de su vía pacífica hacia un estado de democracia política y social. En pocas palabras, la táctica seguida por la mayoría del movimiento obrero de la época con respecto al problema de la C.N.S., sobre todo a raíz de las elecciones sindicales de 1966 estuvo subordinada a la táctica de un partido político que buscaba una conciliación de clases, llevando las tensiones sociales al terreno « más racional y de entendimiento » con las fuerzas « progresivas » del capitalismo español. Todo ello con pinceladas que pudieran convencer a propios y vecinos de que el cuadro que se pintaba era auténtico, por lo que había que venderlo — o intentarlo — a buen precio.

Es evidente que la experiencia de las grandes huelgas del 62-63 significó un aprendizaje para la clase obrera que cambió la situación, si no radicalmente, por lo menos sustancialmente. Los trabajadores habían reencontrado SU PROPIO CAMINO EN LO ORGANIZATIVO y habían mostrado que la forma clásica de presionar para conseguir sus reivindicaciones, la huelga, continuaba teniendo fuerza y esta fuerza sólo la podrían utilizar disponiendo de AUTONOMIA respecto de los organismos del Estado, creando los suyos y haciéndolos reconocer. El equilibrio anterior se había roto por primera vez después de 1939. Y había sido roto por la lucha de la clase obrera. No a través de posibles arreglos entre distintas clases sociales con intereses contrapuestos, sino precisamente a través de la única forma que la burguesía entiende : la lucha de clases.

El principio de la negación política de la C.N.S. significó un revulsivo para muchos cuadros obreros que habían ido perdiendo las esperanzas de hincarle el diente al sistema capitalista-franquista. Con todo entusiasmo se pusieron manos a la obra para crear sus organizaciones de clase en los centros de trabajo. Si el origen de las COMISIONES se basó en la elección de representantes obreros de forma directa y para tareas precisas en el momento de una reclamación, una lucha, un enfrentamiento con el patrón, las COMISIONES OBRERAS nacidas al calor de

aquella experiencia aparecieron por la **voluntad** de los obreros más conscientes. Las primeras Comisiones ilustraban el principio de la democracia obrera en el más amplio sentido de la palabra, pero su horizonte vital tenía unos límites muy estrechos determinados por la represión y el despido, amén de la ausencia de mínimas libertades para los trabajadores. Por lo tanto, la COMISION NEGOCIADORA, una vez cumplía su FUNCION SOCIAL momentánea, quedaba flotando en el vacío y tenía pocas posibilidades de perdurar. De ahí que los trabajadores más combativos crearan SUS COMISIONES OBRERAS PERMANENTES.

Negación de la negación

¿ Qué posición debe tener un partido obrero ante la situación política surgida de la Guerra Civil ? Es evidente que debe combatir todos los instrumentos creados por el Estado capitalista para oprimir y reprimir a la clase obrera. Pero, si cabe, debe combatir con más vigor aquellos instrumentos creados con la triple finalidad de integrar, oprimir y reprimir, como es el caso del « sindicato vertical ». Naturalmente, habrán de tenerse en cuenta siempre las posibilidades de utilizar incluso un engendro como el « sindicato vertical », pero esto sin menoscabo de la denuncia pública y permanente y, sobre todo, de la organización de los trabajadores al margen de ese organismo, AUTONOMAMENTE. Si queremos llegar a una situación favorable para la clase obrera en la correlación de fuerzas existente es utópico y reaccionario intentarlo a través de la negociación. Volcar todas las energías en la utilización de los cauces legales y hacer de la legalidad no conquistada, sino existente, QUE ES LA LEGALIDAD NACIDA DE LA DERROTA DE LA CLASE OBRERA, una panacea, una llave maestra, es conducir al movimiento obrero por los derroteros de la burguesía o a una esterilidad desmoralizadora.

En la práctica el proletariado ha ido marcando el camino. Primero, al enfrentarse con los instrumentos del Estado ; después, por la negación política de la C.N.S. mediante sus COMISIONES NEGOCIADORAS. La vanguardia del proletariado no aceptaba cortapisas que frenaran su verdadera AUTONOMIA COMO CLASE ANTAGONICA del sistema capitalista y de forma espontánea reencontró las formas de plantarle cara a sus explotadores.

En aquel momento se imponía lanzar la lucha por el reconocimiento político de estas formas embrionarias de organización de masas, de germen REAL DEL SINDICATO OBRERO emanado de las entrañas de la clase obrera y que ésta hacía suyo, pues suya fue la parida. Las organizaciones políticas de la época debieron darle eso : la necesaria orientación política a las masas trabajadoras para que su lucha ejemplar en lo que se refiere a los hallazgos organizativos no se esfumara en la inoperancia a medio plazo.

Claro que para darle continuidad al movimiento obrero es preciso constituir organizaciones clandestinas en las empresas y en las fábricas, que luchen permanentemente y políticamente contra los

instrumentos del dominio capitalista y por mejorar la condición obrera, pero estas organizaciones permanentes y clandestinas nunca pueden sustituir el gobierno de los trabajadores por los propios trabajadores; so pena de eso, de **sustituir** a la clase obrera. Por ello las comisiones obreras clandestinas no pueden ser el embrión del CONSEJO OBRERO de fábrica, ni tan siquiera pueden ser el COMITE DE FABRICA clásico. Lo que han sido, son y serán hay que vincularlo con la **FUNCIÓN SOCIAL QUE CUMPLEN**, o pretenden cumplir. Por ser, podían ser más gérmenes de consejos obreros (por la manera de nacer, ¡ cuidado!, no por la función social desempeñada) las primitivas comisiones negociadoras que las comisiones obreras clandestinas posteriores.

Es precisamente en este sentido, tomando como piedra de toque la elección directa por los trabajadores de sus representantes obreros, por lo que hemos señalado en diversas ocasiones en esta revista que el camino de la democracia obrera empieza ahí, y que por esta razón las comisiones obreras negociadoras tenían un sentido histórico y un contenido educativo fundamental para la clase obrera que iba a permitirle reencontrar la senda de su soberanía sirviéndose como precedente ejemplar de este educador. Nunca estuvo en nuestro ánimo señalar que por el contenido, función social y papel desempeñado por estas comisiones negociadoras, nos encontráramos ante un **GERMEN DE CONSEJO OBRERO**. Los **CONSEJOS OBREROS** (o « soviets ») son **ORGANOS DE PODER** o, en el peor de los casos, órganos de doble poder, delegados por los trabajadores. Anteponen o contraponen su autoridad a la autoridad del patrón, y el poder del conjunto al poder del Estado capitalista. No cumplen, por lo tanto, una función de negociación (aunque en algunos casos puedan también cumplirla como actividad subsidiaria), sino una función de **NEGACION DE LA AUTORIDAD CAPITALISTA**. El nacimiento de este tipo de órganos de poder obrero sólo puede darse en condiciones excepcionales en que la relación de fuerzas entre burguesía y proletariado se ha alterado profundamente. En el momento histórico en que la clase dominante es incapaz de seguir gobernando como venía haciéndolo y las clases explotadas y oprimidas ya no se dejan gobernar. Se rompe la estabilidad, la cuestión del poder burgués se pone en entredicho y la sociedad toda entra en una crisis revolucionaria.

Resulta necesario recordar y subrayar estas afirmaciones de cajón, porque en la actualidad se dan incontables versiones sobre el contenido de las Comisiones Obreras, sobre su papel actual, su posible papel en el futuro y, sobre todo, porque prolifera la visionaria idea de que ya hoy son gérmenes de no se sabe cuantos engendros.

Es comprensible que en nuestro país, por las condiciones políticas específicas de sistemática represión sobre cualquier núcleo de organización obrera, se pierda de vista el horizonte histórico del movimiento obrero. Más aún, cuando hay organizaciones obreras que desde hace decenios han apostado a ser una oposición respetuosa dentro del sistema capitalista, intentando eliminar — por supuesto — las aristas más negativas de este sistema y han hecho participar a muchos obreros organizados en

los tinglados montados para servir de bases de negociación con los burgueses, es entonces comprensible que muchos militantes, escarmentados en cabeza ajena, caigan en un izquierdismo infantil, inoperante y a veces desmovilizador. Así, la mayoría de los que hemos combatido y combatimos políticamente ese reformismo integrador, no hemos evitado siempre la tentación de ir hacia la izquierda, cuando más a la izquierda mejor, en lugar de afinar en los pasos practicables y con perspectivas superiores. Esto también dentro de las Comisiones Obreras, donde lo que preocupaba era disputar un contenido político de izquierda, más que discutir en su propio seno la función social que cumplieran y cumplen a fin de trazar unas perspectivas estratégicas sensatas.

De este modo no son de extrañar todo tipo de especulaciones sobre el contenido de clase de estas organizaciones, especulaciones que a menudo llegan a provocar discusiones con consecuencias paralizantes y desmoralizadoras para muchos militantes, que no pueden seguir el ritmo de discusión alcanzado por los teorizantes de toda especie sobre la organización de clase « en abstracto ».

La conclusión a extraer es que la práctica ha servido solamente, y de manera parcial, para poner de manifiesto la negación del reformismo integrador ; pero muy poco para sacar lecciones del papel concreto en la situación concreta que juegan unos organismos con todas las limitaciones de la clandestinidad, sometidas a la presión de las masas — aspecto fundamental — en el terreno de la lucha reivindicativa, y con el deber ineludible de concienciar políticamente a la clase obrera del antagonismo radical con el sistema capitalista, pues ésta tiene una conciencia todavía tenue, que despierta — efectivamente — a ritmo elevado, aunque espasmódico, en los últimos años. Pero este despertar tiene lugar muy espontáneamente en la mayoría de los casos. No es que no veamos positiva esta espontaneidad ; todo lo contrario, sin embargo hemos de subrayar que de esta forma los frutos de tal despertar tardarán en recogerse mucho más tiempo del deseado por todos nosotros.

Negación. Posturas en presencia

Hoy ya podemos sacar ciertas conclusiones — parciales en el espacio y en el tiempo, pero significativas — frente a las experiencias suscitadas por diversas líneas políticas. Que algunas hayan resultado bastante negativas no quita el que sean ricas en sus consecuencias prácticas y el que merezcan ser estudiadas.

Cuando los resultados de la política de participación dentro del « sindicato vertical » se dejaron sentir, los más radicales reaccionaron contra esta política. ¡ No al reformismo !, ¡ no a la política reformista del P.C.E. !, ¡ no a las comisiones obreras reformistas !. ¡ Por unas comisiones obreras revolucionarias !. Y pusieron en danza sus comisiones « immaculadas ». El nuevo tipo de comisiones tuvo una vida más bien corta, aunque intensa. Se intentó suplir la organización con el activismo, la labor de base con el revolucionarismo injertado de los estudiantes, la concien-



ciación de la clase obrera con consignas extrañas producidas por el buen entender de ciertos pensadores. Todo se daba hecho ; sólo faltaba la mano de obra para levantar aquel edificio con finalidad emancipadora. Los trabajadores no tenían que pensar ni cómo ni cuándo, sólo ejecutar las buenas ideas que en gracia de un « espíritu santo » venían hechas. Utilizar la Delegación de Trabajo para denunciar una empresa era burgués. Utilizar la Magistratura de Trabajo, reformista. Utilizar los convenios colectivos era integrar a la clase obrera dentro de la política capitalista. ¡ No a todo tipo de legalidad burguesa !

Los que lanzaron la famosa consigna de las C.O.R. (Comisiones Obreras Revolucionarias) eran unos izquierdistas incurables. Idealizaron, de hecho, la lucha de clases sin tener en cuenta en que condiciones se desenvolvía la clase obrera en las relaciones sociales de producción. Allí donde llegaron a actuar los obreros no reaccionaron, quedaron a la expectativa, no se fiaban ya ni de unos ni de otros. En el mejor de los casos, se dijeron — « Ya veremos en que acaba todo esto ». En la mayoría de ocasiones, para decir verdad, la clase obrera volvió la espalda a sus salvadores espirituales.

Para algunos, sin embargo, la experiencia no resultó bastante concluyente, y surgieron otra vez estas ideas, con nuevos bríos, con nueva terminología, con nuevas etiquetas. Eran gentes distintas con una política análoga. Iban a repetir el ciclo con el agravante histórico de no haber entendido la lección anterior. Era necesario « constituir la organización de clase y la organización política de una vez ». De pronto había aparecido el verdadero, el único programa que mostraba como actuar correcta y científicamente en el seno de la clase obrera. No se podía errar. Todo lo anterior no podía tomarse como enseñanza de un proceso en la lucha de clases, sino como engendros burocráticos, manipulaciones sobre la clase obrera hechas por todo tipo de oportunistas. De nuevo se repetía que « las comisiones obreras son organizaciones reformistas que sirven los intereses pactistas del P.C.E. Aquéllas que no son controladas por el P.C.E. son sindicalistas-unitaristas que han abandonado la antorcha de la revolución ». « Se impone en la etapa actual crear nuevas organizaciones que luchando contra todo tipo de legalidad muestren el verdadero camino a la clase obrera engañada hasta ahora por todo tipo de reformistas y sindicalistas ».

Las « Secciones Obreras Rojas » serán las nuevas organizaciones de fábrica que se opondrán a la línea política anterior — siguen diciéndonos — y conducirán a la clase obrera por el camino de la lucha de clases, contra todos los intentos anteriores.

La realidad fue un juez severo con la política del P.C.I. y de la L.C.R. Si bien los primeros tuvieron cierta incidencia en algunos centros fabriles con las consecuencias antes indicadas, los segundos no rebasaron una propaganda histórica en favor de las S.O.R., sin resultados más allá de lo publicitario para el grupo político que impulsaba esta creación artificial y fuera de la realidad concreta. Las turbulentas jornadas en las que « sólo nosotros respondemos al sentir de las masas obreras y revolucionarias organizando a sus sectores más avanzados » en C.O.R. o en



S.O.R., cedieron el paso a una política « realista », situando a las Comisiones Obreras dentro de un abanico de posibilidades de evolución revolucionaria si los objetivamente revolucionarios impulsaban dicha evolución poniéndose a la vanguardia de las mismas.

Así pues, de la negación de este tipo de organizaciones y la creación de otras comisiones más puras, se desemboca en una estrecha colaboración con las Comisiones Obreras de tendencia reformista, justamente cuando el proceso de éstas se halla en un bache por lo que se refiere a capacidad organizativa y movilización obrera. En fin, es posible que este ciclo aún no se haya cerrado definitivamente y seamos testigos en el futuro de otros zigzags en la evolución de este izquierdismo infantil y mentalidad burocrática.

Junto a esta corriente subjetivamente « revolucionarista » habría que analizar la que ha predominado en el seno del proletariado en los últimos años. La que se basa exclusivamente en una « política realista » y que nos viene a decir: — La clase obrera está impregnada de la ideología dominante (cierto), — Las clases dominantes han introducido una mentalización del legalismo (igualmente cierto); — Luego hay que utilizar a fondo el sentimiento legalista de los obreros (¡ caramba !), — A la vanguardia la organizaremos de forma distinta, pero esta misma vanguardia **debe estar** en los puestos legales para aprovecharse de ellos y mover a las masas por derroteros distintos (¡ recaramba !). Esta ha sido la orientación de los reformistas de todo tipo. Examinaremos las consecuencias de esta política en relación con el **movimiento real** de la clase obrera a fin de sacar las enseñanzas de esta práctica y cotejarlas con lo que reformistas de toda especie han venido llamando el « sentimiento legalista de los obreros ».

Por último, hay una tercera corriente que se sitúa fuera de las dos mencionadas, pero en su interior existen considerables diferencias. Algunos sectores se encuentran desorientados, sin saber por el momento a qué carta quedarse; otros tienen postura definida próxima a las concepciones « revolucionaristas », mientras que una minoría defiende planteamientos más cercanos a la segunda corriente. No obstante, ahora nos interesa más analizar la praxis misma de las Comisiones Obreras en el seno del movimiento real y en su relación con este movimiento que no delimitar las diferencias entre unas y otras corrientes.

La clase obrera y las tareas políticas de los grupos de vanguardia

Al principio hemos señalado que la clase obrera española nunca ha creído en la « Central Nacional Sindicalista ». Más bien, por el contrario, la ha odiado y visto instintivamente en ella a un enemigo declarado. Por ello, le ha costado siempre poco esfuerzo mental y práctico desembarazarse en la lucha de sus redes demagógicas y superar en muchas ocasiones los cauces legales establecidos por el Estado. Esto ha sido posible por múltiples razones sobre las que no vamos a extendernos aquí; pero

sí queremos explicitar una, a saber, que a pesar de haber sido roto el proceso organizativo y aniquilada la vanguardia proletaria en la Guerra Civil, sin embargo la clase obrera tiene detrás de sí un siglo de experiencias fecundas sobre incontables situaciones posibles.

De estas situaciones la lección más dura fue — ¿qué duda cabe? — la Guerra Civil. El proletariado ha ido saliendo de su mutismo anterior, de la inacción y resistencia pasiva, del miedo a un Estado brutalmente represivo, lentamente, con desconfianza en sus propias fuerzas. La primera sensación que ha experimentado en los centros donde se han producido luchas ha sido verse desamparada políticamente y desorientada organizativamente por quedar demasiado lejos las experiencias anteriores. Era necesario — y aún sigue siéndolo — que los trabajadores superaran ese miedo y se enfrentasen con la realidad, pues nadie nos va a sacar las castañas del fuego. Los enfrentamientos (muchas veces violentos) con la patronal y su Estado represivo han sido cien veces más educativos y fecundos que todos los inventos sobre « reconciliación nacional », « pacto para la libertad » o todo tipo de vanguardismos sin relación real con el movimiento obrero, llámense C.O.R. o S.O.R.

La clase obrera, especialmente en aquellos sitios donde han habido grandes luchas proletarias como Granada, Vigo, Ferrol, Pamplona, Bilbao, Barcelona, Madrid, Asturias, ha puesto en el orden del día muchos interrogantes acerca del carácter de las organizaciones que habían nacido al calor y aprovechando el prestigio de las huelgas del 62-63. Y ha mostrado las lagunas y descubierto los defectos de las tácticas políticas seguidas hasta el momento. Porque ninguna teoría puede preveer con detalle el movimiento real, es preciso hacer el balance de aquellas experiencias que sirven para hallar o enderezar la vía.

El proletariado español ha librado las batallas más duras, desde 1962, por reivindicaciones económicas elementales. En el flujo de estas batallas la conciencia política general ha superado en muchos enteros el punto de partida inicial. Las luchas más decididas han conducido al proletariado a un enfrentamiento con el aparato del Estado y, de rebote, con el sistema capitalista. Ahora bien, ésto no debe ocultarnos el reverso de la medalla: en la mayoría de los casos, cuando se han conseguido las mejoras económicas o parte de ellas, la clase obrera ha retrocedido al punto inicial de sus reivindicaciones, o por haber quedado satisfecha o por no ver clara la posibilidad de arrancar otras de carácter político. Culpar del hecho a la ausencia de organización de vanguardia es utilizar un consolador barato, pues un mínimo de profundización nos lleva a reconocer que el propio movimiento real tiene unos objetivos elementales y no precisamente otros.

Es evidente que en España las ilusiones democráticas de los trabajadores son elevadas. La mayoría del proletariado que ha participado de una o de otra forma en la lucha de los últimos años siente más en su propia carne la falta de las formas más elementales de organización que las ansias de organizarse en partidos revolucionarios. Los enfrentamientos violentos — Ferrol, Vigo, S. Adrián, Pamplona — deben ser considerados como los

momentos culminantes en la combatividad de la clase obrera ; pero a partir de ellos no podemos deducir como de un teorema que el conjunto de la clase obrera tiene este nivel elevado de comprensión histórica de la necesidad de enfrentarse ya al sistema capitalista en todas sus formas y manifestaciones, so pena de caer en el triunfalismo más estéril.

El movimiento real puede definirse entre un polo y otro. Los grandes enfrentamientos ejercen una atracción positiva y juegan el papel de modelo para los niveles más bajos ; pero, a su vez estos niveles más bajos también actúan de freno y peso muerto sobre los niveles de conciencia y combatividad más elevados.

Las experiencias de todo tipo plantean a los grupos de vanguardia la obligación de llevar a cabo una discusión, un sacar enseñanzas y transmitir las para que se transformen en patrimonio común del Movimiento Obrero. Para poner un ejemplo real : un movimiento que aparecía sin experiencia propia, como la ocupación de empresas en el polígono Riera Marsá, en diciembre de 1972, se desarrolló con unas técnicas de lucha no alcanzadas por el mismo, pero si conscientemente ASIMILADAS A PARTIR DE LAS EXPERIENCIAS DE SUS HERMANOS DE CLASE EN VIGO Y FERROL.

En suma, hay que contemplar este movimiento como un todo, con sus flujos y reflujos en función de la coyuntura económica, el grado de organización de base, la generalización de las enseñanzas y la asimilación de las experiencias, más que por los voluntarismos vanguardistas, por muy necesario que sea el trabajo organizado y coherente de los grupos de vanguardia.

Con todo lo anteriormente expuesto quería ir a parar a dos puntos fundamentales : la **caracterización de las Comisiones Obreras** y la necesidad para el proletariado de conquistar el derecho de asociación y con él de crear un **sindicato obrero único** y democrático.

Comisiones Obreras. Tendencias reales y tendencias subjetivas

La línea dominante en las motivaciones actuales de la clase obrera es la lucha por el aumento de salarios y la reducción de la jornada laboral. Esta tendencia del movimiento real influye directamente sobre las formas organizativas y sobre el trabajo político que las organizaciones obreras desarrollan. Las comisiones obreras no se libran de esta ley y se hallan, además, afectadas por una contradicción subsidiaria, aunque no por ello menos importante. Ante la falta de los derechos más elementales de autodefensa, las organizaciones han de ser clandestinas y se ven sometidas a la represión, lo cual impide que el proletariado se organice masivamente y entonces, por su composición, las comisiones obreras se parecen más a una organización de vanguardia que a una organización de masas ; en cambio, por su actuación real (defender los intereses elementales de las masas trabajadoras) se parecen más a un sindicato.

Estas contradicciones efectivas son las que producen las distintas interpretaciones sobre el carácter de las Comisiones Obreras y, de ahí, las discrepancias políticas sobre las orienta-

ciones a propugnar. Se añade que aquí las huelgas tienden rápidamente a transformarse en huelgas políticas en la medida en que el aparato represivo del Estado interviene casi inmediatamente. Por todo ello no resulta fácil — como prueba la confusión existente — diferenciar las consecuencias positivas de que se transformen o de que se enfrenten con el aparato del Estado con las subsiguientes enseñanzas de que la lucha no es solamente contra su patrón, sino también contra el Estado de su patrón.

Históricamente, cuando la clase obrera se ha dado perfecta cuenta de estas contradicciones ha luchado por eliminarlas y por el derecho de organizarse para hacerlo, protagonizando grandes huelgas, manifestaciones y manifiestos políticos a lo largo y a lo ancho del devenir histórico. Eran momentos en que la clase obrera tenía conciencia política suficiente para salir a la calle y disputarle a la clase dominante este derecho, el derecho a intervenir en la organización de la sociedad toda e incluso a sustituir el dominio capitalista.

No vamos a discutir la enorme combatividad de la clase obrera en la última década; ahora bien, ¿ha luchado la clase obrera firmemente convencida de disputarle estos derechos al sistema capitalista o más bien los movimientos huelguísticos en general han quedado a mitad de camino? ¿Está la conciencia política de la clase obrera suficientemente desarrollada para pasar de las Comisiones Obreras clandestinas a los consejos obreros elegidos por las asambleas de los colectivos obreros? En otras palabras, ¿estamos en una situación prerrevolucionaria en la cual se puede ya adelantar la consigna « Todo el poder a los comités obreros » o estamos en un momento en que las consignas sentidas por los trabajadores son otras más elementales?

En el debate sobre el contenido de las comisiones tienen que ofrecerse respuestas a las preguntas anteriores y pronunciarse sobre la necesidad del Sindicato como instrumento necesario para cubrir una etapa histórica a su superación teniendo en cuenta sólo el factor del desarrollo de las fuerzas productivas. Dicho en otros términos, aunque el Sindicato pueda ser transformado en instrumento de integración por el capitalismo moderno, también es un instrumento de autodefensa que sólo puede arrinconarse en momentos de crisis social revolucionaria. Si se separan los dos aspectos y sólo se ve el riesgo integrador caemos en un mecanismo paralizante. La postura de aquellos que piensan que la historia — el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción — ha arrinconado en el museo de antigüedades instrumentos tales como los sindicatos, está tarada por elementos subjetivistas y desemboca en posiciones contradictorias, porque una cosa es que algunos piensen que esto o aquello está superado y otra, muy distinta, el que las masas proletarias lo vean así.

El proletariado « por razón de su concentración en la gran empresa adquiere por instinto y experiencia la certeza de que no puede defender su suerte más que agrupando sus fuerzas, ejerciendo sus grandes cualidades de organización, de cooperación y solidaridad. En primer término utiliza estas cualidades para quitar a los empresarios una mayor proporción del valor que

crea. Lucha por la limitación de la jornada de trabajo y por el aumento de los salarios, es decir, lucha por sus intereses como clase explotada dentro del sistema capitalista. Pero pronto comprende que esta lucha, a la larga, no puede ser eficaz sino a condición de hacer frente al conjunto de la dominación del Capital y su Estado. La lucha de clases del proletariado se convierte entonces en movimiento político, movimiento para la supresión de la propiedad capitalista, por la socialización de los medios de producción y cambio, por el advenimiento de una sociedad socialista sin clases»⁽¹⁾.

Para centrarnos en nuestra situación, falta determinar si efectivamente el proletariado tiene suficiente conciencia política para plantear directamente la lucha por el poder. En tal caso, efectivamente, habría que replantearse la organización como medio para este fin político, pues estaríamos en vías de lanzar la consigna de creación de organizaciones de tipo soviético o consejista. Por el contrario, si no se cumple este requisito fundamental tendremos que impulsar organizaciones que cumplan un cometido apropiado a la necesaria etapa de lucha por la limitación de la jornada laboral y por el aumento de salarios para que el proletariado a través de la lucha de clases que esto engendra pueda alcanzar prácticamente el nivel propiamente político, esto es, que se oriente hacia la destrucción del sistema capitalista y su sustitución por un Estado Obrero.

Si nos ceñimos al marco de las relaciones sociales en nuestro país — requisito fundamental para elaborar una táctica y estrategia mínimamente adecuadas a la realidad — vemos que la lucha de clases pasa esencialmente por las reivindicaciones económicas. Esto no impide, ni mucho menos, que existan otros motivos de movilización efectiva, pero no pasan de ser luchas de solidaridad con sectores obreros brutalmente reprimidos o con empresas que por su proximidad geográfica ejercen una atracción que se ve notablemente reforzada si existe coordinación de las organizaciones clandestinas de las fábricas.

Un dilema abstracto : Sindicato sí, Sindicato no

El proletariado no entra en conciencia de sus objetivos políticos más que a través de la lucha de clases. Sólo supera determinadas formas de organización cuando la práctica las demuestra caducas y no el cerebro de unos cuantos bienpensantes. Sabemos por experiencia que el proletariado tiene una conciencia primordialmente economicista de la relación Capital-Trabajo, y esta conciencia — en nuestro caso — se ve entorpecida por todas las trabas legales e instrumentos represivos que el Capital y su Estado han puesto como obstáculos. Estas trabas, entre otras, son de forma especial la falta de **libertad de asociación** que permita al proletariado presentarse — al menos en principio — en igualdad de condiciones frente a la organización capitalista :

(1) E. Mandel : Tratado de economía marxista, págs. 204-5.

dirección de la empresa, el Estado y sus organismos, etc.; el **derecho de huelga** como arma que iguala, limitadamente, las relaciones sociales Capital-Trabajo a la hora de la negociación. Esto ha de constituir una trama que permita de hecho generalizar efectivamente las luchas a partir del grado de organización obrera, tendría una correspondencia íntima con el grado de conciencia. Y a esta organización obrera de autodefensa hay que darle el nombre de Sindicato, cuyas funciones reales son la defensa de las conquistas del proletariado y la lucha consecuente por mejorar las condiciones de existencia de los trabajadores.

Cuando algunas posiciones antisindicales afirman que el capitalismo monopolista necesita como el pan de cada día la integración del proletariado o, en otras palabras, de sus sindicatos, estamos de acuerdo. Pero esto es decir muy poco, porque ¿es posible la integración objetiva de los trabajadores bajo las relaciones de producción capitalistas? No lo creemos y menos por la razón de existir sindicatos integradores. Quienes así opinan, lo están haciendo sistemática y reiteradamente a partir de ecos europeos. Volvemos a preguntar: ¿Es éste el caso en nuestro país? ¿Ha superado ya la clase obrera española lo que tradicionalmente se entiende por lucha sindical y se encuentra ya en una etapa de lucha política, de lucha por el poder?

Es incluso cómico que las posiciones antisindicales hablen de que los sindicatos son ya en todos sentidos instrumentos de integración que el capitalismo monopolista necesita como un axioma aplicable tal cual a nuestro país donde, por desgracia, este tipo de organización es inexistente para la clase obrera. E incluso cuando se habla de los sindicatos europeos hay una tendencia a deslizarse hacia generalidades, sin concretar en los fenómenos y en sus características que permitirían extraer enseñanzas a partir de las experiencias concretas.

Otro de los componentes de las posturas antisindicales es el rechazo de las burocracias obreras que controla la mayoría de los sindicatos. Ahora bien la batalla permanente contra las inevitables tendencias hacia la burocratización —especialmente en momentos de declive de la lucha obrera— no ha de deslumbrarnos e impedirnos ver la complejidad del todo como movimiento real porque si no tal rechazo tiende a convertirse en un rechazo de toda organización estable⁽²⁾.

La cuestión de la integración de la clase obrera es más antigua que la cuestión de la degeneración burocrática de las direcciones sindicales y políticas. Si bien es verdad que el capitalismo necesita de formas de integración de la clase obrera, también es cierto que esto no lo consigue por tener unos sindica-

(2) No voy a extenderme aquí en el complejo asunto de la burocracia. Otro artículo en el próximo número se ocupará de ello. Lo que quiero hacer en otra ocasión es contrastar las distintas posturas clásicas antisindicales con algunas corrientes surgidas en nuestro país que proponen una especie de organización intermedia entre el «partido» y el «sindicato» como solución al dilema y como expresión única del proletariado.

tos domesticados⁽³⁾ — aunque esto sea un complemento nada despreciable — sino sobre todo por el crecimiento de las fuerzas productivas, por haber mantenido e incluso aumentado la tasa de ganancia y por conceder y digerir ciertas mejoras reales que el proletariado tenía en su programa. La clase obrera sigue siendo combativa, pero si esta combatividad queda circunscrita a las reivindicaciones tradicionales, el capital monopolista ha demostrado ser capaz en los últimos lustros de torearlas sin excesivas dificultades.

Lo que puede afirmarse es que los sindicatos han permanecido demasiado inertes ante todo el desarrollo posterior a la segunda guerra mundial, y con este inmovilismo han facilitado los planes del capital monopolista. Los sindicatos deben renovar sus planteamientos tradicionales y hacer sitio para incorporar muchas reivindicaciones de la clase obrera que han ido surgiendo conforme los capitalistas modificaban sus técnicas de explotación y opresión ante la resistencia obrera organizada, so pena de ir declinando. Las vanguardias políticas tienen el deber ineludible de estudiar, replantear y poner al día el análisis del sistema capitalista y de sus mecanismos en el último tercio del siglo XX, pero difícilmente podrán llegar a la conclusión de que los sindicatos como forma organizativa elemental y escuela de comunismo puedan ser echados por la borda en estadios lactantes.

J. VENTURA

(3) Afirmarlo representa ignorar olímpicamente las contradicciones que el capital monopolista tiene. Basta señalar que el capitalismo inglés o el alemán, disponiendo ya de unos «sindicatos domesticados» ha coartado la libertad sindical. Si estas burguesías tuvieran la certeza de esta domesticación, no tendría sentido alguno agitar a los trabajadores con tales leyes. La explicación más convincente es que la burguesía cree poder pasar a la ofensiva y limita la fuerza sindical, pensando que en un futuro menos halagüeño podría volverse en contra suya.

Notas y debates

La cuestión nacional y ETA

El desarrollo del capitalismo monopolista con la consiguiente expansión de las fuerzas productivas se ha efectuado a escala del Estado español. Esta dominación del aparato del Estado central y unificado ha permitido, de FORMA IRREVERSIBLE, la estructuración de una economía nacional burguesa, centralizada a escala peninsular. Esto ha llevado consigo la integración dentro de la estructura social española de las antiguas burguesías nacionales. Los partidos burgueses nacionalistas (P.N.V.) han perdido su base social de existencia.

Esto se ha efectuado mediante la explotación brutal de la clase obrera DE TODA LA PENINSULA y con acompañamiento de una opresión nacional extremadamente fuerte. La bandera nacionalista es entonces recogida por las clases y sectores de clases antimonopolistas — la pequeña burguesía —. La lucha comienza, en los ámbitos político, económico o cultural, con un acusado contenido pequeño burgués.

ETA nace como respuesta a la integración de la burguesía nacional vasca en el Estado centralista. Es la expresión política e ideológica de la pequeña burguesía en un proceso de descomposición y proletarización impuesto por el desarrollo del capitalismo monopolista. En su primera etapa, ETA plantea que el peso del movimiento nacionalista pasa de la burguesía nacional — que ha perdido el adjetivo — al «Pueblo Trabajador Vasco». Aquí se enfrenta con el problema de la existencia de clases sociales diversas y afectadas disparmente por el problema nacional.

El problema es asumido y resuelto por ETA de una forma ambigua. Sus raíces pequeño burguesas se ponen de manifiesto por la idealización y falta de análisis del concepto de Pueblo Trabajador Vasco, tanto como por su práctica dominada por el activismo y por su planteamiento de una alternativa «socialista» tremendamente confusa.

Los debates y crisis internos permitirán una paulatina revisión de sus supuestos y puntos de referencia originarios. Dos cuestiones emergen con especial relieve. Primero, la noción de conciencia nacional de clase. Subrayan que no basta con una conciencia de clase ni con una conciencia de opresión nacional. Es necesaria una conciencia de clase nacional, porque el trabajador está inmerso en una realidad social dividida en clases antagónicas y en el seno de una nacionalidad oprimida.

Segundo, la superación de la dualidad liberación nacional — liberación social, gracias a la toma de conciencia anterior. Todos los pueblos del mundo tienen intereses comunes y trayectorias convergentes cuyo vértice sería la eliminación de toda explotación y opresión a nivel planetario y el establecimiento de una sociedad socialista mundial. Pero cada pueblo se encuentra en una fase histórica distinta. Y para llegar a la meta final hay que partir de esta realidad actual.

La realidad actual del pueblo vasco es que no dispone de ningún instrumento político para su desarrollo como pueblo concreto. La consecución de su libertad nacional es la consecución de dicho instrumento imprescindible para su liberación social. Al mismo tiempo sólo habrá liberación nacional como pueblo concreto, es decir, en su proceso de liberación social. No cabe, pues, la separación ni política ni cronológica de estos dos conceptos. Para ETA no existe la falsa dualidad que

contraponga o que desligue la liberación nacional de la liberación social, la liberación como pueblo de la liberación como clase. Se trata simplemente de dos aspectos de un mismo problema que consiste en la liberación integral del hombre vasco de hoy.

Este proceso de superación de la ideología pequeño burguesa alcanza una de sus cimas durante la preparación de la VI Asamblea y se materializa en el grito de los acusados del Proceso de Burgos: « ¡ Viva la clase obrera española ! ». ETA asume que la opresión nacional es una opresión de clase. Por lo tanto, sólo una respuesta de clase puede dar una solución justa a este problema. Es entonces cuando ETA VI considera que se ha producido un salto cualitativo: la ruptura de ETA con la ideología nacionalista. Pero no con el problema nacional que es asumido con una perspectiva distinta. Ahora se trata de destruir el Estado burgués español y no únicamente su aparato represivo en Euzkadi.

Ahora bien, para ello es necesaria la articulación de las fuerzas de ETA con las de la clase obrera de toda la península. De no ser así la posibilidad de triunfo del socialismo y de la liberación nacional del pueblo vasco — como de otros pueblos oprimidos — queda anulada. Euzkadi jamás será libre si sólo cuenta con sus propias fuerzas, independientemente de los otros pueblos peninsulares.

De modo análogo, la clase obrera peninsular no podrá alcanzar su emancipación si no introduce en su programa la resolución del problema nacional. La lucha contra el Estado burgués y centralista tendrá éxito si se engarza dentro de la lucha por el socialismo.

No es permisible arrinconar la lucha contra la opresión nacional y posponer su resolución para una etapa socialista posterior. Se trata de inscribir esta lucha en el interior del proceso global de lucha por el socialismo. Y cuando se trata de concretar la forma de resolver el problema nacional, dicha forma no puede ser otra que el ejercicio del DERECHO A LA LIBRE AUTODETERMINACION, lo cual presupone e implica el DERECHO A LA SEPARACION.

Que el proletariado peninsular asuma el derecho a la autodeterminación de los pueblos oprimidos dentro de la lucha por el socialismo es el camino convergente y complementario al seguido por ETA, y es una baza fundamental para el triunfo de la revolución proletaria. Enmarcado así el problema nacional dentro de la lucha por el socialismo, destaca una nueva configuración del ejercicio de la autodeterminación que rompe con la concepción clásica de autodeterminación por sufragio universal. El proletariado en el proceso de lucha por el socialismo IMPONE la forma de llevar a cabo dicha autodeterminación, la cual no puede ser otra que mediante el ejercicio de la DEMOCRACIA OBRERA.

Frente a esta cuestión, ¿ cuál debe ser la posición de una vanguardia revolucionaria ? Se podría concretar en dos puntos :

— Primero. La aceptación, no sólo táctica y propagandística, sino real, de la decisión de los trabajadores de los pueblos oprimidos que supone la libre y total separación.

— Segundo. La lucha contra la ideología nacionalista dentro del proletariado, que se concretaría, a la hora de la expresión obrera, en la postura de « no separación ». Para que sea ésta la decisión obrera mayoritaria ha de estar asegurado el ejercicio de la igualdad de las distintas nacionalidades y el respeto a todas sus particularidades.

De todos modos, la libre expresión del proletariado de los pueblos oprimidos, la imposición de sus decisiones, la unión de todo el proletariado peninsular en la lucha común por el socialismo y hasta la unión del proletariado internacional, todo esto puede no ser suficiente para resolver el problema nacional. Pero más seguro es que sin cumplirse estas premisas, tanto la liberación nacional como el socialismo son prácticamente inalcanzables.

Tantos años de opresión nacional ejercidos de una forma tan brutal no se pueden anular de un plumazo, ni siquiera con una sucesión de medidas por muy justas que sean. La sociedad socialista heredará esta rémora de la brutalidad capitalista. Es por lo tanto indispensable que el Estado obrero adopte una forma adecuada para resolver los vestigios del problema nacional. Que ésta sea federalista o autonomista es una cuestión a resolver en el proceso histórico. Querer concretar más es caer en futurismos que no aportan nada.

En definitiva, lo importante es comprender que la clave para la resolución del problema nacional sólo puede hallarse en el proceso de la lucha por el socialismo. Renunciar a resolverlo es renunciar al socialismo.

RUS

XII-1972

Partido, centralismo democrático y revolución socialista

« El monolitismo en el pensamiento y en la acción significa únicamente fe y obediencia ciegas. » Carlos Marx

Sin duda la concepción de Lenin del partido se resintió fuertemente — pues toda organización es un instrumento para un determinado fin — de las condiciones peculiares y específicas de Rusia. El partido operaba en las condiciones de la autocracia zarista, estaba constreñido a la ilegalidad, actuaba en una sociedad en la que la clase obrera era muy minoritaria. Todo esto puede explicar la construcción del partido leninista, es decir, su organización rígida, su disciplina fuertemente centralizada, su carácter de estrecha vanguardia.

Respecto al grueso de la clase obrera, pienso que esta concepción del partido no puede ser transferida a los países de alto desarrollo capitalista; pero, por otra parte, pienso que la TEORIA leninista del partido contiene aspectos a los que no es posible renunciar, por ejemplo, la lucha de la clase obrera entendida como elemento de guía y de propulsión de todo el frente de fuerzas interesadas en la transformación de la sociedad capitalista moderna, requiere al partido político como elemento unificador que contribuye a definir y a dar configuración política a la conciencia de clase de la clase obrera misma.

La clase obrera debe ser el elemento propulsor para una revolución socialista, el elemento fundamental, no el elemento exclusivo. Esta consideración vale sobre todo para los países donde existen las condiciones materiales para una revolución socialista propiamente dicha, esto es, para los países de alto desarrollo capitalista. Al hablar de la clase obrera es necesario evitar el error de considerar que está formada exclusivamente por los obreros, por los trabajadores manuales. Hay que entender el « trabajador colectivo » que produce plus-valía: la mayoría de técnicos y algunos ingenieros forman parte de este « trabajador colectivo » en la medida en que su labor está orientada a la producción. En esta acepción, es decir, considerando a la clase obrera en este sentido, que responde más plenamente a las condi-

ciones modernas, la clase obrera debe ser el propulsor, no un elemento único, sino el elemento central de una formación anticapitalista.

Otro aspecto de la teoría leninista de la organización al que me parece imposible renunciar es el centralismo democrático. Pero, insisto, hay que tener en cuenta las condiciones históricas en que se desenvolvió el partido bolchevique. Era un partido constreñido a la ilegalidad, fuertemente centralizado, formado exclusivamente por cuadros y también separado en muchas circunstancias del contacto con la clase obrera. A pesar de todas estas condiciones duras, el partido bolchevique fue un partido animado por una lucha política interna muy fuerte y hasta despiadada. Los dirigentes se enfrentaban con plataformas políticas diferenciadas y había mayorías y minorías. Hubo numerosísimos choques antes y después de la revolución y Lenin estuvo muchas veces en minoría.

En resumen, no se trata de tomar abstractamente posición por o contra el centralismo; se trata de ver que se entiende exactamente por estas palabras. Un partido revolucionario se puede ver constreñido a operar con un fuerte grado de disciplina interna, pero no debe impedir jamás — so pena de muerte del partido como organismo político y su transformación en organismo burocrático policiaco — el choque de las posiciones políticas que afloran en su seno y las manifestaciones de esas posturas políticas diversas a través de plataformas políticas variables.

Por lo que se refiere a la relación entre el partido y la clase, el partido y los sindicatos, juzgo que en las condiciones contemporáneas no se puede adoptar absolutamente y al pie de la letra el modelo y la estructura del modelo leninista. Hoy (desde un punto de vista bastante general, digamos a nivel europeo) el proceso revolucionario requiere un altísimo desarrollo de la conciencia política de todos los militantes. Una dirección política fuertemente centralizada, un método de gobierno del partido sobre cuya base el secretario político o el responsable máximo correspondiente tiene siempre razón, una estructura fuertemente piramidal por la que los dirigentes aparezcan ante las masas investidos de un poder carismático, todo esto no contribuye a desarrollar el grado de conciencia e iniciativa política de las masas. Este tipo de estructura no corresponde o responde muy poco a las necesidades del proceso revolucionario en las sociedades contemporáneas. Un partido con esta estructura no podrá llegar ni conducir a la toma del poder; y si llegara, adiós al socialismo hasta nuevo aviso.

Trabajar sinceramente para delinear una perspectiva revolucionaria en España, para la construcción del instrumento político adecuado para la revolución socialista, significa, a mi juicio, ser consciente de que se trata de un trabajo a largo plazo, de un empeño y de un esfuerzo que deberá abarcar bastantes años. Hay que huir de dos polos: el representado por la acción política del P.C.E., cuya acción se mueve en el interior de objetivos SOLAMENTE democráticos (es más, solamente de tipo democrático burgués), sin prever ni una transformación social radical, es decir, un proceso revolucionario, ni la formación de un tipo nuevo de poder político. Los grupos minoritarios — el otro polo — se diferencian (o nos diferenciamos) en general del P.C.E. (a parte de nuestra esquizofrenia) precisamente por poner en primer término la perspectiva socialista en lugar de la democrática burguesa. Pero hay en ellos una tendencia, a veces incluso inconfesada, a proyectar las cosas como si el desencadenamiento de un proceso revolucionario fuese algo que se puede dar en España de forma inmediata (el famoso catastrofismo y ultraizquierdismo). Muchas de las críticas al P.C.E., muy justas en principio, son insuficientemente y no bien trasladadas al nivel político. Y, en realidad, tanto la revolución socialista como la construcción de un poder socialista presupone un desarrollo de formas de gobierno desde la base, de autogobierno, de democracia socialista, que es socialista en tanto que se acerca lo más posible a formas de democracia directa. Es, sin embargo, un error juzgar que esta perspectiva final pueda ser la consigna política inmediata.

Las condiciones no lo permiten, el proceso es largo y se debe trabajar tratando de mantener el contacto y la apertura hacia las fuerzas agrupadas donde quiera que sea y, sobre todo, hacia la inmensa — inmensísima — mayoría que ni agrupada está en modo alguno.

En fin, resumiendo, si los trabajadores desde ahora no controlan sus organizaciones de clase : sus sindicatos, comisiones, etc., no controlarán jamás la empresa en un régimen socialista (pero menos) ; si desde ahora no controlan sus partidos, no controlarán jamás el Estado en un régimen socialista (pero menos).

ENRIQUE

7-72

Conciencia obrera, partido y burocracia

Normalmente, las deformaciones teóricas del papel de las minorías en la revolución se han justificado por la imposibilidad para la clase obrera de acceder por sí sola a la conciencia socialista. Los blanquistas, llevando la cosa al extremo, eran partidarios de una organización minoritaria, supercentralizada y militar que tenía como misión instaurar la dictadura del proletariado por medio de un golpe de Estado. Las ideas de Blanqui tuvieron algún eco entre obreros poco maduros e impacientes ante un movimiento marcado aún por prejuicios artesanales y con poca cultura.

Marx situó el problema del partido en un contexto histórico preciso. Para éste el partido, en el sentido histórico del término, designa el conjunto de fuerzas por las que se manifiesta la autoactividad, la autoliberación del proletariado, el autogobierno de los productores. Los comunistas — dice en el Manifiesto — no constituyen un partido distinto de los partidos obreros. En la I Internacional Marx popularizará el lema : « La emancipación de los trabajadores es obra de los propios trabajadores ». Nada, por tanto, más alejado del espíritu de Marx que las afirmaciones de la CONCIENCIA SOCIALISTA inalcanzable para el proletariado. Marx concebía el socialismo científico simplemente como oposición al socialismo utópico, como la ciencia del movimiento social hecho por las propias masas trabajadoras.

Con la burocratización de los partidos socialistas de la II Internacional, el marxismo se fue oscureciendo y fue filtrado por los cerebros de Bernstein y Kautski. Kautski afirmaba que el socialismo científico y la lucha de clases tenían orígenes diferentes y no necesariamente convergentes ; el socialismo científico había nacido en el cerebro de unos intelectuales burgueses, puesto que éste se derivaba de la ciencia, y no de la lucha de clases. La clase obrera no accedería a la concepción científica del socialismo más que a través de estos intelectuales que le suministrarían los conocimientos que por sí misma sería incapaz de proporcionarse.

Lenin toma precisamente de Kautski — ya convertido en burócrata del partido socialdemócrata — estas tesis en el ¿ QUE HACER ?. Y las lleva más lejos al afirmar que la clase obrera es tradeunionista espontáneamente y nada más que eso. Es decir, que libremente, espontáneamente, sin la influencia de elementos extraños que son los portadores del SOCIALISMO CIENTIFICO, las luchas obreras no podían ser más que luchas por aumentos salariales..., esto es, sindicales. De ahí deducía la necesidad de una organización de profesionales que, portadores de la ciencia socialista, elevarían la conciencia sindical de la clase obrera a conciencia política.

Las afirmaciones de Kautski de que el socialismo científico y la lucha de clases tienen orígenes diferentes son, para el que esto escribe, totalmente falsas y antimarxistas. Así, por ejemplo, contradicen uno de los descubrimientos más importantes de Marx: «Las tesis de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la EXPRESION DE CONJUNTO DE LAS CONDICIONES REALES DE UNA LUCHA DE CLASES, EXISTENTE, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos» (MANIFIESTO), sintetizado también en el párrafo de la IDEOLOGIA ALEMANA que aparece en la contraportada de todas las revistas: «...llamados comunismo al movimiento REAL que destruye el orden establecido...».

El socialismo científico ha surgido en parte de la cabeza de los intelectuales no obreros como Marx; pero es el reflejo de una práctica social que está produciéndose por unas determinadas relaciones de producción y en consecuencia por una lucha de clases en la que el proletariado es un PROTAGONISTA no inconsciente. Las ideas — y las ideologías —, comprendidas las COMUNISTAS, son en última instancia la inversión (como en una cámara oscura, según la metáfora de Marx) de una REALIDAD material.

Por otra parte, Lenin — siguiendo un método muy suyo en las polémicas — (¿QUE HACER? era una polémica contra los «economistas» que reducían toda la lucha del proletariado a luchas económicas contrapuestas a políticas) no se paraba en matices y arremetía de forma UNILATERAL contra el aspecto que mayor importancia tenía en la discusión del momento. En el segundo congreso del P.O.S.D.R. reconoció metafóricamente que, como los «economistas» habían doblado el palo en una dirección, para enderezarlo se había visto obligado en el ¿QUE HACER? a doblarlo en el sentido contrario. El mismo Lenin, en 1905, valoró muy distintamente la espontaneidad revolucionaria del proletariado y se opuso vigorosamente a los burócratas del aparato que se negaban a admitir en el partido a gran cantidad de obreros con poca preparación que habían despertado con la primera revolución rusa. Contra los que temen que el partido vaya a rebajar el nivel por la entrada de obreros incultos políticamente, dice: «La clase obrera es socialdemócrata por INSTINTO, DE MODO ESPONTANEO y en diez largos años de trabajo la socialdemocracia ha hecho mucho, muchísimo, para convertir esta espontaneidad en conciencia».

Lo que nos interesa destacar es el carácter «ruso» del ¿QUE HACER?, por tener como objeto de tratamiento una sociedad atrasada, con bajo nivel cultural del proletariado, muy débil numéricamente, con lazos campesinos muy recientes. Por todo ello, considero que las tesis del ¿QUE HACER? resultan históricamente superadas para la realidad española. El propio Lenin — añadiremos para los fieles leninistas — ponía muchos reparos a que este libro fuera publicado en lenguas extranjeras, después de la toma del poder, sin comentarios que explicaran su contexto histórico. De todas formas, subsiste una ambigüedad en Lenin respecto a la valoración entre conciencia y espontaneidad. Y esta ambigüedad permite que del leninismo se haga cada uno un manto con que cubrir sus paridas, desde los maoístas hasta los trotskistas mandelistas. Como también hizo y sigue haciendo el estalinismo en el poder, sin necesidad de forzar demasiado la interpretación de algunos textos seleccionados con independencia de las circunstancias que los provocaron.

Establezcamos ya una tesis fundamental: la clase obrera por sí misma, por su historia, por sus éxitos y fracasos es capaz de tener conciencia de sus intereses históricos. Sin pretender recurrir al argumento de autoridad, Trotsky expresa bien lo que queremos decir: «Sin duda, sin duda, sabemos que la clase obrera vencerá por ella misma. Lo dice uno de nuestros himnos: NI EN DIOS, REYES NI TRIBUNOS ESTA EL SUPREMO SALVADOR. Esto es justo, pero no es justo más que

en la cuenta definitiva de la historia. Finalmente la clase obrera vencerá y será victoriosa, INCLUSO si no hubiese existido Karl Marx, incluso si no hubiese nacido Uliianov Lenin. La clase obrera habría sabido elaborar por sí misma las ideas que necesita, los métodos que le son indispensables, aunque este trabajo hubiera sido más lento ».

Ahora bien, si la relación vanguardia clase está en el mismo Lenin más o menos ambigua según la época y los problemas que se plantea, deja de serlo la interpretación que del leninismo se hizo no sólo por la vieja guardia bolchevique, sino también por la III Internacional. Y no digamos por los partidos que han alcanzado el poder en nombre del proletariado, desde el búlgaro hasta el vietnamita. Y es precisamente esta interpretación de vanguardia autoproclamada o polo de atracción o como se le quiera llamar, la que utilizan todos los aparatos burocráticos para justificar la explotación del proletariado que no sabe distinguir sus « verdaderos » intereses históricos.

El fenómeno burocrático ha nacido en circunstancias que lo propiciaban : atraso económico, atraso cultural, mayoría social campesina... ; pero esto no es más que UN LADO del fenómeno. Para poner un ejemplo histórico conocido : cuando el partido bolchevique consideraba justificado su monolitismo, ya en el año 20, tanto en el interior como en el exterior, REFORZABA las causas objetivas que generaban los privilegios primero, la dominación después. Y esto en el partido bolchevique porque en el resto de los Estados burocráticos han existido desde un principio concepciones en cada uno de los partidos dominantes que han sido una de las CAUSAS generadoras de la burocracia, y no de las menos importantes.

Los partidos burocráticos pretendidamente obreros juegan un papel insustituible como aglutinador de la casta burocrática. El pertenecer a determinado escalón del partido es, en esas sociedades, tan importante — y comparable — como ser accionista — o bien ejecutivo — en una sociedad capitalista. No hay que olvidar que los fenómenos políticos y las instituciones de esas sociedades no pueden ser juzgadas con la misma óptica que en una sociedad capitalista. La división entre lo político y lo económico es imposible al estar fusionadas en la gestión de la producción.

Es esta relación tan estrecha la que nos ha de llevar a resaltar el carácter de auténtica democracia obrera que debe poseer el futuro Estado obrero y la verdadera gestión de la producción, que se debe dar simultáneamente. Por supuesto que con estas premisas nuestra concepción del proceso revolucionario no puede tener nada que ver con estas concepciones pastorales (del pastor y las ovejas) que desde el F.R.A.P. hasta las guerillas latinoamericanas nos quieren colar como marxistas. Si el marxismo auténtico siempre ha atacado al blanquismo y ha concebido la revolución como el movimiento CONSCIENTE de la gran mayoría de oprimidos, ello es aún más decisivo hoy en día. Porque después de percatarnos por las derrotas y degeneraciones de las revoluciones pasadas de lo VITAL que es el que la clase obrera (en el plazo más breve desde la toma del poder) sea capaz de gestionar la producción, hemos de tener especial sensibilidad por la relación entre jefes y masas, entre vanguardia y clase, entre líderes y masa, entre vanguardia y organización de clase. ¡ Cómo en estas circunstancias no vamos a intentar fomentar todo lo que represente autonomía y autoactividad de la clase, aunque esto signifique REBAJAR el papel del partido a ser un ESCLARECEDOR, a intentar explicar (la idea es de Lenin) los acontecimientos futuros, a hacer más breve — en una palabra — el curso de la historia, esto es, a ACELERAR lo que objetivamente está en marcha en la realidad social !

JUAN

1 mayo 1973

De otras fuentes

Esta sección tiene como meta recoger posiciones políticas y críticas que nos parezcan aportar luces sobre alguno de los innumerables problemas que tenemos planteados. Son muchas las publicaciones y documentos que los grupos de izquierda editan, y no demasiadas las aportaciones originales. Las tiradas son generalmente reducidas y en consecuencia planteamientos de interés pueden quedar lamentablemente marginados.

Darlos a conocer a un más amplio círculo de militantes no es sólo una forma de lograr mayor esclarecimiento político, sino también una manera concreta de desarrollar et espíritu de camaradería entre organizaciones que se sienten parte de la izquierda comunista.

La selección será realizada según criterios de novedad analítica, rigor teórico u oportunidad práctica. Digamos también — a veces se ven vigas o pajas en el ojo ajeno y no en el propio — que con la publicación no prejuzgamos que se dé identidad entre lo que se dice y lo que se hace por parte de los autores.

AISLAMIENTO GRUPUSCULAR Y LUCHA DE MASAS

La característica general de la lucha de estos últimos años es el semi-espontaneísmo, es decir, la presencia de grandes y pequeñas luchas cuyo inicio ha sido espontáneo y dirigido por grupos desvertebrados políticamente o por grupos proletarios no vinculados en absoluto a los que se han pretendido atribuir la denominación de Partido de la Clase Obrera. Al constatar esto no lo hacemos con satisfacción (sino todo lo contrario) pero queremos evidenciar un hecho real para aprender de él lecciones importantes tanto en el proceso de construcción del Partido como en el desarrollo de construcción de la Revolución Socialista.

Todo este proceso ha implicado que cada vez más estos grupúsculos y militantes hayan caído en un aislamiento progresivo y radical de las masas (lo cual, por otro lado, ha sido la causa y origen de todos los procesos de ruptura interna de estos grupúsculos), que les ha llevado a no saber cómo comportarse ante el creciente proceso de radicalización de la lucha de masas y cómo comportarse en el seno de una lucha en plena efervescencia. Hoy nos encontramos con un montón de vicios teóricos, base de la incapacidad manifestada para poder encabezar la movilización de las masas. Los grupos y militantes lejos de intentar aprender el contenido y significado real de estas luchas, colocándose en su centro, dirigiéndolas hacia metas cada vez más elevadas, adoptan una actitud de análisis desde fuera; de hecho estas luchas ratifican en algunos puntos sus « perfectos programas políticos » y, en todo momento, están dispuestos a criticar el aventurerismo, reformismo, ismo, ismo... manifestado en las diferentes luchas, desde sus pedantes lugares de análisis que les preserva de errores de práctica, porque desde luego no han desarrollado ninguna para poder equivocarse.

Todos estos problemas tienen su lugar común, su expresión más clara en el terrible aislamiento que los militantes y los grupos políticos han caído respecto a las masas. Se ha sustituido el campo de batalla. Para estos grupos el frente de lucha ya no es la fábrica, la calle, el barrio, las masas en una palabra. El frente de lucha es la vida organizativa de sus supuestos partidos y organizaciones y sobre la problemática de éstas hacen girar todas sus preocupaciones teóricas y políticas; el estar entre las masas, es decir, estar presente en algún frente de lucha, aunque sea sin desarrollar nada, no es más que la condición necesaria o el tributo obligado para seguir elucubrando a nivel interno sobre diversas cuestiones « teóricas ». Se han invertido los términos de la lucha de clases, el objetivo se ha convertido en un medio y el medio en un objetivo : *La organización se ha convertido en el objetivo, la lucha de masas en el medio para poder seguir existiendo la organización.*

Presidiendo todo este cúmulo de vicios y deformaciones está la incapacidad más absoluta para el ejercicio de la autocrítica. Se es incapaz de preguntarse el valor de tal o cual actitud ante la lucha y de preguntarse si esto tendrá algo que ver con los presupuestos políticos de tal organización o sobre los métodos de trabajo, el funiconamiento organizativo, etc., Parece que por el hecho de estar militando en un lugar « organizados » ya estamos inmunizados contra el riesgo de la inoperancia política, el error o la práctica reformista. ¡ Qué maldita expresión del viejo y totalitario concepto católico, el cual santifica nuestra buena fe, y por lo tanto, nos exime de todo error o deformación de partida sobre la cual construimos nuestra práctica !

Reconozcámoslo todos, estamos aislados de las masas, y nuestros conceptos políticos acerca de la lucha de las masas están anquilosados, porque no parten de un análisis de la dinámica objetiva de la propia lucha de masas, sino que parten de lecciones mal aprendidas extraídas de documentos teóricos a los cuales hemos despojado de todo valor al no saber analizar tal valor en la constatación viva de la práctica de una forma creadora. Los hechos han desbordado nuestros viejos y dogmáticos conceptos, la verdad se reconstruye continuamente, la autocrítica es la condición básica del aprendizaje continuo y del desarrollo de una práctica revolucionaria. Nos empeñamos en cerrar los ojos a la realidad cambiante y nos conformamos con meras discusiones abstractas sobre el sacrosanto valor de nuestros conceptos inmutables. Todo esto a lo único que conduce es a quedarnos progresiva y rápidamente en la retaguardia de la lucha de masas.

.....

El pensamiento burocratizado domina la mayoría del pensamiento de los grupos políticos de la Izquierda Comunista Española. Las cuestiones se plantean en términos burocráticos : militantes prospectados, mesas redondas asistidas, revistas repartidas, consolidación orgánica interna, programa elaborado, etc. No han comprendido que la revolución es esencialmente una cuestión de la dinámica viva de la lucha de masas y que ésta desecha en un día, en una hora, la cuidadosa tarea de horas, meses y años de laboratorios pedantes e inútiles. Las masas construyen su destino con las armas de la teoría y de la organización. Pero esas armas se construyen en el seno mismo del desarrollo vivo de la lucha de masas diaria. Preparar la revolución es educar militantes a través del ejercicio diario de la práctica de la lucha de clases, en su desarrollo a partir de él, forjándolos en la sólida teoría del comunismo científico explicado por el marxismo revolucionario.

Acaso nuestras expresiones pueden sonar como la negación del trabajo organizativo y la defensa del activismo sin pauto política y organizativa. Nada más lejos de nuestro pensamiento y de nuestra práctica diaria. Hacer

la revolución — hoy ya — es construir organización y desarrollar la teoría. La discusión se plantea sobre el método y el proceso para construir tal organización y desarrollar tal teoría. Nosotros defendemos que debe ser en el fraguar de la lucha de clases y, en concreto, estando en el seno y en la cabeza del desarrollo de dicha lucha de masas, y extrayendo de la misma los datos teóricos que nos ayudan a desarrollar las enseñanzas básicas de la historia de la lucha de clases aplicada por el marxismo como se construye la organización. Por eso queremos denunciar toda actuación que anquilosándose en cuestiones orgánicas aisla y aleja de la lucha activa de las masas.

Tomado del *Documento de Vigo*, declaración del comité nacional de círculos obreros comunistas, págs. 29-31. Abril 1973. El título es de nuestra redacción.

DOCUMENTO

La lucha antiburocrática en Polonia

A mediados del mes de diciembre de 1970 los trabajadores polacos organizaron una serie de huelgas y manifestaciones ante la subida de precios de artículos de primera necesidad. En algunas ciudades se transformó en huelga general y fueron destruidos edificios como la sede local del partido obrero unificado de Polonia. Este levantamiento popular fue brutalmente reprimido por parte de los organismos de Estado y los obreros manifestantes calificados de « bandas de criminales y gamberros » por la prensa oficial. Estos hechos mostraron con perfecta nitidez a los actores principales de la lucha de clases en Polonia : la clase obrera que luchaba por sus intereses con las viejas armas que conoce, huelga, manifestación, ocupación de edificios públicos, destrucción de otros, organización de la distribución de alimentos, elección de delegados obreros y constitución de un comité central de huelga ; la burocracia del partido y del Estado, que controla todos los mecanismos del poder, que no temía enviar tanques contra los huelguistas, asesinar a los manifestantes y mentir descaradamente al pueblo para evitar la extensión del conflicto y la puesta en duda de sus privilegios materiales y de su monopolio político. La crisis social se « resolvió » con un cambio de gobierno y del primer secretario del P.O.U.P. Gomulka fue dimitido y reemplazado por Gierek.

El día 24 de enero tuvo lugar una asamblea en la que concurrían los delegados obreros elegidos por los trabajadores de los astilleros de Szczecin (ciudad de 340.000 habitantes situada en la desembocadura del Oder) y el nuevo primer secretario del P.O.U.P. Las intervenciones en esta asamblea fueron grabadas en cinta magnetofónica y unos extractos publicados más tarde en la revista francesa LE NOUVEL OBSERVATEUR y reproducidos en LE NOUVEAU LEVIATHAN de Pierre Naville. De este libro hemos tomado la versión que hemos traducido y publicamos a continuación.

La relevancia y significación de este texto nos parecen cruciales. El problema de la naturaleza real de los Estados burocráticos obsesiona a todos cuantos nos negamos a dar el calificativo de socialistas a unos sistemas caracterizados por el dominio incontrolado de una burocracia privilegiada y explotadora que monopoliza la gestión económica, estrangula las libertades obreras y reduce los trabajadores a meras piezas de unas metas de acumulación establecidas al margen de su voluntad y a menudo contra ella.

Esclarecer la naturaleza y la dinámica de los Estados burocráticos es una tarea difícil y compleja como muestra la abundancia de interpretaciones existentes. La publicación de un artículo que repasaba algunas de las definiciones propuestas ha tenido que ser aplazada por razones de espacio. Pero de todos modos junto a las discusiones teóricas y a la valoración de los diversos análisis es indispensable ir a la realidad concreta y dar la palabra a los oprimidos. Ninguna interpretación que pretenda ser racional — y no simplemente apologetica — puede ir desvinculada de los términos reales en que

se plantean los conflictos so pena de caer en abstracciones idealistas. A este respecto las páginas que siguen resultan mas expresivas y ricas de contenido que muchas largas discusiones bizantinas acerca de si son o no son « Estados obreros degenerados » o sobre si la alternativa en estos países ha de ser una « revolución política » o una « revolución social ».

C. R.

Hablan los obreros polacos

Baluta, presidente del Comité de Huelga (Saca un papel y lee) : — ¡ Estas son nuestras reivindicaciones ! Exigimos la anulación de las subidas de precios, elecciones inmediatas y democráticas en todos los organismos responsables del Partido, de los sindicatos, de las organizaciones de juventud, de los consejos obreros de empresa. Exigimos una información completa y veraz sobre los acontecimientos recientes, en todo el país, que se desmientan las falsas noticias difundidas por la radio oficial, y la publicación de las reivindicaciones obreras ; todo esto, para el 25 de enero a más tardar. Exigimos que la policía deje inmediatamente de hostigar, amenazar y detener a los trabajadores en huelga ; ¡ pues en este país, que nosotros sepamos, la huelga no es un delito ! Esto es, camarada Gierek, lo que tenemos que decir...

Gierek : — Antes de contestar, camaradas, quisiera pedirlos un poco de paciencia y comprensión. Reconozco que la situación en Szczecin y en todo el país, se había vuelto difícil. Digámoslo, intolerable. ¿ Por qué ? Hay razones objetivas, como nuestros graves fracasos en la agricultura y el sabotaje de los países capitalistas que nos obligan a pagarlo todo en dólares, pero no os abrumaré con ésto. ¡ Pues hay razones que se refieren a los hombres ! Hay que decirlo : el camarada Gomulka, en quién hemos tenido durante mucho tiempo una confianza sin límites, pues... sí, el camarada Gomulka había tomado decisiones que no eran correctas. Y era imposible hacerle la menor observación : contestaba siempre : « No entendéis nada de ésto, soy el único que se... ». Se nos contaba entonces que el gobierno y el Partido estaban siempre unidos, unánimes. No era verdad. ¡ Había una oposición ! Pero no podíamos hacer nada y lo poco que conseguíamos era saboteado en su base, por la burocracia.

Me contestaréis que, de todas formas, este baño de sangre se ha producido, que ha habido muertos, muchos muertos. Es verdad, y rindo homenaje a aquellos que han caído. Pero ahora — y os lo digo solemnemente, como polaco y como comunista — es el destino de nuestra nación, la causa del socialismo, lo que está en juego. Por lo tanto, os prometo acceder al mayor número posible de vuestras reivindicaciones, pero os pido algunas cosas : por ejemplo, que cesen los ataques (sé que circulan) contra la Unión Soviética. Primero porque en el momento más agudo de la crisis, el camarada Brezhnev en persona llamó por teléfono al camarada Gomulka, para que el conflicto fuera solucionado políticamente y no por la represión. Y además no podéis... bueno, no debéis... arremeter contra algo que es fundamental para

nosotros, algo que decidía y seguirá decidiendo de nuestro desarrollo : la amistad con la Unión Soviética.

En cuanto a vuestras reivindicaciones, haremos todo lo posible por nuestra parte.

Serán rectificadas las informaciones erróneas ; pero no podemos darle ánimos a la agitación obrera publicando vuestras reivindicaciones !

El último punto concierne a la policía : si alguien ha sido detenido por hecho de huelga, está claro que hay que soltarlo en seguida. Hay que castigar a los ladrones, a los saqueadores, a los incendiarios, pero a nadie más.

Esto es, camaradas, lo que tenía que decirnos. Sé que no puede satisfaceros plenamente. Pero es necesario que sepáis, que entendáis, verdad, que aquí está el límite.

El delegado de K-1 : Quisiera preguntar a nuestras autoridades superiores : ¿ se puede hablar francamente, como lo ha afirmado el camarada Gierek ? (*Dirigiéndose al presidente*). ¿ Puedo hablar claramente ?

Gierek : — Sí, de eso se trata, precisamente.

El delegado de K-1 : — Entonces, ¿ hablamos como entre obreros ?

Gierek : — Es evidente.

El delegado de K-1 : — Entonces, ¿ nos criticamos mutuamente ?

Gierek : — Sí.

El delegado de K-1 : — ¡ Ah, bueno ! ¿ Tengo garantías de seguridad ? Entienden, como soy obrero, no sé hablar bien, ni arreglar bien las cosas, ...pero ¿ sabe el camarada Gierek que aquí ya no se cuenta el número de cadáveres porque es difícil calcular cuántos se han recogido en la calle ? (*Gritos en la sala.*) No es tanto por el número, pero la gente caía, las balas silbaban. Y esas balas ¿ cómo han sido compradas ? Con el dinero ganado por nuestro duro trabajo. ¡ Es verdaderamente muy duro !

¿ Cómo es posible que la clase se vuelva contra la clase ? ¿ Cómo es posible que disparemos unos sobre otros ? Porque ¿ tenemos un solo Partido, verdad ? Entonces ¿ por qué toda esa sangre ? Y otra cosa : conozco a un hombre cuyo hermano ha sido matado. Entonces este hombre ha recibido una indemnización, pero tras firmar una declaración diciendo que su hermano no ha sido matado sino que ha muerto de una crisis cardíaca u otro motivo. (*Gritos de furor, aplausos.*) Y esto no es todo.

El camarada Gierek nos dice : No habrá sanciones contra los huelguistas.

Quizás no sanciones oficiales. Pero ¿ las otras sanciones ? (*Gritando.*) ¡ De hecho cogen a los obreros de los astilleros como ratas ! Se les salta encima sin ruido, en un rincón, detrás de los árboles, se les aporrea. Hemos tenido un caso en nuestra sección un hombre ha sido apaleado. Es la verdad. Tenía la espalda verde a causa de los porrazos, lo hemos visto. ¿ Por qué ? Sencillamente porque había querido anotar el número del miliciano que verificaba su documentación...

No, no protegemos a quiénes incendian y saquean, pues deberemos reconstruirlo todo con nuestra pasta. Esto es seguro : las instituciones presupuestarias recurren a nuestros préstamos para todo, a nosotros que trabajamos. Pero pienso que hay que cambiar estos métodos de la milicia. ¡ Y cambiar también a los responsables, a esa... esa nobleza que arrambla con todo ! (*Ovación en la sala.*) Si vamos a elegir de verdad a nuestras autori-

dades, ¡ hay que eliminar a toda esa gente, que se ha abierto un pequeño camino de sentido único y que tienen calzones mohosos a fuerza de permanecer sentados... porque son inútiles ! Luchamos por esto, por el cambio de las autoridades. Sobre todo en la base. Es como el pescado : se pudre por la cabeza pero hay que escamarlo por la cola. Todo esto no va en contra del camarada Gierek. Sólo para que sepa. He terminado. Gracias.

El delegado de K-4 : — Soy el representante del K-4, que se ocupa de la construcción directa de los cascos de buque. Es una sección al aire libre. Esto quiere decir que en verano cocemos en nuestra propia salsa, la temperatura sube hasta 70 grados y más, y, en invierno, apenas conseguimos trabajar pues las instalaciones están heladas.

Cuando llega la temporada de las lluvias, hay casos mortales de electrocución entre los soldadores y montadores. Jamás hemos podido obtener siquiera dos horas de paro cuando llueve, y la lluvia, sin embargo, representa para nosotros un peligro mortal.

Y todo esto ¿ para qué ? Para una paga miserable : de 1.800 a 2.000 zlotys. ¡ Lo mismo que ganaba yo hace diez años ! Si calculáis, para una familia de cinco personas : de desayuno, para cada uno, pan y agua, son 2 zlotys. Por la noche, lo mismo : 4 zlotys. El menos caro de los almuerzos : 12 zlotys por persona, o sea 60 zlotys. Automáticamente, pues, 64 zlotys al día. Por mes, vienen a ser más o menos 1.800 ó 1.900 zlotys. Y sólo para vivir, de pan y agua. En los astilleros sin embargo el trabajo es duro, el obrero tendría que alimentarse bien pues, en verdad, después de quince años, está listo para el cementerio. Es imposible que sea de otro modo. Nada más, gracias. (*Aplausos.*)

El delegado de W-2 : — Primero : ¿ es necesario que corra la sangre para que cambien el comité central del P.O.U.P. y el gobierno ? Segundo : se nos habla siempre de salarios supuestamente elevados sin ver que provienen de una cantidad demasiado grande de horas extraordinarias. Pero ¿ cuáles son los salarios de los directores, de los ministros ? Si son dos veces más elevados que el salario de un soldador altamente cualificado (5.000 zlotys), entonces pedimos que se reduzcan los salarios de los altos funcionarios, y que se bloqueen. Gracias.

Un delegado. (Interviniendo) : — Debemos exigir que el diálogo sea llevado a partir de los escalones más bajos, en los sindicatos con la dirección de la empresa y hasta la cumbre. Para que podamos vigilar. Sino, se desharán de nosotros. Ya nos atribuyen, en la ciudad, un rostro de lo más chocante. Se dice de nosotros que somos bandidos, revoltosos. Nosotros no somos nada de eso. Sencillamente, somos obreros que desean mejorar sus condiciones de existencia...

El delegado del C.P. : — Quisiera contestarle al camarada Gierek cuando dice que tenemos que economizar el dinero, es precioso para nosotros. Somos conscientes de ello. Es nuestra sangre, la nuestra, la que está allí dentro. Pero podemos recurrir al dinero de los que viven demasiado bien. *Camaradas, lo diré bien claro : nuestra sociedad se divide en clases* [subrayado por nosotros. C.R.J. Hay gente que tiene tanto... « socialismo » que ya no saben que hacer de él. ¡ Aquí mismo, en los astilleros ! El camarada Skrzynecki ha sido director, durante doce meses. ¿ Cuánto ha granado ? 170.000 zlotys, más las migajas. ¿ Y cómo ? Con todos esos suplementos, esas primas, y así sucesivamente. Camaradas, ¡ considero que hay que terminar con eso ! Desde

1945, luchamos por suprimir las clases, por abolir las desigualdades que se arrastran desde la época de Sanacja. Y ésta es una lucha justa. Pero he aquí que, con este sistema ; se divide de nuevo al pueblo. Mientras nosotros trabajamos en el sudor, otros se enriquecen. Peor aún, ¡ ya no quieren ni hablar-nos ! ; Se han vuelto altaneros !

El delegado del departamento N.T.P. : — ; Obreros de los astilleros ! Hablo en nombre del N.T.P. Primero, quisiera decir : camarada Gierek, hablas de renovación ; la renovación ¿ sabes lo que es ? ; Son los que se encuentran aquí ! (*Gritos, aplausos, vítores.*) Los que son obreros, comunistas, que están con la Polonia popular. Entonces, es con nosotros que hay que discutir, en vez de mandarnos a la milicia como si fuéramos bandidos, en vez de rodearnos con un cordón de tropas e intentar asediarnos por hambre impidiendo que los víveres pasaran durante la huelga... Camarada Gierek, por la mañana, tras esta larga noche, reanudaremos el trabajo, pero queremos, antes, tener respuestas francas y directas. Se nos ha mentido demasiado. Quizás tú no, camarada Gierek, pero los otros sí. Antes... Entonces ahora, queremos que el comité central se comprometa y tome una postura sobre todo este asunto. Queremos...

Gierek : — ; No puedo aceptar ! Esto es un ultimátum... (*Movimientos y confusión en la sala.*) Bueno, ¡ no soy el comité central ! No soy más que el Primer secretario, es el comité quien ha de decidir...

El delegado del N.T.P. : — ; Es verdad ! El camarada Gierek tiene razón : no puede contestar por sí solo. ¿ Sabéis lo que quiere decir esto ? ; Que ha terminado la época del culto a la personalidad, obreros ! Bravo por el camarada Gierek... (*Aplausos y risas.*) Pero antes de terminar (*se vuelve hacia Gierek*), quiero decir que hemos esperado veinticinco años este momento histórico. Y hoy, en presencia del gobierno y del camarada Primer secretario, queremos que todo, sí, todo lo que se está diciendo aquí sea escrito de punta a cabó. ¡ Sin trampas ! (*Gritos, clamor.*) Gracias.

Aproximación a la cuestión campesina

Durante los últimos veinte años el campo español ha sido escenario — y continúa siendo — de uno de los cambios más impresionantes acaecidos en los últimos siglos. Cambios colosales tanto en el orden demográfico como en el técnico, tanto en las relaciones de clase como en los estados de conciencia de los diferentes estratos sociales que se suelen englobar en las estadísticas como población activa asalariada o independiente del sector primario.

Así el sector productivo más resistente a la conversión capitalista — la agricultura — ha entrado en crisis. La sociedad agraria tradicional, ante los embates concomitantes de los aumentos técnicos de productividad, elevación de los salarios y sometimiento en alguna medida a los precios de mercado y a los circuitos comerciales, ha entrado en agonía de especie tal que sólo puede sobrevivir a través de profundas mutaciones. Esta serie de acontecimientos modifican sustancialmente tanto la estructura económica general del país, como el panorama de las clases sociales en presencia.

El fenómeno no ha pasado desapercibido a los estudiosos de uno u otro tipo y la literatura más o menos científica consagrada a la cuestión agraria empieza a ser abundante. En cambio el análisis político de la trascendencia de estos cambios no sólo ha avanzado en escasa medida, sino que aún se continúan repitiendo toda una serie de tópicos cada vez más desconectados de la problemática real. Mencionemos simplemente los «residuos feudales» con los que están especialmente encariñados el PCE y sus orlas por lo que significan de argumento en favor de la «revolución antifeudal y antimonopolista». Apuntemos también la necesidad de *revisar* (es lo menos que puede decirse) consignas que reciben un trato de favor por parte de las organizaciones autotituladas leninistas. Nos referimos a la «Alianza obrero-campesina» o «La tierra para el que la trabaja», consignas bien ancladas en virtud de la pereza mental y del respeto mágico y supersticioso con que se manipulan (¡sin ningún respeto!) las tesis leninistas como si fueran Verdades con mayúscula y no resultados específicos del análisis concreto de situaciones concretas. En verdad, se trata de consignas agónicas, al igual que las bases sobre las que se sustentaban. Porque la inexorable disminución de braceros y pequeños campesinos, por un lado, y los avances agronómicos que condenan al fracaso económico toda pretensión a la finca familiar, debilitan o anulan por completo la validez de aquellas consignas, a pesar de los títulos de nobleza con que se las quiera endilgar.

En síntesis, y simplificando adrede, nuestra tesis es que la Reforma Agraria ha muerto porque sólo miseria y esclavitud se puede esperar de una organización artesanal de la producción agrícola, de un reparto en lotes familiares. La importancia creciente de la maquinaria en las faenas campesinas obligan a unidades de explotación extensas y convierten a la Reforma Agraria tradicional en algo tan absurdo como el reparto del utillaje de una empresa entre los propios obreros. Por tanto, la única alternativa global en el campo son las *colectividades*.

La importancia política del sector campesino decrece progresivamente, pues ha disminuido y continuará disminuyendo el peso numérico de las

clases agrícolas, a la vez que experimentan un proceso de envejecimiento que las debilita aún más. Su clásica singularidad tiende a difuminarse con su conversión capitalista. Pero la lucha de clases no está ausente del campo y de cada cinco trabajadores uno labora la tierra y sus frutos. Son motivos más que suficientes para ocuparnos de la cuestión.

Este artículo se propone hacer un balance provisional de la situación del campo español y apuntar algunas posibles líneas de avance. Aunque muy consciente de las limitaciones e insuficiencias de que adolece, creo preferible desbrozar la cuestión de tanta hojarasca acumulada y presentar ideas que continuar en el reino bendito de las intuiciones o las recetas santificadas.

AGRICULTURA Y CAPITALISMO

La base de la economía mercantil (producción de *mercancías*) es la división social del trabajo, que encuentra su campo de expansión inicial en la manufactura. El desarrollo de la economía mercantil — transformada gradualmente en economía capitalista a través de un desarrollo desigual — provoca un acrecentamiento del número de industrias distintas e independientes y la generalización de la producción de mercancías, de valores de cambio. La agricultura no puede permanecer aislada de estas tendencias, porque la hegemonía de las categorías capitalistas penetra en todas las relaciones sociales subvirtiéndolas o transfigurándolas. La agricultura (aunque con retraso por la enorme inercia histórica con que se encuentra lastrada) se va convirtiendo en una *industria*, esto es, en un sector económico que produce mercancías, es decir, bienes para el mercado y no destinados al autoconsumo, y que tiende también a la especialización.

Este proceso secular puede ser frenado — e incluso retroceder momentáneamente — en virtud de condiciones históricas determinadas o por la ausencia de estímulos suficientes para ponerlo en marcha. Así, la tecnología puede resultar inapropiada durante un tiempo a la tradicional distribución de la propiedad; la inercia del modo de vida campesino puede presentar una barrera elevada a las presiones de índole mercantil; los grandes propietarios latifundistas pueden caracterizarse por una escala de valores no especialmente « rentabilista », por razones políticas y electorales, las clases dirigentes pueden ofrecer muletas a las explotaciones de tipo familiar que les permitan resistir un lapso de tiempo adicional.

A la larga, empero, va imponiéndose la tendencia por la acción combinada de tres factores esenciales y concomitantes: 1 — los incrementos de productividad y potencia de las industrias ciudadanas que bombean mano de obra del gran depósito rural y presionan a la modernización de la agricultura para extender su mercado particular (piénsese en la extraordinaria labor de propagandistas de la racionalidad capitalista realizada por los representantes de piensos compuestos, de abonos, de riego por aspersión, de tractores y semillas de calidad); 2 — el encarecimiento subsiguiente de la mano de obra por el éxodo rural cuando se rompe el equilibrio demográfico del « derrame del excedente de población »; 3 — la demostración concreta de los aumentos de rendimientos con la aplicación de técnicas y mejoras agronómicas apropiadas.

De este modo el desarrollo de las fuerzas productivas va demoliendo las características tradicionales, los cultivos de siempre, las formas jurídicas arcaicas, los métodos de explotación, los sistemas de distribución de los productos agrícolas. Primero, ofreciendo las ventajas de la producción en serie y

creando nuevas necesidades : vestidos y utensilios, electrodomésticos hoy en día ; después, ofreciendo mejoras técnicas y modificando la demanda social de productos del campo. La agricultura va entrando así en los circuitos comerciales, va recorriendo el camino desde una economía natural parasitada hasta una fase de economía capitalista. Este proceso puede partir de condiciones históricas diversas (predominio de la gran explotación de origen feudal o colonial, importancia relevante de la explotación familiar) y seguir distintos ritmos en función de la lucha de clases general de un país. La burguesía ascendente puede enfrentarse violentamente con el « antiguo régimen » y buscar el apoyo de las clases campesinas mediante la reforma agraria o puede llegar a un entendimiento y compromiso con los terratenientes.

Este proceso inevitable de corrosión se acentúa en el momento en que la industria es capaz de alcanzar unos niveles de productividad que permiten el tránsito de una economía de subsistencia para los trabajadores a una economía « de consumo ». Entonces, la atracción urbana se convierte en imparable : la tradicional emigración afecta a todos los estratos sociales del campo, aumentan para los empresarios agrícolas los costes salariales y se modifica decisivamente la demanda social de productos agrícolas. El capital, una vez sólidamente establecido en aquellos sectores más adecuados para la producción en serie (industria y comunicaciones) acude a la agricultura y a los servicios, ya para estructurarlos según módulos burgueses, ya para estructurarlos en el ámbito de la distribución, ya para subordinárselos a través de la oferta de medios de producción más eficaces (abonos, piensos, tractores).

Un indicador simple que muestra el grado de evolución de este proceso es el porcentaje de población activa dedicada a la agricultura o el número de personas que cada trabajador del campo « alimenta » con su producto. En una agricultura capitalista un campesino alimenta entre 25 y 50 personas ; de 10 a 25 en una agricultura de transición ; en agricultura tradicional, menos de 6. No hay que pedir peras al olmo ni al capitalismo humanidad : la frialdad de las cifras no debe ocultarnos el terrible coste social y humano que conlleva pasar de un tipo de agricultura a otra con una emigración desordenada hacia las chabolas de las grandes urbes. Pero la más vigorosa acusación en este punto no debe ocultarnos que no hay progreso de ningún tipo sin un desplazamiento masivo de población rural. La única alternativa progresista en este sentido no es ofrecer la vuelta a un desahuciado modo de vida rural, sino la organización del trasiego con las máxima seguridades de tipo profesional y de condiciones de existencia, que podríamos resumir en : formación profesional y piso barato. El capitalismo agrario, a fin de cuenta, es una fuerza progresiva, aunque sin entrañas, pues derriba rutinas ancestrales, las formas patriarcales y opresivas de la familia, el sistema de castas cerradas, el prestigio de la tierra (que pasa a ser asimilada a pura mercancía), esclareciendo de este modo las relaciones sociales y liberándolas de otras connotaciones que no sean el beneficio, el capital, el salario hasta convertir la agricultura en una rama peculiar de la actividad « industrial ».

LAS ETAPAS DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA BAJO EL FRANQUISMO

Ya durante la guerra civil el bando contrarrevolucionario adopta con relación al campo tres tipos de medidas (ratificadas posteriormente) que caracterizan la política agraria de esta etapa. Primero, anular todas las conquistas de los proletarios del campo y las medidas progresivas dictadas durante la República ; segundo, conceder a los campesinos propietarios de la Meseta una de las reivindicaciones más repetidamente expuestas por ellos : la

seguridad, que se concretaba por medio del Servicio Nacional del Trigo ; tercero, a fin de asegurar el abastecimiento mínimo de las ciudades, controles de todo tipo y racionamiento. Y para acallar al sector plebeyo, una declaración que merece ser recordada : « Se tenderá a dotar a cada familia de una pequeña parcela, el huerto familiar, que le sirva para atender a sus necesidades elementales y ocupar su actividad en los días de paro » (*Fuero del Trabajo*, 1938).

Esta fase (1938-1951) se caracteriza por un retroceso brutal de la productividad agraria y el aumento de los precios agrícolas por encima de los industriales, lo cual favorece una extraordinaria acumulación de capital a partir de las grandes explotaciones y, en consecuencia, la intensificación del ritmo de desarrollo capitalista de la gran propiedad latifundista. Son los años de hambre, de marcha atrás en el proceso histórico de transformación capitalista del campo (en 1950 el porcentaje de población activa en la agricultura es superior al de 1935). La autarquía y la drástica reducción de los salarios favorecen un proceso de acumulación que dará lugar a una industrialización desordenada y caótica, cuya meta es *producir*, en un momento en que lo fundamental es la escasez de todo.

La década de los 50 constituye una etapa de normalización hacia una economía de mercado. Se suprime el racionamiento, la agricultura consigue alcanzar los niveles de producción de la preguerra, los precios industriales avanzan más rápido que los agrícolas. Los años 50 aparecen desde una perspectiva posterior como los años de la recuperación del sistema productivo agrario y de la reaparición de tendencias históricas (emigración y urbanización) que frenadas por la coyuntura de la postguerra, recuperarán a partir de los 60 el terreno perdido e impondrán su ley. Esta fase alcanza su techo en 1959, año del Plan de Estabilización, de la consumación de la hegemonía indiscutida del capital monopolista sobre la sociedad española, del despegue industrial en serio.

La tercera fase, que comienza en 1959, viene caracterizada por la crisis irreversible de la agricultura tradicional. Agricultura compleja, constituida por la existencia simultánea de grandes y pequeñas explotaciones, con mano de obra barata y mercado asegurado, que había retrocedido a una situación de equilibrio relativamente estable, pero que los fenómenos exteriores van a barrer en un lapso de tiempo muy corto, al segar una de las bases de su existencia : la mano de obra barata.

EL EXODO Y LA CRISIS

El incremento de demanda de mano de obra tanto de las zonas industrializadas de la península (Madrid, Barcelona, Euzkadi), como de las turísticas, junto con la demanda de la Europa neocapitalista, ofrecen una perspectiva real de huir de la miseria. Se acelera así el gran éxodo de hombres y mujeres que escapan de unas condiciones de vida infrahumanas hacia una existencia más digna y con más porvenir.

Los primeros que huyen son, naturalmente, los asalariados, los braceros a quienes nada les ata. De este modo la emigración pone en crisis la estabilidad de la estructura agraria anterior al plantear dos exigencias básicas : 1 — la necesidad de mecanización para sustituir la mano de obra emigrante ; 2 — la necesidad de concentración de la tierra para hacer posible esta mecanización.

En el período 1950-60 mientras el número de salarizados del campo descendía en más de medio millón, el número de empresarios y ayudas fami-

liares mantuvo cierta estabilidad. En la década de los 60 el número de asalariados agrarios acelera su disminución descendiendo en poco menos de un millón. El número de empresarios y ayudas familiares inicia también un descenso sostenido. La explicación reside en que el éxodo inicial de asalariados y el consiguiente encarecimiento y escasez de la mano de obra repercutió en contra de las formas de producción menos mecanizadas, acelerando la crisis de la pequeña explotación y haciendo que los agricultores y ayudas familiares engrosaran las filas de los emigrantes, a la vez que se reforzaba el proceso de mecanización⁽¹⁾.

La emigración, en suma, trastorna las condiciones del mercado de trabajo en la agricultura, ocasiona la escasez de la mano de obra asalariada y respalda sus exigencias. La sustitución de trabajo por capital, la mecanización de la agricultura y el proceso de concentración de la tierra — por una u otra vía, a uno u otro ritmo — constituyen, a partir de aquí, acontecimientos obligados. Esta tendencia a la capitalización de la agricultura es reforzada por la emigración y reactivada por la ruptura de la estabilidad de la producción agraria ante los cambios inducidos en la demanda por un superior nivel de vida en las ciudades: disminución del consumo de pan y garbanzos, aumento del consumo de huevos, leche y carne. Y supone, a su vez, cambios muy importantes en la forma de organizar la explotación, de relacionarse con el mercado exterior, de expresar y concebir su actividad económica, repercutiendo igualmente en el sistema de enseñanza de la profesión agrícola e indirectamente en la organización familiar. La concentración de la tierra recompone el sistema de estratificación social, tiende a reducir el papel social del campesinado pobre, aumenta la distancia social entre obreros y labradores, dificulta en este sentido la movilidad social y refuerza precisamente como cauce de esta movilidad a la emigración rural.

En el plano económico el esquema de las tendencias que van imponiéndose es claro. Se asiste: 1 — A un proceso de mecanización y, en general, de tecnificación y capitalización de las explotaciones. 2 — A una intensificación de la dependencia con relación al mercado exterior (tanto más fuerte cuanto más se van capitalizando e intensificando los cultivos). 3 — A una concentración de las explotaciones, ya por vía de acumulación individual, ya por vía de agrupación. 4 — A unas modificaciones consiguientes en la « mentalidad » del agricultor (en relación con la tierra, el propio trabajo, el proceso de educación y cualificación profesional, el mercado exterior, los otros agricultores, etc.) hacia una mentalidad empresarial. Todo ello constituye una importante acentuación de los rasgos capitalistas ya existentes. Las empresas se capitalizan, la economía de mercado se refuerza y expansiona, la lógica del provecho y del cálculo económico se impone sobre otro tipo de consideración.

En definitiva, la crisis obedece a la imposibilidad cada vez mayor del sistema tecnológico y de distribución de la tierra para « funcionar », es decir, para asegurar unos ingresos mínimamente satisfactorios a los agricultores y a los trabajadores agrícolas. Las causas de la crisis son en pocas palabras:

(1) El éxodo ha ido acompañado de un desprestigio de lo rural y la mitificación de la « ciudad » al poderse contrastar ambos modos de vida. Esta comunicación se ha realizado a través del propio éxodo, a través del servicio militar y de los llamados medios de comunicación de masas, cuya difusión es creciente y en el caso de la televisión abrumadora: no hay aldeuela que no disponga al menos de un televisor.

desarrollo industrial y de los servicios que atraen mano de obra de la reserva natural del régimen capitalista, el campo. El éxodo rompe la estabilidad al afectar decisivamente el coste y la cantidad de mano de obra y obliga a la mecanización. De rebote, el desarrollo industrial conlleva modificaciones de la dieta alimenticia y obliga a revisar las producciones tradicionales. En consecuencia, mientras la gran explotación de la sociedad agraria tradicional atraviesa una crisis de transformación, la explotación familiar está en crisis de muerte.

LATIFUNDIO Y MINIFUNDIO

Las últimas conclusiones del párrafo anterior nos llevan a detenernos un momento para tratar las modificaciones sufridas en el papel que juegan latifundio y minifundio en la presente situación. El tradicional binomio de la agricultura española ha sido también profundamente alterado en su significación a lo largo del proceso de crisis. La clásica afirmación de que la cuestión agraria podía sintetizarse en la frase « hombres sin tierra, tierras sin hombres » y que conducía hacia la respuesta bien arraigada entre los braceros, el REPARTO, ya no puede ser ondeada sin muchas precisiones y correcciones⁽²⁾. Aunque continúa siendo cierto que 50.000 propietarios detentan la mitad de la superficie agrícola del país y que la mayor parte de sus ingresos son de origen estrictamente parasitario, a nadie convencerá una promesa de reparto de lotes familiares cuando muchos en esta situación han « votado con los pies », engrosando la emigración y arrendando o vendiendo sus parcelas. Hoy la situación del proletariado urbano es tan superior a la situación de los campesinos pobres que los jóvenes abandonan las tierras del mismo modo que hace pocos años lo hacían los parias ancestrales, los braceros.

En el fondo, una vez que se ha presentado la posibilidad técnica y económica de mecanizar muchas labores — posibilidad, como hemos visto, reforzada y estimulada por el éxodo rural — las ventajas de las fincas de gran extensión se han hecho patentes. Además, la mecanización ha supuesto el afianzamiento y desarrollo de las relaciones de producción capitalistas al constituir un paso más en la división social del trabajo, fomentar la especialización funcional y aumentar la dependencia de las explotaciones mecanizadas respecto del mercado. Con la adquisición de medios de producción y materias primas de origen industrial, es obligado contabilizar adecuadamente estos costes y racionalizar la gestión de las explotaciones. Al mismo tiempo la mecanización hace jugar las economías de escala en favor de la gran explotación, logrando que los medios de producción rebasen el marco de utilización individual de que venían siendo objeto, impidiendo que las grandes explotaciones mecanizadas puedan dividirse en pequeñas parcelas y cederse en arrendamiento para ser cultivadas por agricultores familiares. Al desaparecer la base técnica de la división de la gran explotación en pequeñas parcelas, pierde su sentido inicial el ideal reformista burgués del agricultor familiar propietario.

(2) « Se continúa pensando en el reparto, tanto es así, que es posible discernir dos teorías sobre cómo deberían estar repartidos los cortijos : hay obreros que opinan que se debería hacer en parcelas individuales — generalmente los del regadío — y hay obreros que opinan que debería hacerse en colectividad — generalmente los del secano. La palabra reparto se aplica a ambas formas, seguramente porque la mayoría de los obreros prefería antiguamente la parcelación de los cortijos » (Martínez Alier : *La estabilidad del latifundismo*, pág. 73).

La técnica agrícola de los campesinos ricos y terratenientes capitalistas es notablemente mejor que la media: mayor extensión, mayor mecanización posible, ventajas en la comercialización, disponibilidades financieras más abundantes, facilidades para obtener créditos. Esto viene corroborado por las cifras, que indican por añadidura mayores progresos en las grandes explotaciones: mayor crecimiento de tractores oruga que de tractores de ruedas, lo cual señala que las grandes explotaciones se están mecanizando a mayor velocidad que las medianas. De todos modos, hay que añadir que el incremento de los motocultores (las «mulas mecánicas») demuestra la capacidad de resistencia de los pequeños agricultores en zonas de regadío, donde sus posibilidades no son despreciables dentro de una tendencia a largo plazo que esquemáticamente podríamos subdividir en un sector fundamental, las agroindustrias con muy alto nivel de mecanización, controladas por sociedades anónimas y formando parte de una concentración vertical, y un sector secundario, de «lujo», de artesanía jardinera, en las periferias urbanas, siempre a la defensiva, pero con posibilidades de ir resistiendo muchísimo tiempo.

El proceso de mecanización y concentración impone un límite inferior a la dimensión de la explotación y por tanto a la concentración. El precio del tractor determina este límite mínimo. En zonas de secano este límite vendría a marcar la línea de supervivencia. Las fincas que no alcanzan este mínimo no tienen otro remedio que buscar soluciones de tipo cooperativo si no quieren vender y marcharse o comprar y alcanzar este umbral. Umbral, por lo demás, que tiende a ir aumentando y que por lo tanto no permite compases de espera excesivos. Una explotación incapaz de ser competitiva por medio de mejoras técnicas está forzada a exigir más esfuerzo de los que la trabajan. La explotación campesina familiar ha resistido a la gran finca no gracias a una mayor productividad, sino merced a menores exigencias, por medio de ingresos suplementarios en la industria, por el trabajo asalariado en grandes explotaciones, por el sobretrabajo y el subconsumo.

CLASES SOCIALES Y «REGLAS DE TRANSFORMACION»

La sociedad agraria tradicional mostraba una complejidad considerable en las relaciones de clase, agravada en España por la multitud de «agriculturas» y las diferentes herencias históricas que marcaron con su impronta largos períodos en cuanto a la distribución de la propiedad. Cualquier estudio histórico mostraba tanto las paulatinas mutaciones que iban transformando la realidad rural como la prodigiosa estabilidad de ciertas características. Contemplada en su totalidad la nota más relevante era el equilibrio, mientras que de cerca se discernía perfectamente el movimiento de adaptación permanente que iba corrigiendo los desequilibrios que se producían; como en un bosque, donde las perennes modificaciones de los elementos individuales quedan subsumidas en una globalidad que semeja un estado estacionario.

La estratificación social de la sociedad agraria tradicional era, en consecuencia, muy variada en función de razones históricas y geográficas, hasta tal punto que cualquier clasificación con aspiraciones de validez a lo ancho de la geografía hispana aparecía como excesivamente esquemática en cualquier zona concreta. Clima, cultivos, dimensiones, regímenes jurídicos, grado de capitalización producían matices y variedades bastante reacias al encasillamiento sintético. De ello da fe, sintomáticamente, la riqueza del vocabulario: entre *rabassaires*, *caseiros de medias* y otros tipos de aparceros las diferencias son considerables, lo mismo que en relación con los diferentes tipos de

obreros agrícolas : *caseteiros, muleros, braceros, yunteros, segadors, jornale-ros, etc. etc.*

La lucha de clases en el campo mostraba entonces las tensiones descaradamente en algún extremo (braceros/latifundistas), pero quedaba muy desdibujada en las zonas de explotación familiar predominante (antiguos Reinos de León y Castilla, Galica) en donde la estratificación era suficientemente gradual para que raramente se plantearan reivindicaciones radicales. Los mapas de la distribución territorial afecta al bando franquista en el verano de 1936 muestran con bastante exactitud el predominio de esta clase propietaria que actuó de bastión social de la contrarrevolución.

Hechas las salvedades anteriores y a fines didácticos podemos establecer el siguiente esquema de clases sociales rurales :

- Grandes terratenientes absentistas, con tierras arrendadas o en aparcería.
- Empresarios que no son cultivadores directos (propietarios o arrendatarios).
- Empresarios medianos cultivadores directos (propietarios o arrendatarios).
- Empresarios que siendo cultivadores directos y personales emplean también familiares en explotaciones ajenas por insuficiencia de las propias.
- Obreros, cuyos ingresos proceden de vender su fuerza de trabajo por un salario. Cabe distinguir entre — obreros con medios propios de cultivo (mule-ros y similares), — obreros agrícolas fijos, — trabajadores eventuales o estacionales.

Los teóricos marxistas ya habían establecido tendencias fundamentales de las clases sociales en el medio rural y de lo que podemos llamar las *reglas de transformación* a ellas aplicables. La historia reciente en España se ajusta con notable precisión a estas esquemas. Veamos con algún detenimiento estas tendencias.

Los rentistas latifundistas (grandes propietarios que viven en la ciudad o alternan su residencia en la ciudad con una vivienda señorial en la tierra y cuyo prototipo era — y es todavía — la aristocracia absentista) se encuentran con el incremento de los costes salariales y la disminución de la renta de la tierra. Las posibilidades alternativas que se les presentan son : 1 — Explotación capitalista a través de administrador o mediante la subsunción en sociedades anónimas para la explotación de grandes fincas. 2 — Rentista dando parcelas en arrendamiento o aparcería. 3 — Parcelación y venta (o venta a secas) de sus propiedades y trasvase de su « capital » agrario hacia el sector industrial o financiero.

Dentro de la clase de labradores o empresarios agrícolas hay que distinguir los estratos mencionados, bajo el criterio de las posibilidades de mecanización que, en el contexto actual, indica su posibilidad de sobrevivir. Los labradores medios y ricos se encuentran ante una situación de escasez de mano de obra e incremento de las reivindicaciones de los trabajadores. Los que tienen medios afrontan la situación mediante una incipiente mecanización. Los beneficios sustanciosos que con tal mecanización consiguen estimular aún más la capitalización y quedan en la cuneta los pequeños parcelistas, a no ser de regadío, los cuales tienen mayor resistencia debido a la posibilidad de extremar los rendimientos *intensivos* y paliar así su inferioridad.

Los campesinos ricos que viven en los pueblos (empresarios que no eran cultivadores directos) se limitaban tradicionalmente a dirigir su explotación, pero ahora se enfrentan con la necesidad de intervenir más directamente en ella (subirse al tractor para labrar, por ejemplo) ante la imposibilidad de conseguir mano de obra barata. Tienden a convertirse en empresarios. La mecanización es el primer paso en este sentido, y si la explotación ofrece posibilidad de crear o ampliar regadío es típico de esta mentalidad concen-

trarse en ellas. Si tienen cultivos de regadío o intereses ganaderos empiezan a sentir preocupaciones cooperativas. Esta clase está amenazada no por condicionamientos económicos, sino por la desertión de las generaciones jóvenes. De todos modos es el sector que está menos afectado por la crisis de la sociedad agraria tradicional.

Para los empresarios medianos la mecanización es ineludible, pero no obvia como en el caso anterior, pues tropieza con dificultades de amortización y de financiación, ya que la extensión poseída apenas basta para ocupar un tractor. Este estrato ha sido profundamente afectado por los cambios que venimos comentando. La cooperación es para ellos importante, aunque sean reducidos tanto sus objetivos (generalmente se limita a la adquisición y uso conjunto de maquinaria) como por sus sujetos (basta que se asocien dos o tres).

El campesinado pobre ha tocado techo con la mecanización, pues las posibilidades de llevarla a término por su propia cuenta son nulas y su nivel de vida tiende a rezagarse cada vez más no sólo con respecto a los campesinos medios, sino incluso de los obreros agrícolas fijos. La asociación cooperativa constituye un parche porque no elimina el exceso de mano de obra a no ser que simultáneamente se desarrolle el regadío o la explotación ganadera intensiva, así que a plazo más lejano su proceso de proletarización es prácticamente inevitable.

La situación de los obreros agrícolas ha pasado por diferentes fases. En la postguerra, sin defensa institucional ni organizada posible, estuvieron a las resultas del « libre » juego de los mecanismos del mercado de trabajo, que no podían ser demasiado favorables en un contexto de abundancia de mano de obra. Desaparecida aquella abundancia ha mejorado sustancialmente su posición frente al empresario agrícola, hasta el punto de que el propio sistema productivo ha quedado en situación cada vez más crítica. De modo que su enfrentamiento se manifiesta actualmente bajo la forma de una crisis agraria general, y al propio tiempo queda como desbordado y oscurecido por ella.

Tradicionalmente la remuneración del obrero eventual era considerablemente superior a la del obrero fijo. Hoy en día, el proceso de mecanización y la escasez de mano de obra han provocado un reajuste de modo que el obrero fijo (cuyo número ha disminuido considerablemente) viene a recibir unos ingresos semejantes a los del obrero eventual. Más aún, ante la necesidad de retener a estos trabajadores en puestos permanentes, en muchas explotaciones grandes refuerzan la vinculación de su personal fijo implicándole en sus resultados económicos, mediante participación en los beneficios netos, bien concediéndoles en régimen especial determinadas superficies de tierra para su explotación en beneficio propio.

El sector de obreros eventuales, condenados desde siempre al paro estacional, está hoy en vías de desaparición, casi absoluta en pueblos chicos, menos visible en pueblos grandes. Tienen a ser sustituidos provisionalmente por obreros temporeros, por brigadas más o menos organizadas que aprovechan las facilidades de desplazamiento y la estacionalidad acusada de ciertas faenas agrícolas para trabajar a cambio de salarios elevados y pésimas condiciones de alojamiento durante cortos períodos.

En resumidas cuentas, a lo largo de los últimos veinte años ha avanzado un largo trecho la ley de la concentración de la propiedad, de la proletarización y simplificación del campesinado, de su descomposición en dos partes: una burguesía rural numéricamente pequeña, pero poderosa por su situación económica, y un proletariado rural menos numeroso que antaño y en mejor

posición contractual. A medida que la producción mercantil va imponiéndose por completo en la agricultura se acentúa la desaparición del pequeño y medio campesinado en favor de la burguesía rural y de las sociedades anónimas cuyo fin es la producción y comercialización de productos agrícolas en un proceso de concentración vertical. La descomposición del campesinado se acentúa y todos los síntomas indican que a un ritmo rápido. Por un lado los campesinos pobres venden o arriendan sus parcelas y junto con los obreros agrícolas constituyen el grueso del éxodo rural que desemboca en los centros industrial de España o de Europa Occidental ; por otro lado, las tendencias capitalistas en la agricultura se abren camino : los empresarios medios y los terratenientes capitalistas compran maquinaria, mejoran los sistemas de cultivo y reemplazan las viejas producciones por otras más a tono con la evolución del mercado y del consumo. El proceso de desaparición de los pequeños o muy pequeños agricultores tiende a simplificar el sistema de estratificación social según un modelo simple : empresarios/obreros, aunque la contradicción aparezca, en la circunstancia presente, modificada por una serie de fenómenos que distorsionan el carácter rígido de la oposición.

Frente a la situación esbozada esquemáticamente en las páginas anteriores aparecen diversas alternativas globales y posibles parches⁽³⁾. Es preciso ponderar tanto las medidas y evolución realizadas y previsibles, como los caminos alternativos. Quedarse en que sólo la revolución socialista permitirá la solución integral de los problemas del campo es limitarse a un tópico cuya única fuerza reside en convencer no más que a los convencidos de antemano y afectos, por añadidura, a las afirmaciones simplistas.

El hecho básico del que hay que partir es que la industrialización de la producción agrícola es un hecho que comienza a afianzarse y que comporta la constitución de unidades de producción y de comercialización grandes por influencia y peso sobre el mercado. El problema que se plantea es detectar por quién y en favor de quién se esta realizando el proceso. La vía burguesa tradicional (que sorprendentemente tiene muchos puntos de contacto con los programas de los partidos de « izquierda »), basada en la defensa de la explotación familiar y la política poblacionista, ha entrado en un callejón sin salida. Aparecen entonces dos perspectivas viables en el marco capitalista : la capitalista y la cooperativa.

La *política poblacionista* y de apoyo a la explotación familiar se encuentra aún bien arraigada en la legislación (no sólo en la española, también en la europea). El hacer coincidir la unidad económica con la unidad familiar ha sido uno de los objetivos clásicos de la legislación agraria que el régimen franquista adoptó y sublimó con su ideología reaccionaria y agrarista. La consideración del campesino independiente como « reserva moral de la patria » y « arquetipo del pueblo español », así como la idealización del

(3) El principal parche ha sido la concentración parcelaria. La concentración ha representado una de las medidas más positivas para los campesinos. Evidentemente, sin embargo, sus limitaciones son bien reales. No favorece en absoluto a los obreros agrícolas y resulta mucho más beneficiosa para los poseedores de bastantes hectáreas que para los de pocas : si la concentración mejora cada hectárea, el que tiene más hectáreas resulta más mejorado. En resumidas cuentas, la concentración no resuelve los problemas que aquejan a los campesinos, pero es una ayuda para sus dificultades, un rellano en la escalera de la decadencia. Vale la pena señalar, además, que la concentración no estimula la inmediata cooperación, porque al mejorar efectivamente la situación de los propietarios individuales retrasa la urgencia de la agrupación.

agricultor como personaje sufrido, ascético y frugal, condicionaron una serie de medidas encaminadas a aumentar su peso específico en la sociedad española. Ahora bien, los intentos realizados a través del Instituto Nacional de Colonización y los Planes de regadío (Plan Badajoz, Plan Jaén) a fin de aumentar este tipo de campesinado tuvieron unos resultados ridículos y desalentadores, por el bajísimo número de colonos asentados y por su absoluta falta de rentabilidad y racionalidad bajo criterios capitalistas. Ante la alarma de los técnicos y los negativos resultados de los balances, este tipo de política empezó a ser decisivamente arrinconada, aunque continúa siendo defendida y propugnada por la pequeña burguesía rural, por aquellos (comerciantes, funcionarios, curas y caciques) cuya audiencia y prestigio dependen del número de habitantes de pueblos y villorios⁽⁴⁾.

La *vía capitalista* lleva a un proceso de concentraciones y fusiones. Especialmente relevantes son los procesos de integración vertical (hacia arriba o hacia abajo). Así los grandes grupos industriales de abonos, piensos compuestos, envasadores conserveros o comercializadores mayoristas cogen la sartén por el mango y se fragua una real dependencia y subordinación del campesinado a los intereses del fabricante y de su política. El resultado del proceso es convertir al agricultor en una especie de artesano semiasalariado que si bien no trabaja en una fábrica depende para su actividad y sus ingresos de la faena que le proporcionan a condiciones que él no fija. La situación del campesino integrado es semejante a la del tornero al que el industrial metalúrgico dijera: — Te propongo trabajar un año en mi fábrica, pero compra el torno con el que vas a trabajar... En estas condiciones, endeudado, dependiente de la financiación externa, ligado por un contrato, el campesino se convierte en un trabajador a domicilio en una relación de trabajo parecida a la del artesano trabajando para las primeras manufacturas de comienzos del capitalismo industrial. Aunque asimilable en buena medida a un asalariado, su situación es de extrema eventualidad, ya que no tiene un estatuto de tal y debe hacerse cargo del riesgo de las inversiones, pagar su seguridad social, no tiene vacaciones ni permisos garantizados y queda malparado si la empresa industrial no renueva el contrato o se marcha de la región.

COOPERATIVAS

Constituyen las cooperativas formas de transición con elementos « capitalistas » y « socialistas ». Por sus ventajas para afrontar mejoras y por la ambigüedad de su contenido pueden ser — y son — defendidas por moros y cristianos. Con todo, las experiencias acumuladas son suficientemente demostrativas de que a pesar de sus aspectos positivos no representan ni una

(4) « La población no agrícola refleja un tanto deformadamente la crisis agrícola. Los agricultores pueden sustituir sus trabajadores por máquinas ; la población de servicios no puede hacer algo semejante ni con sus asalariados ni con sus clientes. El interés principal y la tendencia de los agricultores es a organizar su actividad económica en términos de rentabilidad ; la de la población de servicios es a retener la población agrícola, es decir, sus clientes, sus fieles, sus súbditos, sus compradores, etc. De aquí que esta población sea la que insista más intensamente en el interés de una « política » de transformación en regadío. Su preocupación no es la agricultura ; su preocupación básica es la población » (Pérez Díaz : *Emigración y sociedad en la Tierra de Campos*, págs. 199-200).

panacea ni una alternativa real al dominio capitalista.

Teóricamente protegidas por la legislación vigente, las cooperativas han sido a menudo más beneficiosas para los campesinos medios y ricos que para los pobres. El Estado las ha apoyado como válvula de seguridad y como puntal para una expansión capitalista, porque en una estructura agraria en la que las relaciones de producción capitalistas se encuentran en un proceso de expansión, la formación voluntaria de cooperativas en vez de dificultar este proceso lo favorece. Dada la imposibilidad que normalmente se produce de que todos los socios trabajen en la cooperativa aparece la figura del socio que se limita a cobrar su participación en los beneficios, a la vez que quienes trabajan en la misma se asimilan a la categoría de asalariados, aunque a parte de su salario cobren sus participaciones. A veces han servido de trampolín empresarial para realizar el aprendizaje y establecer los contactos imprescindibles para montar una gran empresa (en avicultura concretamente), como rampa de lanzamiento de la iniciativa privada.

La conciencia de tales condicionamientos y tendencias no ha de desvirtuar las ventajas bien palpables del cooperativismo en tanto que facilita las mejoras en la productividad agraria, permite aumentar el nivel de vida del campesino cooperador y representa una demostración práctica y ejemplar de la posibilidad de producir en asociación que ahuyenta el tradicional individualismo de los pequeños propietarios de la tierra y permite vislumbrar la viabilidad de instituciones comunistas en el campo.

De todos modos, impulsar la cooperación no resulta siempre fácil. Partiendo de una situación individualista en la que cada uno trabaja para sí, el campesino tradicional, sobre todo el de las regiones pobres, sólo se agrupa cuando las circunstancias amenazan incluso su existencia como cultivador individual. El cooperativismo en el campo surge por regla general de la necesidad. En ciertos casos aparece como la única solución posible. En la España cerealista, de monocultivo en condiciones uniformes y con colocación del producto asegurada, las funciones de esta cooperación son reducidas y simples, lo que hace fácil proponerla y realizarla.

A pesar de estos factores propicios, en el conjunto de las Castillas trigueras las cooperativas son escasas. Y hay que añadir (y esto vale para toda la geografía española) que algunas formas aparentemente cooperativas encubren sencillamente el aprovechamiento de una estructura legal que permite obtener ventajas notables; y por otra parte que son los campesinos medios y ricos quienes sacan más provecho de estas posibilidades: mayor conocimiento, menor número, menos problemas de convivencia, a menudo uniones familiares. Así pues, el nombre legal quiere decir poco: un mismo nombre puede recubrir formas de asociación muy diversas y, a la inversa, formas de asociación similares pueden recibir nombres y calificaciones jurídicas distintas (« Grupo Sindical », « Cooperativa Agrícola », « Cooperativa de explotación en común de la tierra »). En la práctica, el número de los que se agrupan, la cantidad de tierra que poseen y el mayor o menor contenido asociativo real resultan mucho más significativas y relevantes que la fórmula jurídica adoptada por la asociación.

La principal dificultad para que el movimiento cooperativo pueda tomar un gran auge es el individualismo y la falta de tradición (con contadas excepciones), aparte de las cortapisas administrativas de un régimen político reactivo a dejar libremente cualquier forma asociativa. Hay que señalar también la aparición de conflictos latentes entre los cooperadores potenciales cuando son dispares sus aportaciones de tierra: entre un propietario de 100 Ha. y otro de 15 los intereses chocan porque el primero preferirá que se

retribuya sobre todo el medio de producción aportado, « tierra », mientras que el segundo se inclinará por la retribución preferencial al esfuerzo, al « trabajo ». Por último hay que tener presente que el cooperativismo no elimina la emigración y que la única solución para evitarla o paliarla es la ampliación de las funciones productivas de la cooperativa, constituyendo alguna industria para obtener materias primas o elaborar sus productos. Y esta emigración también juega a la contra del clima cooperativo, por cuanto el que unos miembros sigan residiendo en el campo y otros hayan emigrado establecerá igualmente una diferencia de puntos de vista. De estas tensiones se deriva el que las agrupaciones tiendan a limitarse a núcleos homogéneos, pequeños y con objetivos mínimos.

En suma, la apreciación positiva de las cooperativas por parte de todas las corrientes progresistas o revolucionarias no debe ocultarnos una serie de consideraciones teóricas ratificadas por la experiencia reciente en España : — Toda cooperativa de producción, en la sociedad burguesa, desarrolla la tendencia cuando es próspera, es decir, cuando se extiende, a convertirse en una empresa capitalista. — La cooperativa de producción agrícola es espontáneamente una etapa hacia el capitalismo y no hacia el socialismo. — El sistema cooperativo es especialmente favorable al campesinado medio y rico. — Las cooperativas constituyen pasos progresivos en tanto en cuanto revolucionan la agricultura, pero no representan una solución estable y viable para solventar los problemas que acogotan al campesinado.

PRESUPUESTOS PARA UN PROGRAMA AGRARIO

No vamos a proponer aquí y ahora ningún programa agrario, entre otros motivos porque el nivel organizativo y el conocimiento de las reivindicaciones latentes en el seno de las clases agricultoras nos escapan casi por completo. En estas condiciones nos parecería un juego infantil y gratuito inventar consignas y reivindicaciones para contentar a gentes apoltronadas y distantes de los problemas reales que afectan a los campesinos. A pesar de todo, sí creemos oportuno — con todas las reservas necesarias — apuntar algunas ideas y consideraciones que puedan ser de utilidad a otros con más lazos orgánicos y vitales con la población agraria.

Desde un punto de vista revolucionario, la perspectiva global que mueve a los comunistas es la superación de la división campo/ciudad, el aprovechamiento integral y racional de los enormes recursos y posibilidades que la tecnología moderna ha desvelado, la superación y destrucción de las categorías mercantiles, la abolición de la renta de la tierra (o su transferencia a la colectividad, en una primera fase), la colectivización de la producción agrícola y su imbricamiento con el conjunto de actividades productivas, la orientación de la producción en función de las necesidades humanas, el dominio de la naturaleza y la superación de las inercias históricas.

La defensa de todos los desheredados, de todos los explotados y oprimidos no debe ocultarnos ni la meta lejana ni las tendencias objetivas que van a imponerse. En este orden de ideas, el programa agrario de una organización comunista debe contener dos series de propuestas y la popularización de una alternativa.

Evidentemente, en primer lugar y sobre todo, un partido obrero debe situar al proletario agrícola en el centro de su programa agrario. Se trata aquí de reivindicaciones equiparables a las reivindicaciones de los sectores obreros urbanos, con la única diferencia de subrayar los matices peculiares conexos con el tipo de trabajo que desarrolla. En este setido las dos reivin-

dicciones elementales más repetidas por los interesados son SALARIO SUFICIENTE y LUCHA CONTRA EL PARO, ya a través de subsidios de paro decentes, ya a través de diversas obras públicas. Por lo menos en algunas zonas se plantean las reivindicaciones de — prohibición de trabajar en domingo y — prohibición del trabajo a destajo. Especialmente importante es la consigna A TRABAJO IGUAL SALARIO IGUAL PARA HOMBRES Y MUJERES, porque en las faenas agrícolas se la torea a través de la división teórica del trabajo o de la sobrevaloración interesada de la fuerza bruta que permite una sobreexplotación del trabajo femenino: resulta indispensable combatir por una mayor retribución del trabajo de la mujer hasta alcanzar una igualdad real.

En segundo lugar, debemos defender a los agricultores independientes, apoyando todas aquellas reivindicaciones y reformas que vayan en un sentido progresivo (que desarrollen las fuerzas productivas y tiendan a superar el tradicional individualismo), así como su resistencia frente a las brutalidades del capital monopolista, y siempre que no menoscaben la situación del proletariado rural. Pero, por elemental honestidad revolucionaria, no podemos ofrecerles salidas engañosas o contarles cuentos de hadas⁽⁵⁾. Al combatir la violencia de la mutación hacia formas capitalistas desarrolladas, no podemos dejar a un lado las profundas razones que la hacen posible: las mejoras en la productividad, la economía en el tiempo de trabajo socialmente necesario. Así, por ejemplo, la emigración del campo a las ciudades continuará produciéndose porque en último extremo significa que con el mismo trabajo se pueden producir más bienes, esto es, que un campesino « alimenta » a más personas. Lo que sí puede variar son las condiciones en que se realiza esta emigración. Frente a una emigración caótica, desordenada, con enormes costes sociales, que conduce a manos de contratas y prestamistas de la construcción, a manos de inmobiliarias sin escrúpulos que trafican con la necesidad de cobijo, sería posible una emigración planificada, con plazos de preparación profesional, con trabajo y alojamiento asegurado.

Para este grupo social, la principal directriz que debemos apoyar y fomentar es el cooperativismo agrario, aunque como hemos visto su papel pre y prosocialista sea más discutible de lo que muchos piensan. Su afiliación plena a la seguridad social es también una cuestión básica y elemental. Ciertos problemas graves sólo pueden ser resueltos por los propios interesados organizados: estamos pensando en la conveniencia de un seguro general contra inclemencias que sólo puede ser fruto de una *mutua*. Con respecto al Estado, la mayoría de campesinos independientes adoptan la creencia de que viene a ser una nodriza que les tiene abandonados y a la que imploran andaderas y teta, ayuda técnica y precios altos y garantizados. La primera exigencia es totalmente correcta, aunque mediante la organización propia se puede conseguir y, hoy por hoy, este camino suele ser más corto que andar llorando para recibirla. La cuestión de los precios de los productos agrícolas

(5) Esto es lo que hace el PCE y su secretario general con inaudita desfachatez o ignorancia. El artículo de Naranco citado en la nota bibliográfica proporciona una buena antología de textos pintorescos. Como botón de muestra, véase la siguiente afirmación de Santiago Carrillo: « Nosotros no tocaremos la propiedad de los campesinos pobres, de los campesinos medios, e incluso de los campesinos considerados tradicionalmente ricos que cultivan su tierra. No tocaremos esa propiedad, y, es más, la defenderemos contra este régimen y contra todos aquellos que en el futuro tratasen de atentar contra ella » (Nuestra Bandera, n. 41).

es mucho más compleja pues entran en contradicción los intereses de los agricultores con los de los consumidores y contribuyentes, amén de todo el parasitismo de los intermediarios; por su complejidad hemos descartado este tema del presente trabajo cuya meta es ofrecer una visión global sin profundizar en aspectos parciales⁽⁶⁾.

En tercer y último lugar creemos fundamental plantear sistemáticamente la viabilidad y atractivos de formas realmente colectivas de explotación agraria y la comparación entre las diferentes consecuencias prácticas que se deducen de una organización de la producción basada en el beneficio y la propiedad privada o basada en las necesidades sociales y dirigida por los productores asociados. Estas son notoriamente visibles en el desaprovechamiento del trabajo disponible, en la forma de horas y días de paro. Desaprovechamiento que resulta lógico dentro del sistema capitalista, pero macabro desde una óptica social. « Trabajo hay, pero no lo dan », « hay trabajo por hacer y gente parada al mismo tiempo » son frases de braceros andaluces que sintetizan perfectamente la conciencia de este problema. Los estudiosos lo han interpretado como sigue :

« Mientras que el propietario de gran finca intenta obtener un beneficio, la finca colectivista se interesa también en el pleno empleo y en el ingreso anual de sus miembros y no considera la retribución del trabajo como gastos que reducen los beneficios, sino que la considera como parte de su ingreso neto. Los cultivos que requieren mucho empleo de trabajo son por tanto más adecuados a las fincas colectivistas, mientras que pueden ser menos beneficiosos para las grandes fincas de propiedad privada » (Jacoby : *Interrelaciones entre Reforma Agraria y Desarrollo agrícola*, pág. 39).

« Es decir, los obreros que pertenecen a la finca colectivizada, y su director, consideran el trabajo como un recurso fijo, y no como un recurso con coste variable. Lo mismo se aplica a los pequeños propietarios — aunque éstos no pueden realizar las economías de escala, por lo menos en algunos tipos de explotación, que tanto las grandes fincas colectivizadas como de propiedad individual pueden lograr, y tal vez lo que ganen por un lado lo pierdan por otro : pero éste es otro problema » (Martínez Alier : *La estabilidad del latifundismo*, pág. 267).

« Los costes de emplear trabajo alquilado resultan altos, y por motivos de puro *rentabilismo* muchos propietarios en Córdoba, deciden poner cultivos que requieran menos trabajo. Que como consecuencia se deje de emplear obreros que carecen de empleo alternativo — y también que se infrutilicen las posibilidades de riego — es algo que al propietario particular no le concierne. A él, naturalmente, le preocupa el coste monetario de emplear obreros, no el coste *social*. Tanto es así, que los propietarios confiesan, sin ningún escrúpulo, que están dejando de sembrar, aunque al mismo tiempo hay obreros parados : creen que la culpa no es suya, porque ¿ cómo van a sembrar los cultivos que no *traen cuenta* ? (Idem, pág. 270).

(6) Señalemos, con todo, que los precios agrícolas fijados con el fin de asegurar a los pequeños empresarios y a los empresarios marginales rentas razonables aseguran a los empresarios más favorecidos o mejor organizados rentas elevadas y son de consecuencias onerosas para la colectividad. La política triguera ha significado, en concreto y arquetípicamente, una fantástica subvención anual a los grandes terratenientes.

Frente a esta situación la única alternativa histórica es la colectividad, la gran finca colectivista :

« Las razones que los obreros emplean para demostrar las virtudes de las colectividades son varias. La más poderosa es que así se facilitaría el usar maquinaria. Uno de los muchos que dio esta razón explicó que en Espejo — su pueblo — algunos muleros — pequeños propietarios — han comprado maquinaria entre varios, pero no funciona muy bien porque todos quieren empezar las labores primero y « si hay alguna piedra y se rompe la maquinaria, ¿ quién la paga ? ». Por eso es mejor una colectividad : se nombraría un *cabezalero* que dirigiría. (...) Dos argumentos que se basan también — como el de la maquinaria — en economías de escala, y que se usan a veces, son que en colectividad el *cabezalero*, quien se supone sería el obrero más entendido, podría disponer lo mejor, y también que « los más listos harían los trabajos más difíciles ». Se percatan, pues, de las ventajas de la dirección técnica unificada y supuestamente experta, y de la especialización en el trabajo » (Idem, págs. 74-75).

NOTA BIBLIOGRAFICA

El texto clásico de análisis marxista sobre el tema es *La cuestión agraria* de Kautski, del que existe versión castellana publicada por Ruedo Ibérico. A pesar del tiempo transcurrido desde la primera edición (1899) y de los cambios técnicos acaecidos desde entonces continúa siendo una buena introducción.

Sobre la agricultura española han proliferado en el último decenio los estudios tanto globales como sectoriales. De la literatura anterior sobresalen únicamente *Los latifundios en España*, de Pascual Carrión, y la *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, de Díaz del Moral (reeditado por Alianza Editorial, El libro de bolsillo, n. 68).

Las obras recientes son de muy diverso valor y de dispar orientación, lo que demuestra cuán cargado de lastre polémico anda el tema. El libro más profundo y clarividente es *La estabilidad del latifundismo. Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña de Córdoba* (Ruedo Ibérico, 1968). Lugar destacado ocupan las obras de Víctor Pérez Díaz : *Estructura social del campo y éxodo rural* (Tecnos, 1966) y *Emigración y sociedad en la Tierra de Campos. Estudio de un proceso migratorio y un proceso de cambio social* (Estudios del Instituto de Desarrollo Económico, 1969) ; una versión resumida y revisada de este último se titula : *Emigración y cambio social. Procesos migratorios y vida rural en Castilla* (Ariel quincenal, 1971).

El mejor estudio de conjunto es *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*, de José Manuel Naredo (Estela, 1971), de tono progresista-tecnocrático. Es interesante el libro de E. Barón, *El final del campesinado* (Zero, 1971), honesto y sin muchas pretensiones. Hay buena información básica en el libro naturalista y humanitario de Miguel Sigúan, *El medio rural castellano y sus posibilidades de ordenación* (Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural, 1966). De menos interés son *Estructura y problemas del campo español*, de Juan Anlló (Edicusa, 1966), con enfoque legalista-antilatifundista ; *Estructura socioeconómica de la agricultura española*, de Xavier Flores (Península, 1969), nostálgico de la explotación familiar y de un con-

fusionismo teórico difícil de igualar ; y diversas obras de Tamames, donde incansablemente se propugna la reforma agraria.

La literatura política española sobre el tema es casi inexistente y en general más tópica que otra cosa. El único análisis (a mi conocimiento) que vale la pena es *La agricultura y el desarrollo económico español*, de Juan Naranco (Cuadernos de Ruedo Ibérico, n. 13-14, 1967). Citemos también (más por su intencionalidad que por sus resultados) el artículo *Campo español* publicado en « Octubre. En lucha por la revolución socialista », n. 4 y 5 (Madrid, 1971-72), de enfoque aún al presente, aunque con argumentación poco rigurosa.

De todos ellos me he servido, plagiando informaciones, ideas, párrafos.

C. H.



Publicaciones de A.C.

CLASICOS SOCIALISTAS

- Rosa Luxemburgo : *¿Qué quiere la Liga de Espartaco ?* / en colaboración con el P.O.U.M. / agotado.
Antonio Gramsci : *Sindicatos y Consejos Obreros* / artículos de « L'ordine nuovo » / agotado.
León Trotski : *Su moral y la nuestra*
León Trotski : *¿Qué es la revolución de octubre ?*

BIBLIOTECA OBRERA

- Historia del movimiento obrero español ; desde sus orígenes hasta la guerra civil / agotado.
Trabajo militante
La miseria sexual / Wilhelm Reich / en prensa
Historia del movimiento obrero español ; la guerra civil / en prensa
Historia del Partido Comunista Español por J. Andrade / en prensa

FOLLETOS DE FORMACION (A MULTICOPISTA)

- Manifiesto Comunista — Marx y Engels
Principios del Comunismo — Engels
Huelga de masas, partido y sindicato — Luxemburgo
¿Qué quiere la Liga de Espartaco ? — Luxemburgo
Sobre las huelgas — Lenin
¿Qué es el poder soviético ? — Lenin
La revolución proletaria y el renegado Kautski — Lenin
La burocracia — Mandel
Dos concepciones de la vía española al socialismo — Claudín
Lecciones de Mayo — Mandel
en colaboración o distribución /

ANALISIS Y DOCUMENTOS (A MULTICOPISTA)

1. — / agotado /
2. — / agotado /
3. — / agotado /
4. — Cahiers de mai ;
5. — Duncan Hallas ;
6. — Pierre Chaulieu : La relaciones de producción en Rusia
7. — Pierre Broué : Notas sobre la historia del partido bolchevique
8. — Lucio Magri : Parlamento o Consejos